



SUMARIO

I.—FORMACION DE MAESTRAS

CONSIGNA	5
RELIGION. <i>Por Fray Agustín Rojo del Pozo, O. S. B.</i>	6
NACIONALSINDICALISMO	12
CONCURSO	17
ORIENTACION PEDAGOGICA. <i>Por Francisca Bohigas</i>	18
HOGAR	21
DECORACION	24
MUSICA. <i>Por Rafael Benedito</i>	27
HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO. <i>Por María Estremera de Cabezas</i>	31
SANIDAD (<i>Continuación</i>)	35
LITERATURA. <i>Por Consuelo Burell</i>	37
BIBLIOGRAFIA	40
POESIAS	42
HISTORIA. <i>Por T. C.</i>	45
ARTE. <i>Por Enrique Azcoaga</i>	51
CIENCIAS NATURALES. <i>Por Emilio Anadón</i>	57
ACTUALIDAD. <i>Por el Dr. Blanco Otero</i>	60

II.—FORMACION DE JUVENTUDES

MARGARITAS Actividades obligatorias	66
» » Actividades voluntarias	68
FLECHAS Actividades obligatorias	84
» » Actividades voluntarias	86
FLECHAS AZULES Actividades obligatorias	92
» » Actividades voluntarias	94

III.—FORMACION DE JUVENTUDES

Escolares y Bachillerato	104
--------------------------------	-----

FORME SU BIBLIOTECA HACIENDO PEQUEÑOS REEMBOLSOS

LIBROS EDITADOS POR LA DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

DOCTRINALES

- Obras Completas de José Antonio* (1.000 páginas de texto). Ptas. 10 ejemplar.
- Ofrenda a José Antonio*, por Dionisio Ridruejo. (edición de gran lujo, en papel especialmente fabricado). Pesetas 5 ejemplar.
- Letra Y* (Historia y presente), por Manuel Ballesteros Guibrois (68 páginas). Ptas. 6 ejemplar.
- José Antonio*. Antología. Traducción en inglés (300 páginas). Ptas. 17 ejemplar.

FORMACION RELIGIOSA

- Liturgia de Navidad* (36 páginas). Ptas. 2,50 ejemplar.
- Misa Dialogada* (38 páginas). Ptas. 3 ejemplar.
- Misal festivo*, por el Padre Germán Prado (benedictino) (500 páginas); encuadernado en tela con estampación en oro. Ptas. 30 ejemplar.

HOGAR

- Album de Labores* (44 páginas, impresas a todo color, con patrones, mantelerías, tapetes, bolsas, etc.). Pesetas 18 ejemplar.
- Ciencia Gastronómica*, por José Sarrau, Director de la Academia Gastronómica (244 páginas, con más de 200 grabados). Ptas. 16 ejemplar.
- Cocina* (176 páginas, con un centenar de grabados). Pesetas 13 ejemplar.
- Convivencia Social*, por Carmen Werner (64 páginas). Pesetas 4 ejemplar.
- Puericultura Pos Natal* (48 páginas). Ptas. 4 ejemplar.
- Economía Doméstica* (178 páginas). Ptas. 12 ejemplar.
- Formación Familiar y Social* (262 páginas). Ptas. 15 ejemplar.
- Hoja de Labores* (patrones y modelos en colores sobre las más primorosas labores). Varios modelos de Hoja. Cada uno, 2,50 pesetas.
- Nace Jesús* (Liturgia de Navidad, villancicos, etc.). Edición en papel couché, impresa a dos colores; 32 páginas. Ptas. 4,50 ejemplar.
- Lecciones de Costura* (Sencilísimo manual de costura, con diversas ilustraciones), 48 páginas. Ptas. 5 ejemplar.
- Patrones Graduables Martí*. (Seis modelos distintos, con patrones de lencería, vestidos, ropa de caballero, etc.). Pesetas 6 ejemplar.
- Agenda 1948* (un libro para las cuentas de casa, recetas de cocina, consejos útiles, etc.). 300 págs. encuadernado en cartón. Ptas. 12,50 ejemplar.

CULTURA

- Libro de Latín* (Gramática inicial), por Antonio Tovar (94 páginas). Ptas. 12 ejemplar.
- Lecciones de Historia de España* (80 páginas de texto). Pesetas 3,50 ejemplar.
- Enciclopedia Escolar* (gr 10 elemental), por los mejores autores españoles. Cerca de 900 páginas y más de 500 dibujos. Ptas. 18 ejemplar.
- El Quijote, Breviario de Amor*, por Víctor Espinós, de la Real Academia de San Fernando (246 páginas). Ptas. 25.

MUSICA

- Historia de la Música*, por el Maestro Benedito (194 páginas, con diversos grabados y encuadernación en cartón). Ptas. 17 ejemplar.
- Cancionero Español* (Armonización), por B. García de la Parra. Tres cuadernos distintos (núms. 1, 2, 3), en gran formato. Ptas. 15 cuaderno.
- Mil canciones españolas*. Edición monumental, con texto y música; 600 grandes páginas, impresas a dos colores; encuadernación en tela, con estampación en oro. Ptas. 100 ejemplar.

HIGIENE Y PUERICULTURA

- Cartilla de la Madre, Cartilla de Higiene*. Consejos de gran utilidad para la crianza del hijo. Ptas. 1,50 ejemplar.

INDUSTRIAS RURALES

- Construcción de Colmenas* (24 páginas con grabados). Pesetas 5 ejemplar.
- Avicultura*, por Ramón Ramos Fontecha (252 páginas, con variadísimas ilustraciones). Ptas. 12 ejemplar.
- Apicultura Movilista*, por María Estremera de Cabeza (112 páginas, ilustraciones). Ptas. 9 ejemplar.
- Industrias Sericícolas* (24 páginas). Ptas. 4,50 ejemplar.
- Corte y Confecciones Peleteras*, por Emilio Ayala Martín (90 páginas de texto, profusamente ilustradas). Pesetas 7 ejemplar.
- Curtido y Tinte de Pieles*, por Emilio Ayala Martín (120 páginas y sus grabados correspondientes). Pesetas 8 ejemplar.
- Flores y Jardines*. Cómo cuidar y enriquecer las plantas. por Gabriel Bornás (86 páginas e infinidad de grabados). Ptas. 6 ejemplar.

Cualquier libro que pueda interesarle, solicítelo contra reembolso a

DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

(PRENSA Y PROPAGANDA)

ALMAGRO, 36 - MADRID

Lo recibirá a vuelta de correo y libre de gastos de envío.



FORMACION
DE
MAESTRAS

CONSIGNA





CONSIGNA



Nosotros, estudiantes, no os llamamos, con la invocación del nombre de España, a una charanga patriótica. No os invitamos a cantar a coro fanfarronadas. Os llamamos a la labor ascética de encontrar, bajo los escombros de una España detestable, la clave enterrada de una España exacta y difícil.

No venimos sólo a execrar como antipatriotas a tantos y tantos críticos de España como se adelantaron a formular nuestro descontento. Venimos a reprocharles que no añadieran a su crítica mayor efusión. Pero su descontento es nuestro. Nuestra manera de servir a España tendrá que ser también rigurosa. Tendremos que hendir muchas veces la carne física de España —sus gustos, su pereza, sus malos hábitos—, para libertar a su alma metafísica. España nos tiene que ser incómoda. ¡Dios nos libre de encontrarnos como el pez en el agua en esta España de hoy! Tenemos que sentir cólera y asco contra tanta vegetación confusa. Y sajar sin contemplaciones. No importa que el escalpelo haga sangre. Lo que importa es estar seguro de que obedece a una ley de amor.

JOSÉ ANTONIO



La vida sobrenatural en nosotros

POR FRAY AGUSTÍN ROJO DEL POZO, O. S. B.

XIII.—CRECIMIENTO EN LA VIDA SOBRENATURAL POR EL MERITO

Puesto que por el bautismo renacemos a la vida sobrenatural para Dios, como antes habíamos nacido a la vida natural para el mundo, es decir, renacemos en el estado de niños, necesitamos «crecer en gracia y conocimiento de Dios» (1), necesitamos «ir creciendo en todo en Jesucristo, hasta llegar a la medida del varón perfecto» (2), que no se alcanzará plenamente sino en la gloria. Si no creciéramos, pereceríamos como niños endebles. Por eso, «como recién nacidos, debemos codiciar el acomodado alimento de la leche espiritual, que nos haga crecer en salud» (3), «hasta que se forme Cristo en nosotros» (4). Así nos encarga tantas veces el apóstol San Pablo crecer en ciencia de Dios, en ca-

ridad, en frutos de buenas obras y en *todas las cosas* según Jesucristo, para quedar *llenos de la plenitud de Dios* (5).

«El crecimiento, dice el P. Terrien (6), es una ley a que están sujetos los hijos de Dios, mientras no hayan llegado al estado perfecto de la plenitud de Cristo. En el orden espiritual nos hallamos en vía de formación... Por eso la Iglesia es siempre nuestra Madre: porque nos dió en el bautismo la vida de la gracia, y porque está encargada por Jesucristo, su divino Esposo, de velar sobre nuestro crecimiento, ayudarlo y dirigirlo. En la vida sobrenatural viene a suceder lo que en la natural: recibimos desde un principio los constitutivos de nuestro ser, pero éstos requieren tiempo para desarrollarse.»

El mismo Jesucristo, según refiere el Evangelio, «progresaba en sabiduría y en edad y en

gracia ante Dios y los hombres» (7). Y nosotros, a semejanza suya, debemos progresar y crecer en todo, hasta en el grado de filiación divina; porque un hijo de Dios puede ir siéndolo siempre en más alto grado a medida que hace obras más dignas de este Padre celestial, y se vuelve más semejante a la divina Bondad. Como la gracia santificante puede y debe ir siempre en aumento, la inhabilitación de Dios en las almas justas va siendo más íntima, y por lo mismo más estrecha la unión de este Padre con sus hijos adoptivos.

Así, pues, no hay razón que excuse ni impida el estar siempre creciendo en todo según Jesucristo, caminando incesantemente y aspirando cada vez a mayor perfección espiritual.

Nuestra vida sobrenatural crece y se desarrolla especialmente por las obras buenas, por *actos meritorios*, que podemos hacer constantemente mientras vivimos en este mundo. Todo acto bueno, hecho libremente por una persona en estado de gracia con intención sobrenatural, posee un *valor meritorio* que contribuye a nuestro progreso espiritual; un *valor meritorio*, por el cual aumentamos el «capital» de gracia santificante y los derechos a la gloria celestial.

Vamos a examinar en este artículo *lo que es el mérito* en la vida sobrenatural y las *condiciones que aumentan su valor*.

1.º QUÉ ES EL MÉRITO.—El mérito, en general, es un derecho a una recompensa. El mérito sobrenatural de que aquí tratamos, será, por consiguiente, el derecho a una recompensa sobrenatural, es decir, a una participación de la vida de Dios, a la gracia y a la gloria. Y, como Dios no está obligado a darnos participación en su vida, se necesitará una promesa suya para conferirnos verdadero derecho a esa sobrenatural recompensa. Podría, pues, definirse el mérito sobrenatural: *Un derecho a una recompensa sobrenatural, que resulta de una obra sobrenaturalmente buena, hecha libremente para agradar a Dios, y de una pro-*

mesa divina que garantiza dicha recompensa.

Hay que distinguir *dos clases de mérito*: a) El mérito *propriadamente dicho* (que se llama *de condigno*), al cual se debe en justicia la recompensa; porque existe una especie de igualdad o proporción real entre la obra y la retribución; b) El mérito *de conveniencia* (que se llama *de congruo*), el cual no se funda en la estricta justicia, sino en la conveniencia, como quiera que la obra no es más que escasamente proporcionada a la recompensa. Para dar una idea aproximada de la diferencia entre las dos clases de mérito, podríamos decir que el soldado que se ha comportado valientemente en el campo de batalla tiene derecho estricto a la soldada de guerra, pero solamente derecho de conveniencia a la citación en el orden del día o a una condecoración.

• Fijémonos en las *condiciones generales* del mérito: a) La obra, para ser meritoria, debe ser también *libre*; porque quien obra por necesidad no es responsable de sus actos; b) Debe ser *sobrenaturalmente buena*, pues de otro modo no estaría en proporción con la recompensa; c) Cuando se trata del mérito propriadamente dicho, debe ser hecha en *estado de gracia*, puesto que por la gracia habita y vive Jesucristo en nuestras almas, haciéndonos participantes de sus méritos; d) Debe ser hecha, finalmente, *durante nuestra vida mortal*, habiendo Dios determinado sabiamente que, después de un tiempo de prueba en que podemos merecer o desmerecer, llegaremos a un término en el cual quedará fijo cada uno para siempre en el estado en que muera. A estas condiciones de parte del hombre, júntase de parte de Dios *la promesa* que nos da verdadero derecho a la vida eterna; según el Apóstol Santiago, en efecto, «el justo recibirá la corona de vida, que Dios *ha prometido* a los que le aman» (8).

2.º CÓMO SE AUMENTA LA GRACIA Y LA GLORIA POR LOS ACTOS MERITORIOS.—A primera vista, parece difícil comprender cómo unos ac-

tos, muy sencillos, muy comunes y esencialmente transitorios, pueden merecer la gracia y la gloria eterna. Sería ésta una dificultad insoluble si dichos actos procediesen únicamente de nosotros; pero nótese bien que son en realidad *una obra de dos*, son el resultado de la cooperación de Dios y de la *voluntad humana*, y eso explica su eficacia: premiando y coronando nuestros méritos, Dios corona también sus dones, según el profundo pensamiento de San Agustín (9), pues El tiene en esos méritos una parte preponderante.

¿Cuál es la parte de Dios, y cuál la del hombre?

Dios es la *causa primera y principal* de nuestros méritos. Ya lo decía San Pablo: «No soy yo quien obro, sino la gracia de Dios conmigo» (10). El es, en efecto, quien ha creado nuestras facultades; El quien las ha elevado al estado sobrenatural perfeccionándolas por medio de las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo; también es El quien, por medio de la gracia actual, preveniente y concomitante, nos solicita el bien y nos ayuda a hacerlo; por consiguiente, El es la causa primera que pone en movimiento nuestra voluntad y le comunica fuerzas nuevas con que poder obrar sobrenaturalmente.

Mas la *voluntad libre del hombre*, correspondiendo a las hondosas sollicitaciones de Dios, obra bajo la influencia de la divina gracia y de las virtudes, y así viene a ser *causa secundaria*, pero real y eficiente, de los actos meritorios, porque colabora con Dios.

Nuestra *cooperación*, por lo demás, es *sobrenatural*: por la gracia santificante somos divinizados en nuestra substancia, por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo lo somos en nuestras facultades, por la gracia actual hasta en nuestros actos. Hay, por consiguiente, *proporción real* entre nuestras acciones, que vienen a ser deiformes, y la gracia, que también es una vida deiforme, o la gloria, que es el desarrollo completo de esa misma vida.

Podría objetarse que, a pesar de esa proporción señalada, Dios no está obligado a darnos una recompensa tan sublime como lo es la gracia y después la gloria. Sin duda, hay que reconocer que Dios, llevado de su infinita bondad, nos da más que merecemos. Pero así lo ha prometido por el hecho mismo de habernos destinado a un fin sobrenatural; y esta promesa nos la recuerda frecuentemente la Sagrada Escritura, que habla de la vida eterna como de *recompensa y corona prometida* a los justos (11).

El Concilio de Trento declara expresamente que la vida eterna es, al mismo tiempo, una *gracia misericordiosamente prometida* por Jesucristo, y una *recompensa* que, en virtud de la promesa del Señor, es fielmente otorgada a las buenas obras y a los méritos (12).

Veamos ahora cuáles son las condiciones que aumentan el valor de nuestros actos meritorios.

3.º CONDICIONES QUE ACRECIANTAN EL MÉRITO.—Estas condiciones dependen, evidentemente, de las causas que concurren a la producción de los actos meritorios, por consiguiente, de Dios y de *nosotros mismos*. Con respecto a Dios, siempre magnífico en sus dones, no hace falta decir que podemos confiar con toda certidumbre en su liberalidad. Lo que importa principalmente es considerar nuestras disposiciones, mirando a ver lo que las puede hacer mejores, ora de parte del *sujeto* que merece, ora de parte del *objeto* o acto meritorio.

A) CONDICIONES QUE DEPENDEN DEL SUJETO QUE MERECE.—Hay *cuatro condiciones* principales que contribuyen a acrecentar nuestros méritos: el grado de gracia santificante, la unión con Jesucristo, la pureza de intención, el fervor.

a) *El grado de gracia santificante*.—Para merecer, en el *sentido propio*, se requiere el *estado de gracia*; y así, cuanto más gracia habitual poseemos, tanto más aptos somos para merecer (*ceteris paribus*). Porque, en efecto, el valor de un acto depende en gran parte de la *dignidad*

de la persona que lo hace y del crédito que tiene ante aquel que le ha de recompensar. Ahora bien; lo que constituye la dignidad del cristiano y le da crédito ante Dios es el grado de gracia ó de vida divina a que se ha elevado; por eso tienen un poder de intercesión tan grande los Santos del cielo y las almas justas de la tierra. Por consiguiente, a mayor gracia habitual, corresponde mayor valor y mayor mérito en las obras. Y como cada acto meritorio produce un aumento de gracia, y cuanto mayor sea ésta más meritorias son todas nuestras obras: de ahí que el mérito y la gracia progresen como a porfía en nuestra vida sobrenatural.

b) *El grado de unión con Jesucristo.*—Es evidente que contribuye a aumentar nuestros méritos la unión con Jesucristo, autor de nuestra santificación, causa meritoria principal de todos los bienes sobrenaturales, Cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, cuyos miembros somos nosotros. Cuanto más cerca estemos de la fuente, más recibiremos de su plenitud; cuanto más nos aproximemos al Autor de toda santidad, más gracia recibiremos; cuanto más unidos a la Cabeza, mejor recibiremos el movimiento y la vida de ella. ¿No es esto lo que nos dijo el mismo Salvador en aquella hermosa comparación evangélica: «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos...; el que permanece en Mí y Yo en él, ése produce mucho fruto»? (13). Unidos a Jesucristo como los sarmientos a la vid, recibiremos tanto más «savia divina» cuanto más habitualmente, más actualmente y más estrechamente unidos estemos a esa «cepa divina». Por eso las almas que buscan de veras la perfección procuran estar íntimamente unidas a Jesucristo; por eso también la Iglesia nos enseña a ejecutar los actos «por El, con El y en El: *per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso*» (14). De este modo nuestros actos, realizados bajo la influencia de Jesucristo y con su colaboración todopoderosa, tienen un valor incomparablemente mayor que si los hiciésemos nosotros solos.

c) *La pureza de intención o la perfección del motivo que nos induce a obrar.*—Según los teólogos, para que nuestros actos sean meritorios basta que estén inspirados en un motivo sobrenatural de temor, de esperanza o de caridad. Santo Tomás quiere que influya en todos ellos la caridad, al menos *virtualmente*, es decir, en virtud de un acto de amor de Dios hecho precedentemente y cuya influencia persevera. Luego añade el Santo que esta condición se realiza en los que se encuentran en estado de gracia y ejecutan un acto lícito (15). Todo acto bueno, en efecto, procede o se relaciona con alguna virtud; ahora bien, toda virtud converge hacia la caridad, porque ella es la *reina de todas las virtudes*, como la voluntad es la reina de las facultades. Importa, pues, mucho que todos nuestros actos sean hechos *por amor*: así, aun los más comunes (v. gr.: el comer, el dormir, el recrearse, etc., etc.) vienen a ser *actos de caridad*, y participan del valor y mérito de esta reina de las virtudes, sin perder el de la virtud a que propiamente pertenecen.

d) *La intensidad o el fervor con que se obra.* Al obrar el bien, puede uno hacerlo con cierta flojedad y como sin esfuerzo, ó al contrario, con arranque y con toda la energía de que es capaz, utilizando toda la gracia actual puesta a su disposición. Es claro que el resultado será muy diferente en ambos casos en cuanto al mérito, que habrá de ser mucho mayor para el que obra con generosidad y fervor. Bien puede afirmarse que, siendo verdad (como lo es) que Dios da el céntuplo en pago de lo que por El se hace, un alma fervorosa aumenta considerablemente cada día los grados de gracia santificante, y llega así en poco tiempo a la *perfección* de la vida sobrenatural, verificándose lo que dice el Libro de la Sabiduría: *Consummátus in brevi, explévit témpora multa*.

B) *CONDICIONES QUE DEPENDEN DEL OBJETO O ACTO MERITORIO.*—No solamente las disposiciones del sujeto aumentan el mérito, sino to-

das las circunstancias que contribuyen a que la acción sea más perfecta. Señalaremos *cuatro condiciones* principales, a saber: la excelencia del objeto o del acto, la cantidad, en ciertos actos; la duración, la dificultad del acto.

a) *La excelencia del objeto o del acto que se cumple.*—Puede decirse que hay una jerarquía en las virtudes: las *virtudes teologales* son más perfectas que las *virtudes morales*, y por lo mismo los actos de fe, esperanza y, sobre todo, de caridad son más meritorios que los actos de prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Aunque (según queda dicho) estos últimos actos pueden ir acompañados o influenciados por la caridad y así participar de su valor y mérito especial.

b) *Tratándose de ciertos actos, la cantidad puede influir en el mérito.*—Así, en igualdad de condiciones, un donativo generoso de 1.000 pesetas será más meritorio que otro de 10 céntimos. Pero si se trata de cantidad *relativa*, el óbolo de la viuda, que se priva de una parte de lo que necesita, vale moralmente más que la rica ofrenda de quien da una porción de lo superfluo.

c) *La duración contribuye también a que el acto sea más meritorio.*—Así, orar o sufrir durante una hora vale más que hacerlo durante cinco minutos, puesto que la prolongación de ese acto bueno exige más esfuerzo y más amor divino.

d) *La dificultad del acto.*—Ciertamente acrecienta el mérito la dificultad del acto, no en sí misma considerada, sino porque requiere más amor de Dios, un *esfuerzo más enérgico y sostenido*, con tal que no provenga dicha dificultad de una imperfección actual de la voluntad. Así, resistir a una tentación *violenta* es más meritorio que resistir a una tentación *ligera*; practicar la *mansedumbre* cuando uno se ve provocado por los otros y es inclinado por propio temperamento a la *ira*, no hay duda que es más difícil y también más meritorio que portarse de ese modo teniendo un natural dulce y tranquilo, jun-

tándose además la ventaja de una grata compañía.

No sería lícito deducir de esto que la facilidad adquirida por actos repetidos de virtud disminuye necesariamente el mérito; no, de ninguna manera; antes bien, esa facilidad que da la virtud, aprovechándola convenientemente, favorece la *intensidad* o el *fervor* del acto, y así aumenta el mérito, según ya hemos explicado. De ahí que los Santos, las almas santas, que por ser virtuosos hacen fácilmente actos de humildad, de obediencia, etc., etc., no por eso tienen menos mérito, puesto que practican así al mismo tiempo la caridad, y además que no dejan de hacer continuos esfuerzos y aun sacrificios, cuando es necesario.

4.º CONCLUSIÓN.—Se impone, como conclusión de lo dicho, *la necesidad de santificar todos y cada uno de los actos*, aun los más comunes. Nuestra vida sobrenatural crece y aumenta por el acto más insignificante, más natural y más prosaico, con tal de que sea hecho en gracia y vaya ordenado por la caridad. Siendo esto así, ¡qué progresos en la perfección podemos realizar en un solo día! Obrando por amor de Dios y con rectitud de conciencia en su vida, aun la más ordinaria, puede el alma fiel, con sólo ofrecer a Dios eso mismo que hace y renovar la pureza de intención, llegar a muy alto grado de santidad.

Así, pues, «obrando en caridad la verdad», es decir, ejercitando todas las virtudes propias de nuestro respectivo estado, «crezcamos en Jesucristo, nuestra Cabeza, en todo» (16), por el influjo de su gracia, hasta asemejarnos e identificarnos con El cuanto nos sea posible.

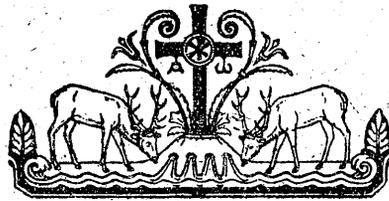
(1) *Crescite in gratia et in cognitione Domini nostri, et Salvatoris Jesu Christi* (II Petr. 3, 18).

(2) *Crescamus in illo per omnia* (Eph., IV, 15). *Donec occurramus omnes... in virum perfectum* (Ibid., IV, 13).

(3) *Sicut modo geniti infantes, rationabile sine dolo lac concupiscite; ut in eo crescatis in salutem* (I Petr., II, 2).

- (4) *Donec formetur Christus in vobis* (Galat., IV, 19).
 (5) *In omni opere bono fructificantes, et crescentes in scientia Dei* (Col., I, 10. Véase también: Eph., IV, 12).
 (6) *La grâce et la gloire* (II, p. 3).
 (7) *Jesus proficiebat sapientia, et aetate, et gratia, apud Deum et homines* (Luc., II, 52).
 (8) *Accipiet coronam vitae, quam repromisit Deus diligentibus se* (Jac., I, 12).
 (9) *Merita nostra, munera tua, Deus!, dice hermosamente San Agustín.*
 (10) *Non ego autem, sed gratia Dei mecum* (I Cor., XV, 10).

- (11) *Reposita est mihi corona iustitiae, quam reddet mihi Dominus in illo die, iustus iudex* (II Tim., IV, 8).
 (12) Conc. Trid., Sessio VI, cap. 16.
 (13) *Ego sum vitis, vos palmites... qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum* (Joan., XV, 1-6).
 (14) Canon de la misa.
 (15) *Habentibus caritatem omnis actus est meritorius vel demeritorius* (Quaest. disput. De malo, q. 2, a. 5, ad 7).
 (16) *Veritatem autem facientes in charitate, crescimus in illo per omnia, qui est caput Christus* (Ephes., IV, 15).



NACIONALSINDICALISMO



FRASE QUE DEBE SER LEIDA EN LAS ESCUELAS ANTES DE EMPEZAR LAS CLASES

Para todos, la libertad verdadera, que sólo se logra por quien forma parte de una nación fuerte y libre.

Para nadie, la libertad de perturbar, de envenenar, de azucarar las pasiones, de socavar los cimientos de toda duradera organización política.

JOSÉ ANTONIO

HOJAS DE LA FALANGE

Doctrina de la revolución española

(DISCURSOS FRENTE AL PARLAMENTO)

El señor Primo de Rivera:

No imaginará el señor Gil Robles cuando me levanto a hablar, además en ocasión tan desfavorable, que lo hago a impulsos de un espíritu de partido, porque cabalmente lo que voy a reprochar al Gobierno es que haya dejado intacta para mi partido, o para quienes me siguen y me acompañan, una bandera que tuvo ocasión magnífica de recoger. El Gobierno que preside don Alejandro Lerroux se encontró en una de

esas encrucijadas históricas desde donde arrancan para una Patria el camino de la grandeza y el camino de la vulgaridad. Hubo una ocasión decisiva en aquella mañana del 7 de octubre en que todos confiamos, en que todos apoyamos, en que todos exaltamos al Gobierno que preside don Alejandro Lerroux para que lanzase a España por el camino de la grandeza, y éste es el momento en que tememos que el Gobierno que preside don Alejandro Lerroux esté desperdiciando esa magnífica ocasión histórica. La está

desperdiciando, a mi modo de ver —y conste que tengo que empalmar para esto, más que con el debate brillantísimo desarrollado aquí en la tarde de ayer y en la de hoy, con las palabras del señor presidente del Consejo de Ministros—, la está desperdiciando, porque en este fenómeno histórico, inmenso, ingente de la revolución que se acaba de vencer parece como si el Gobierno no hubiera querido ver más que lo superficial, los brotes más externos de todo lo que constituye la revolución; se dijera que lo más señero, lo más significativo fué el caso de tal pistolero que disparó contra tal autoridad, o de tal minero que encendió la mecha de tal bomba. Eso no es más que el brote superficial. Parece como si de ahí no pudiera pasarse sino a la influencia política que tuvieron tales o cuales Sindicatos. Eso no es más que el tronco del problema, pero la raíz jugosa y profunda de la revolución está en otra cosa: está en que los revolucionarios han tenido un sentido místico, si se quiere satánico, pero un sentido místico, de su revolución, y frente a ese sentido místico de la revolución no ha podido oponer la sociedad, no ha podido oponer el Gobierno, el sentido místico de un deber permanente y valedero para todas las circunstancias.

Se decía aquí por varios oradores: Pero, ¿cómo los mineros de Asturias, que ganan 18 pesetas y trabajan siete horas, han podido hacer una revolución socialista? Yo quisiera contestar: Pero, ¿es que también vamos a profesar nosotros la interpretación materialista de la Historia? ¿Es que no se hacen revoluciones más que para ganar dos pesetas más o trabajar una hora menos? Os diría que lo que ocurre es todo lo contrario. Nadie se juega nunca la vida por un bien material. Los bienes materiales, comparados unos con otros, se posponen siempre al bien superior de la vida. Cuando se arriesga una vida cómoda, cuando se arriesgan unas ventajas económicas es cuando se siente uno lleno de un fervor místico por una religión, por una Patria, por una honra o por un sentido nuevo de la so-

ciudad en que se vive. Por eso los mineros de Asturias han sido fuertes y peligrosos. En primer lugar, porque tenían una mística revolucionaria; en segundo lugar, porque estaban endurecidos en una vida difícil y peligrosa, en una vida habituada a la inminencia del riesgo y al manejo diario de la dinamita. Por eso, con esa educación de tipo duro y peligroso y con ese impulso místico satánico, si queréis, han llegado a las ferocidades que lamentamos todos.

Pero frente al estallido de una revolución llena de ímpetu místico y de instrumentos guerreros, ¿qué podía ofrecer la sociedad española, qué podía ofrecer el Estado español? ¡El Estado español...! ¿Pero es que el Estado español cree en algo? El señor presidente del Consejo de Ministros nos decía ayer, como expresión perfecta de lo que debe ser un jefe de Gobierno, que él se coloca equidistante entre las izquierdas y las derechas, sin tolerar la extralimitación de ninguna. Es decir, que en el concepto político del señor presidente del Consejo de Ministros, las izquierdas y las derechas deben existir; pero él no es ni de las izquierdas ni de las derechas. Él defiende un Estado que no cree en una postura ni en otra, aunque reconoce que ambas posturas existen y son lícitas. ¡Pero qué, si tenemos la prueba viviente en estos días de que el Estado español no cree en sus propias bases! No tenéis más que ver que estamos, por ejemplo, discutiendo la revolución bajo la censura de prensa. Nosotros formamos parte de este Cuerpo legislador, discutimos en este edificio, en el que parece que está volatilizado, entre las horribles pinturas del techo y el horrible terciopelo de los bancos, eso que se llama la soberanía nacional; pues bien: nosotros, depositarios de la soberanía nacional, tenemos que recibir cada noche una especie de espaldarazo de buenos chicos que nos discierne algún funcionario subalterno del Gobierno Civil.

El Estado no cree en nada; el Estado no cree en la libertad ni cree en la soberanía del pueblo, porque la suspende cada vez que hace falta.

El Estado no se cree siquiera depositario ni cumplidor de un fin supremo, y prueba patente de esta verdad dura y triste la tuvimos en una famosa arenga que hubimos de oír por la radio la noche siguiente de vencerse la sublevación en la Generalidad. Un hombre que había tenido la suerte inmensa, providencial, de ser quien devolvió a España su unidad en peligro, pronunció la noche siguiente estas palabras, que oímos todos por la radio, repito, para nuestra vergüenza: «Respetables son éstos —los ideales—, sean cuales fueren; son execrables cuando se salen del terreno legal y se apela a la violencia para establecerlos.» De modo que un hombre que acaba de hacer cara nada menos que a un intento separatista, declaraba que ese sentimiento separatista no es execrable como contenido separatista, sino porque se ha producido sin cumplir el artículo cual o el artículo tal de ciertas normas reglamentarias.

¿Y la sociedad española? Decidme si la sociedad española tenía el sentido de estar al servicio de unas normas de validez permanente que la justificaran en una actitud enérgica de defensa. El señor Gil Robles, en uno de sus elocuentísimos discursos, en uno de sus extraordinarios discursos, en uno de sus milagrosos discursos —y digo milagrosos en el sentido exacto de esta palabra—, nos dijo ayer que nadie va más lejos que él en las reformas sociales, que nadie está mejor dispuesto que él para las reformas sociales. Y yo digo: una sociedad que sabe que tiene que reformarse es que tiene la noción de su propia injusticia, y una sociedad que se cree injusta no es capaz de defenderse con brío.

Ni el Estado español, ni la sociedad española se hubieran defendido con brío frente a la revolución si no hubiera entrado en juego el factor, que siempre nos parece imprevisto, pero que no falta nunca a la cita en las ocasiones históricas, de ese genio subterráneo de España, de ese genio heroico y militar de España, de esa vena perenne de España que, ahora como siempre, albergada en uniformes militares, en

uniformes de soldaditos duros, de oficiales magníficos, de veteranos firmes y de voluntarios prontos, una vez más, ahora como siempre, ha devuelto a España su unidad y su tranquilidad.

Esto me parece que es axiomáticamente así, y, sin embargo, temo que el Gobierno que preside don Alejandro Lerroux no haya sacado las consecuencias exactas de ello. Sus medidas, las medidas que hemos empezado a conocer, son puramente policíacas, son puramente de detalle, no penetran en la entraña del acontecimiento. La primera medida necesaria era haber dado al vencimiento de la intentona revolucionaria toda la altura histórica que merecía. Era la ocasión de decir: «Pues sí; esta vena heroica y militar —la de siempre— nos ha salvado; esta vena heroica y militar tiene que adquirir otra vez su condición preeminente.» Hubiera sido muy bueno que el señor presidente del Consejo de Ministros, capaz de retorcer tantas veces sus creencias, cuando así servía a la verdad o a la Patria, nos hubiese dicho: «Es cierto; no hay más que dos maneras de vivir: la manera religiosa y la manera militar —o, si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea una milicia, ni milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso—, y es la hora ya de que comprendamos que con ese sentido religioso y militar de la vida tiene que restaurarse España.» Esta sí que habría sido la verdadera retribución para el esfuerzo y para el heroísmo de quienes nos han devuelto la tranquilidad: porque estoy seguro de que cada uno de los que han muerto por España y cada uno de los que sobreviven no quiso la retribución en unas monedas o ventajas; lo que hubieran querido sería que les devolviéramos el orgullo de tener una Patria grande. Y la ocasión de emprender el camino de esa Patria grande era la gozosa y única tal vez, en sabe Dios cuántos años, de aquella madrugada del 6 al 7 de octubre de 1934.

No es esto lo que ha deducido el Gobierno como consecuencia. Por de pronto, parece como si hubiera la consigna de desviar la atención de

las gentes del lado antinacional de la revolución para concentrarla exclusivamente en el lado social. Estamos dedicando cada vez menos palabras a lo que ha ocurrido en Cataluña para dedicar más a escalfriarnos con los horrores de Asturias, horrores que ya no tienen más que un valor anecdótico y que, con ser muchos o ser pocos, no hacen variar nada la calidad histórica del intento.

Lo de Cataluña, el intento separatista de Cataluña, lo estamos desviando por instantes, y así ha ocurrido la cosa enorme, señor presidente del Consejo de Ministros, de que cuando hemos conocido está mañana la lista de las condenas y de los indultos, hayamos visto, como con su elocuencia ha afirmado su señoría, que un pistolero demostró enorme perversidad porque se defendió cuando huía y cometió un homicidio, en tanto que un oficial del Ejército español, que al frente de sus tropas —por primera vez en más de un siglo—, en actitud que, si acaso, tendría parangón en los últimos días de la caída de nuestro Imperio colonial, en los albores tristes del siglo XIX; un oficial que se alzó contra la unidad de España mandó disparar a sus tropas y mató a otro oficial del Ejército español y a varios soldados, merecía el indulto. La cosa es tan enorme, señor presidente del Consejo de Ministros, que aquí han tenido que moverse dos sospechas para admitir que esto pudiera acontecer. Yo aseguro al señor presidente del Consejo de Ministros que, sin que me comprenda una sola brizna de responsabilidad gubernamental, no he podido pegar los ojos anoche pensando en ese horror del fusilamiento de dos desgraciados, de dos más o menos monstruosos desgraciados, que delinquieron, que cometieron un delito común y que no habrían sido pasados por las armas si el mismo delito lo hubieran realizado seis días antes, mientras se indulta a un oficial español que ha cometido el peor delito de traición contra la Patria y contra el Ejército. A mí ya no me interesa, pues porque yo diga estas cosas no se va a fusilar al señor Pérez Farrás; pero no hay

más explicación admisible para el indulto de este oficial que una presión demasiado alta, que el Gobierno no debió tolerar, una presión demasiado misteriosa, que ni el Gobierno debió aceptar ni nosotros podemos sufrir sin afrenta: la presión, simplemente, de la masonería. El señor Pérez Farrás es masón, y por eso se ha salvado. Es muy lógico, si queréis, aunque nos ofenda, que quienes tienen tradición masónica cedan a su impulso; pero vosotros (*Dirigiéndose al señor Gil Robles*), que representáis, si representáis algo hondo y espiritual, todo lo contrario de la masonería, veremos cómo explicáis en las próximas propagandas electorales vuestra complicidad con este crimen.

Y después, es bien triste que no os hayáis dado cuenta de esto. Cuando quiebra todo un orden social, como ha quebrado durante la pasada revolución, como ha estado a punto de quebrar sin remedio sin los auxilios heroicos que surgieron a última hora, hay que pensar no sólo en que urge desmontar ciertos Sindicatos, no sólo en que hay que tomar ciertas medidas policíacas; hay que pensar en que algo anda mal en lo profundo. El señor Gil Robles propone una serie de medidas; dice que nadie le irá al alcance en los avances sociales. Yo me permito decirle al señor Gil Robles que si hace eso no logrará más que desorganizar toda una economía capitalista sin haber implantado un régimen más justo. El que con la economía capitalista, tal como está montada, nos dediquemos a disminuir las horas de trabajo, a aumentar los salarios, a recargar los seguros sociales, vale tanto como querer conservar una máquina y distraerse echándole arena en los cojinetes. Así se arruinarán las industrias y así quedarán sin pan los obreros.

En cambio, con lo que queremos nosotros, que es mucho más profundo, en que el obrero va a participar mucho más, en que el Sindicato obrero va a tener una participación directa en las funciones del Estado, no vamos a hacer avances sociales uno a uno, como quien entrega concesiones en un regateo, sino que estructuraremos

la economía de arriba a abajo de otra manera distinta, sobre otras bases; y entonces sucederá, señor Gil Robles, que se logrará un orden social mucho más justo.

Es decir, que dentro de muy poco, dentro de quince días, dentro de un mes, estará todo, si el señor presidente del Consejo de Ministros no rectifica, poco más o menos como estaba; habremos dado por finida una revolución; tal vez la Policía esté un poco más diligente; tal vez haya menos armas en las Casas del Pueblo; pero la estructura social y política que ha quebrado seguirá en pie y no se habrá logrado nada, y la vena heroica y militar que nos ha salvado esta vez volverá a enterrarse y volverá a estar ahí en reserva por si otra vez tiene que salvar-

nos de milagro. Señor presidente del Consejo de Ministros, si yo hablase por un interés de partido, nada podría parecerme mejor. Precisamente las ocasiones desperdiciadas han sido las que abrieron siempre camino a las revoluciones nacionales: porque se desperdició Vittorio Veneto vino la marcha sobre Roma; porque se ha desperdiciado el 7 de octubre es muy posible que venga la revolución nacional, en cuyas filas me alisto. Eso para nosotros sería mucho mejor. Para el Gobierno hubiera sido mucho mejor ser él quien enarbolase esa bandera. Pero, si es mejor para mi y para mi partido, en cambio reconocerán el Gobierno y la Cámara que no es para que otorguemos un voto de confianza esta tarde.

(6 de noviembre de 1934.)

ESPAÑA DEL CORAZON

POR JAIME EYZAGUIRRE.

Para un chileno ir a España es salir de la visión exterior de la patria y entrar al conocimiento medular y místico de la misma. No se camina por España gozando tan sólo de ese placer estético que brinda Italia, la madre del arte, o de esa facilidad del pensamiento que ofrece Francia. Se va por las tierras de España con la mano en el corazón y con los ojos llenos de amor y de esperanza. Porque en el polvo de sus caminos está disuelta la carne y los huesos de mil generaciones heroicas que nos abrieron paso en la Historia, que pensaron, sintieron y obraron anticipadamente por nosotros, que llevaron nuestra sangre ardorosa castellana y dirigieron al mismo Dios y en el mismo idioma la plegaria eterna del Padrenuestro.

Cada piedra que vemos y tocamos es como un hito glorificador de una raza que ha llenado con su nombre las cuatro fronteras del mundo; que ha derramado abierta y generosa por todas las latitudes, en esa simbolización noble y soñadora del Caballero de la Tris-

te Figura. Cada piedra nos habla de lo que fué su pasado, que abruma de grandeza; de lo que ya es un presente, que se levanta renovado por la sangre y por la angustia, con dignidad prometedora; de lo que será un futuro de servicio a la verdad, abnegado y sin temporizaciones.

En la hora de la apostasía, en que el Príncipe de este mundo vela sus armas tortuosas, España, la de siempre, está alerta, abroquelada por su viviente alma cristiana. España es la voz que hoy contiene a la jauría envidiosa y maledicente con la vieja apostura del hidalgo de Castilla, sereno de rostro, recio en la voluntad y humilde ante la gloria de Dios.

«Lo que vence al mundo es nuestra fe», dijo hace dos mil años el apóstol. Y parece que hoy día, España, la madre de Chile, la cuna de nuestra sangre y de nuestra alma cristiana, hubiera hecho de aquel pensamiento el lema irrenunciable y ejemplar de su actitud solitaria y decidida.

CONCURSO

En esta Sección de Cuestionarios pretendemos despertar el interés de nuestras lectoras para resolver una serie de preguntas relacionadas con los más diversos temas y siempre de interés para su formación moral y cultural.

En el Concurso pueden tomar parte todas las lectoras.

Las bases serán las siguientes:

1) *Las preguntas vendrán seguidas de las contestaciones, y no podrán exceder de ocho líneas, en letra perfectamente legible.*

2) *Vendrán dirigidas a la Regiduría Central de Cultura, Delegación Nacional de la S. F. (Almagro, 36, Madrid), firmadas con nombre y dos apellidos, local y domicilio de quien las envía, indicando si es o no afiliada.*

3) *Vendrán dentro de la primera quincena del mes siguiente al de la publicación del Cuestionario correspondiente.*

4) *Mensualmente se repartirán dos premios, consistentes en libros, entre las que mejor contesten al Cuestionario.*

5) *Los nombres de las dos lectoras premiadas se publicarán mensualmente en CONSIGNA, indicando el premio que les ha correspondido, el cual les será enviado por correo a su domicilio.*

CUESTIONARIO

- 1.º ¿Cuántas clases de indulgencias existen en relación a la pena que condonan?
- 2.º ¿Qué es el jubileo y cada cuántos años se concede el jubileo ordinario?
- 3.º ¿Qué dice el Punto 20 de la Falange?
- 4.º ¿Qué familiares fueron condenados al mismo tiempo que José Antonio en noviembre de 1936?
- 5.º ¿Qué centenario se ha celebrado al mismo tiempo en los mismos actos que el de Miguel de Cervantes?
- 6.º ¿Cómo está constituido el sistema solar y cuáles son sus planetas?
- 7.º ¿Cómo se enciende la humbre y cómo se conserva?
- 8.º ¿Cuáles son las medidas imprescindibles para el corte y confección de un vestido de señora?
- 9.º ¿Qué tipos de Instituciones de Protección a la Madre y al Niño existen en España?
10. ¿A qué se llama escala musical?



La docilidad en el hogar

POR FRANCISCA BOHIGAS

Hemos insistido en que la unidad de mando es valiosa para lograr éxito en las realizaciones colectivas. El hogar es la unidad social más interesante, más fundamental.

El predominio del jefe de familia exige una cierta docilidad por parte de la madre y de los hijos; pero no se crea que docilidad significa falta de voluntad, escasa inteligencia; la docilidad implica un agrado en complacer al que manda, una facilidad de obrar bajo la primera impresión, sentir una especie de sugestión, emanada del que manda. Habitarse a obrar sin objetar la orden.

Todas estas condiciones pueden concurrir fácilmente en el marido en relación con su mujer. Razón por la cual la mujer aparece dócil ante la directriz de vida que señala el marido. De otro modo no se explicarían los cambios que

se operan en el carácter de algunas mujeres casadas.

Si no hay coincidencia en el tipo de vida que anhelaban las novias, la solución, muchas veces, surge por la docilidad de la mujer. En este caso la salvación de la familia depende del acierto del marido.

María sabe que su marido no rectifica nunca las órdenes dadas; tampoco le consulta antes de darlas. Si alguna vez se atrevió a contraindicar, Pedro la desautorizó rápidamente: —¿No has oído lo que acabo de ordenar? María quedó tan dolida que prefirió sumirse a las orientaciones de su marido.

María recuerda escenas de su casa. Su padre solía hablar de los asuntos antes de resolver. Aunque no pedía opinión ni consejo, las resoluciones no sorprendían, porque se había hablado

ya de las circunstancias y obstáculos que cada caso presentaba. Pero Pedro, de sopetón, dicta una orden, que casi siempre resulta imprevista,

Su mujer, que al principio vivió desorientada y dolida, se ha ido sometiendo, de tal modo, que ya le parece normal que Pedro mande por sí y ante sí; le quiere tanto, que sus órdenes la incitan a la ejecución por complacerle.

Si alguien tarda en cumplimentar un encargo de Pedro, aquella dilación parece a María un desacato. Pedro lo quiere; él sabe por qué, y deben hacerlo en seguida.

María, cada vez más sumisa, goza en obedecer, en ser amable, no ambiciona nada. No hay más criterio que Pedro.

Las relaciones del matrimonio con las familias las dirige Pedro. María se ha convertido en un instrumento apto para las realizaciones de Pedro.

—Tu marido es excesivamente autoritario —le dicen sus padres—. Hay que ir al cine cuando él quiere. Reunirse a comer en la ocasión por él elegida. Todo lo hace él. Pero no deja a los demás que hagan su gusto. ¿Cómo puedes aguantarle?

María queda suspensa.

—También yo pensaba así cuando me casé, pero fué un error de apreciación. Pedro es como debe ser un marido. Lleva toda la responsabilidad. A mis padres les ocurre lo que me ocurría a mí al principio. Cuando se acostumbren, verán que la vida debe ser así. Nadie mejor que Pedro puede elegir la película, el paisaje, el día de familia, porque es hombre de mundo y muy ocupado. En cambio, mis padres ya no tienen obligaciones. Nada les cuesta complacer a Pedro.

A los padres de María les molesta la sumisión de su hija; creen que le causa amargura tanta renunciación; pero no es así. María es dócil a Pedro inconscientemente. No le duele renunciar a sus gustos porque sus gustos no son los suyos, los de antes; son los de Pedro. No le importa que Pedro mande a quienes ella debería hacerlo.

porque no tiene amor propio; sólo ama a Pedro, y goza en complacerle.

No tiene iniciativa, no siente afán de libertad. María cree que la única persona de su casa que es libre de decisión es Pedro.

Los hijos no comparten el criterio de su madre. También ellos tienen personalidad. Quieren obrar por su cuenta.

A María le parece casi una profanación.

—Vosotros debéis hacer lo que diga vuestro padre.

—No —replican ellos—. Papá nos aconsejará, pero decidiremos nosotros.

—¡Qué barbaridad! —replica María—. ¡Qué juventud!

La Guerra de Liberación española y la segunda guerra mundial han trastornado los negocios de Pedro. Se siente desplazado del mundo dirigente de la economía española.

La situación de la familia es apurada. Hay que hacer frente a una realidad acuciante.

Pedro, cabizbajo y pensativo, deambula por los salones de su mansión, que pesan sobre sus hombros como una losa. ¿Y los hijos?

María, incapaz de comprender la catástrofe, confía en la capacidad económica de su marido y en su influjo social. Pedro sabrá componérselas. Pero esta vez la situación es superior a las fuerzas de Pedro, y no puede superarla. Pero María no cree en esta realidad, y sigue confiada en el valor de su marido.

—Parece que se ahoga, pero no se ahoga —repite constantemente.

Pedro llama a sus hijos: les expone la situación y hace un llamamiento a su sentido de responsabilidad, invitándoles a resolver su vida por su cuenta.

Los hijos ven el cielo abierto. Por fin sus iniciativas, su afán de libertad, su necesidad de realizarse, tienen una ocasión propicia.

—No te apures, padre; nosotros saldremos adelante.

María, sorprendida por la calma y complacencia del padre, replica:

—¿Qué van a hacer estos hijos? ¿Qué será de ellos? Si tú no los diriges, no aprontas capital, ¿qué pueden emprender por su cuenta?

A María le horroriza la inseguridad económica, el vacío social, la necesidad apremiante en que se encuentran sumidos sus hijos.

A María le espanta la audacia juvenil, la alegría que sienten ante la libertad de acción.

No le parecen hijos suyos aquellos muchachos que planean negocios, que buscan colaboraciones, que ofrecen su técnica, que, conscientes de su responsabilidad personal, empiezan a vivir por su cuenta.

—Cómo pueden ser hijos de su padre —piensa María— muchachos que sólo piensan en empresas colectivas, cuando su padre lo hizo todo solo; sus colaboradores no hacían más que obedecer. ¡Qué hombre Pedro! No serán como su padre.

Aunque María le cree invencible, Pedro ha sido derrotado interiormente. No todo procede de la catástrofe económica; hubiera podido rehacerse. Pero Pedro no concibe su vida más que impuesta al medio. No sabe vivir más que imperando. No sabe convivir. No puede ser un elemento social. Quiere ser una unidad propia.

Sin embaigo, se goza en la vida de sus hijos. Ellos sienten la responsabilidad social. Ellos ven la vida de otro modo.

Los hijos prosperan. Pedro no admite su colaboración. Se defiende como puede, pero solo, completamente solo, royendo sus propias entrañas.

María, habituada a cumplir la voluntad de Pedro, que ya no tiene nada que mandar, siente un vacío cada vez mayor.

Cuando sus hijos le dicen: —Madre, ¿qué deseas, qué anhelas?, María contesta invariablemente: —*Espero las órdenes de vuestro padre, anhelo volverle a ver mandando.*

Los hijos le dicen a veces:

—Madre, ¿por qué no le animas a padre y no le aconsejas que trabaje con nosotros, que visite nuestras instalaciones, que nos aconseje, que se mueva, que vuelva a trabajar, en suma? Cree, padre necesita actividad. La inacción le consume.

María no comprende aquel lenguaje. Ella, aconsejando a Pedro.

—Qué sé yo de negocios. Eso es cosa suya. Yo no tengo por qué meterme. Se disgustaría.

Y, sin embargo, Pedro necesita salir de aquel vacío interior; pero María, siempre dócil, no se siente capaz de apoyarle...; sufre abnegadamente sus silencios y sus desplantes...; pide a Dios por él... Ella espera que Pedro algún día volverá a ser lo que era.





MATANZA

PREPARACION Y CONSERVACION DE CARNES

Se acerca la temporada de la matanza; en muchos sitios se preparan para ellas, matando uno o varios cerdos y elaborando con su carne embutidos y jamones. Sin embargo, hay muchas personas que no hacen la matanza propiamente dicha, sino que compran cantidades más o menos grandes de carne de cerdo y con ellas preparan algunas conservas que luego consumirán durante el invierno.

En números anteriores dimos normas para sazón de carnes y elaboración de algunos embutidos; hoy volvemos a dar otras recetas como ampliación de aquéllas para personas que deseen preparar algunas conservas caseras.

LOMO ADOBADO Y FRITO EN MANTECA

Se preparan tres kilos de lomo de cerdo y se cortan en trozos grandes.

Se hace un adobo con un litro de buen vina-

gre de vino, unos cuantos ajos machacados, sal, pimienta y orégano. En una olla de barro se ponen los trozos de carne y se cubren con este adobo, en el que se dejan durante siete días.

Pasados éstos, se sacan los pedazos y se ponen en una cacerola, en la que se habrá puesto de antemano 500 gramos de manteca de cerdo con 125 gramos de aceite, y se dejan rehogar lentamente hasta que estén bien tiernos. Para que no se frían de repente conviene añadir a la grasa una parte del caldo del adobo, y así, cuando ha consumido éste y queda solamente la grasa, se sacan los trozos de lomo, se ponen en una orza de barro vidriado y se cubren con la grasa en que se frieron, añadiendo un poco de manteca derretida, pues han de quedar perfectamente cubiertos los trozos.

Se deja enfriar destapada la orza, hasta que la manteca esté bien dura, y después se tapa herméticamente.

Cuando haya que sacar el lomo se emplearán tenedores de madera; no conviene tocarlo con las manos.

LOMO CURADO AL ESTILO DE LAS VASCONGADAS

Se toman los lomos de cerdo enteros y seorean durante dos días, frotándolos después con 100 gramos de sal fina, mezclada con 30 gramos de sal de nitro. A continuación se ponen en tinajas, bien cubiertas de sal gorda, separados por capas de sal. Se dejan que se salen durante ocho días; después se lavan, se cuelgan al aire seco durante dos días y se envuelven bien con una pasta hecha con pimentón y aceite.

Se conservan colgados en sitio fresco y seco.

BUTIFARRA CATALANA

Se pica muy bien un solomillo de cerdo, sin quitarle la grasa. Se sazona de sal, pimienta negra molida, un poco de clavillo, un polvo de canela y vino blanco. Se mezcla todo perfectamente y se deja reposar durante dos horas.

Se tiene las tripas previamente limpias en una infusión completa de orégano, sal y agua en cantidad suficiente para que las cubra. Cuando han transcurrido las dos horas de reposo se escurren bien las tripas, se sacan y se van llenando. Se pinchan por varios sitios para que salga el aire y se atan de trecho en trecho y se cuelgan en un sitio fresco durante dos días.

Pasado este tiempo se ponen en un caldero, se cubren en agua fría y se ponen a cocer. Se dejan hervir una hora; se escurren y se cuelgan en sitio fresco y seco.

BUTIFARRA NEGRA

Se corta a cuadritos kilo y medio de tocino de cerdo y se pone en un barreño; se agrega un litro de sangre de cerdo y un kilo de carne magra, aplicada muy fina. Se sazona de sal, pimienta y nuez moscada y un poco de clavillo, una pizca de canela en polvo. Se mezcla bien y se rellenan las tripas (como se explicó en números anteriores para las morcillas), sujetando los extremos con hilos.

Cuando todos estén preparados se colocan en

un caldero con agua, hasta quedar cubiertos, y se ponen a cocer en el fuego.

Deben hervir despacio, durante cuarenta y cinco minutos. Transcurrido este tiempo se pinchan, y si la gotita que brota sale clara están en su punto; se sacan con cuidado para no romperlas y se cuelgan.

TERRINAS

Las terrinas es el nombre que se da a los fiambres cocidos, que se conservan en un recipiente de gres, que es muy a propósito para viajes y comidas en el campo.

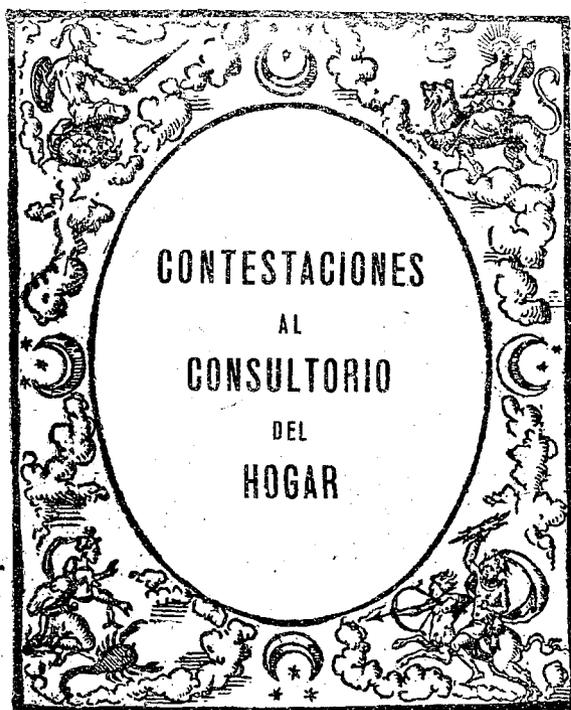
TERRINA DE HIGADO DE TERNERA

Ochocientos gramos de hígado de ternera, 150 gramos de tocino salado, 60 gramos de miga de pan, 150 gramos de conchas de tocino cortadas muy finas, un vaso de vino blanco, una copita de coñac, dos yemas de huevo, una clara, una cebolla, dos ramas de perejil; sal, pimienta y nuez moscada.

Se pica finamente el hígado, tocino, cebolla, perejil y una miga de pan, pasándolo dos veces por la máquina de picar hasta ponerlo en pasta fina.

Se pone el picadillo en una fuente de loza y se agrega el vino blanco, coñac, huevos, sal y especias, y bien mezclado todo se deja reposar diez minutos. Mientras tanto se forra una terrina (proporcionada de tamaño) por dentro con las lonchas delgadas de tocino, se pone en ella el picadillo y se cubre todo con lonchas de tocino; se cubre con la tapadera y se pone a cocer al baño maría; primero sobre la chapa, y cuando rompe a hervir, se mete en el horno con calor moderado durante una hora.

Se destapa entonces y se ve si está cocido; si al pinchar sale el jugo blanco, está en su punto; si sale rosado hay que dejarlo algo más. Debe ofrecer resistencia al tacto. Entonces se cubre de manteca de cerdo derretida y casi fría y se tapa herméticamente. Se conserva en sitio fresco y seco.



Camarada Delegada Local de la S. F.
LOS POZUELOS (C. REAL).

Querida camarada: Recibo tu consulta de fecha 18 del pasado, y me extraña no sepas que en nuestras Delegaciones Provinciales existen unas carpetas llamadas de fácil realización, que constan de un patrón graduable correspondiente a cinco modelos. Tienen también los métodos de corte, pero creo que te dará mejor resultado las carpetas a que arriba me refiero. Como verás por la explicación que va en cada una de ellas, es suficiente con tomar la medida del contorno por debajo de los brazos, hallar la mitad y hacer el patrón por las líneas correspondientes al número que indica dicha mitad.

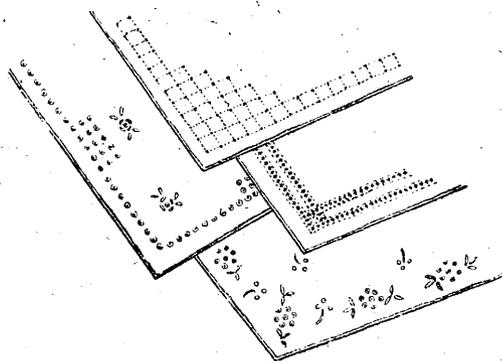
Estas carpetas puedes pedir las a la Regidora Provincial de Cultura de Ciudad Real y te las enviará.

Un saludo nacionalsindicalista.

Camarada Josefa Pérez.
OIZ (NAVARRA).

Querida camarada: Todo llega en este mundo, y también llegó la hora de contestar a tu carta, enviándote estos cuatro modelos para pañuelo, que, como verás, son muy sencillos y bonitos.

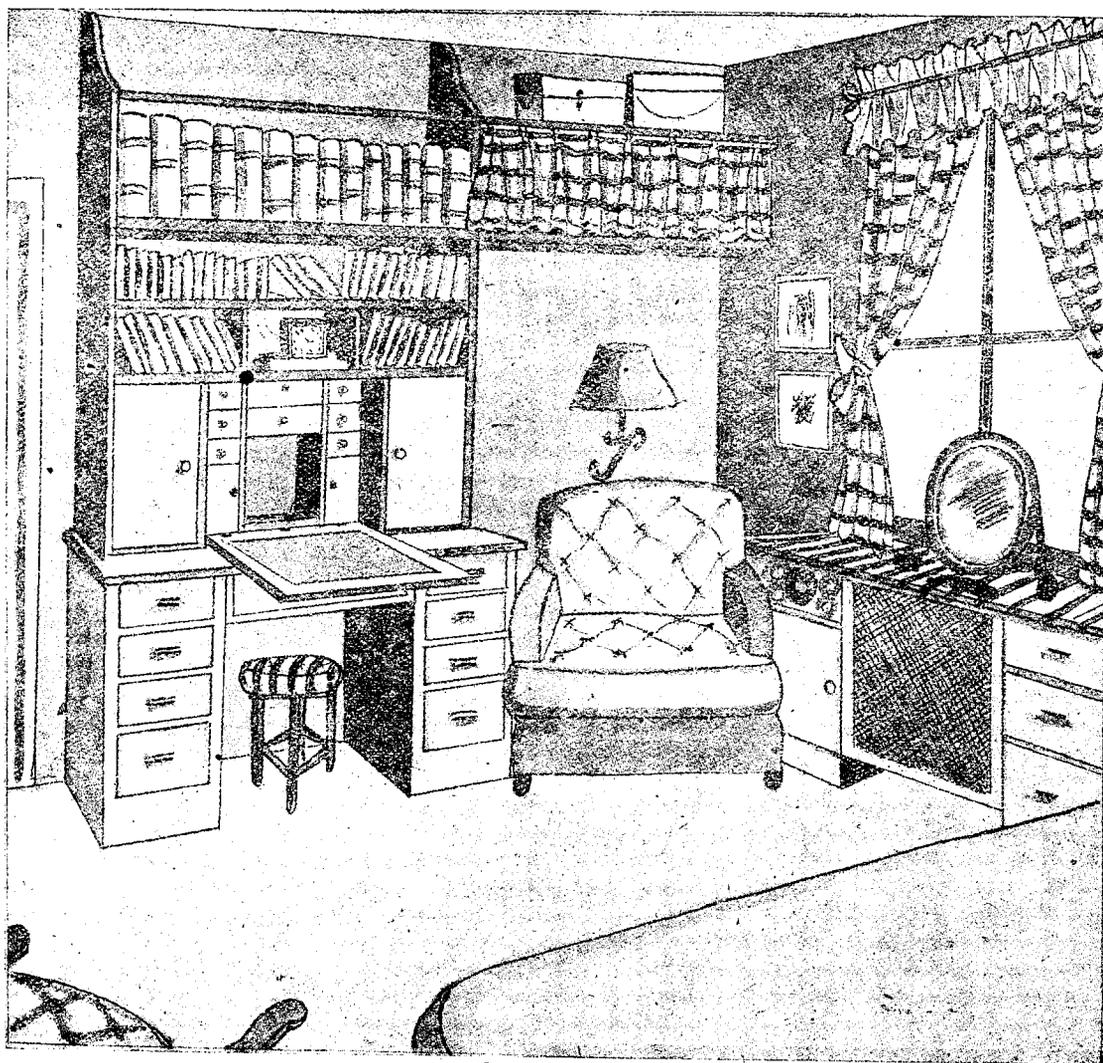
Un saludo nacionalsindicalista.

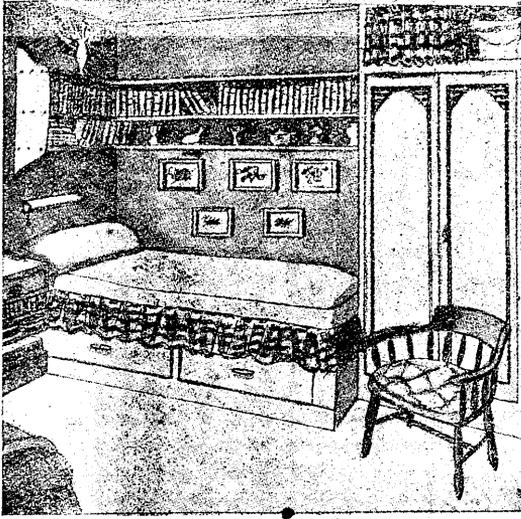


Ideas para el hogar

Hoy os doy algunas para aprovechar bien una habitación ocupada por una joven estudiante, maestra o dedicada a cualquier otro trabajo

literario que le obligue a estar en constante contacto con los libros. En ella no falta nada de lo necesario y al mismo tiempo todo queda re-





2

cogido y acondicionado de manera que en el centro se pueda disponer de un buen espacio libre.

1.—En esta pared, la que corresponde a la izquierda de la ventana, hay un escritorio-librería de mucha utilidad. Consta de ocho cajones grandes en los laterales inferiores, diez pequeños en la parte central —propios para servir de ficheros o para lápices, tarjetas, etc.— y dos armarios a ambos lados de éstos, que hacen las veces de bar, o lugar apropiado para guardar algunos cacharros, tazas, etc. Encima de ellos van las librerías, la última de las cuales se corre hasta la pared. Cubierta con una cortina de alegres colores, sirve para ocultar aquellos objetos o cajas que no resulten decorativos a la vista.

Debajo de ésta va adosado a la pared un soporte de hierro o madera curvada, con una pantalla que ilumina por detrás, sin molestar la vista, a la persona que esté sentada en el sillón leyendo o estudiando.

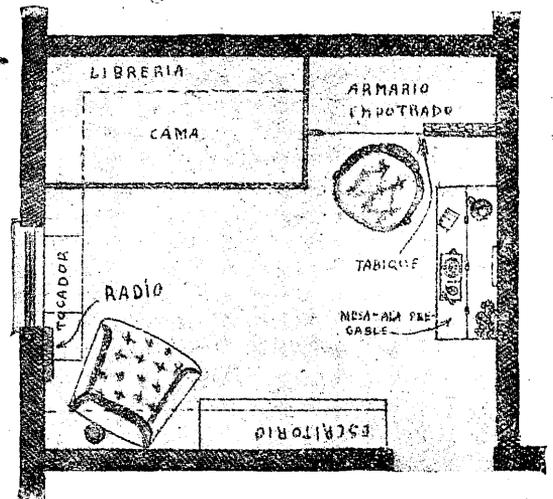
La ventana queda muy airosa vistiéndola parte alta con un gran volante de organdí o cualquiera otra tela vaporosa, sujetando sus pliegues en su parte media con un cordón muy grueso de los colores del estampado de la cortina.

Debajo, y para ocultar el radiador, hay un mueble alargado, con rejilla (para que no reste el calor) en el centro, que hace las veces de tocador.

Tiene el tablero forrado con la misma tela de la cortina y va provisto de cajones, en el lateral derecho, seguidos de unos estantes donde colocar revistas, y en el izquierdo, el aparato de radio empotrado.

2.—A continuación de este mueble está la cama, con cajones en su parte baja donde poder guardar los zapatos. Encima hay otra librería con dobles estantes. Otro hueco que también aprovechamos aquí es el de la parte alta del armario, pues su tablero de la izquierda se prolonga hasta llegar al techo. Ahora bien; el armario es mayor de lo que a simple vista parece, ya que, como puede verse en la figura 3, está empotrada en el tabique la parte derecha del mismo. En la otra pared hay una mesa de hoja plegable, sobre la que se pone otra lamparita (ésta portátil) y donde puede servirse el desayuno, merienda, etc.

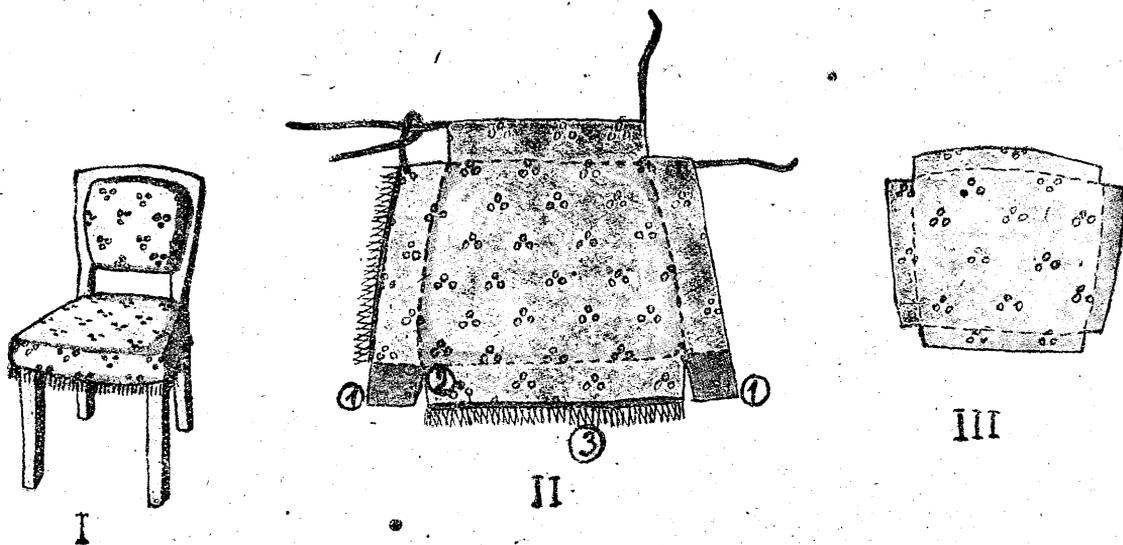
3.—Ved aquí, con toda claridad, la colocación de los muebles en dicha habitación y las dimensiones de la misma.



4.—Si necesitáis tapizar vuestra sillería, podéis hacerlo vosotras mismas sin necesidad de llamar al tapicero. Para ello procederéis a cortar la tela de que dispongáis conforme indico en el croquis (II). Los cuadritos oscuros (1) indican que ese trozo de tela quedará doblada y remetida debajo de la parte (2) que corresponde a los flecos (3). Las cintas se atán en las pa-

tas de atrás por debajo del asiento, de manera que no se vean. Este patrón (III) es el del cuadrado del respaldo.

La ventaja que tiene este tapizado hecho en casa es la de que, por ser desmontable, puede lavarse con frecuencia, resultando así que vuestros muebles estarán siempre impecables.





Cada autor y su obra, en su época y en su ambiente

POR RAFAEL BENEDITO.

IV

Al iniciarse, con el Renacimiento, la «Ars Nova», la polifonía siguió un lento proceso evolutivo, que culmina, con caracteres de verdadero esplendor, en el siglo XVI.

La polifonía abarcaba tanto el género profano como el religioso. Las formas más concretas y definidas eran el «madrigal», en el género profano, y el «motete», en el religioso, ambos confiados casi sin excepción a las voces.

En la elaboración de las composiciones polifónicas de carácter religioso era frecuente el empleo de temas profanos, abundando los de carácter popular, hasta que la Iglesia romana dictó leyes prohibitivas, con lo cual el género polifónico religioso se purificó, ganando en espiritualidad y en elevación.

En toda Europa imperaba la polifonía, adquiriendo en cada país matices y caracteres propios,

marcándose también diversas escuelas; pero donde se concentró todo el interés fué en Roma, por la gran importancia que en la Santa Sede alcanzó la música, que los Papas atendían con solicitud e interés. Ello determinó que acudieran a Roma los más famosos músicos, que dieron esplendor a esta modalidad musical, y que se produjeran obras inmortales.

Muchos son los grandes maestros que dieron realce con sus valiosas composiciones a la polifonía, pero entre todos sobresalen de modo extraordinariamente destacado tres: el italiano Palestrina, el flamenco Orlando de Lassus y el español Tomás Luis de Victoria. De ellos, Palestrina ha sido el que más fama ha alcanzado y al que la Historia ha dado más relieve, considerándole como el genio auténtico de su época; pero sin que pueda restársele un ápice de su grande y positivo valor, la investigación y el conocimiento de sus producciones han demostra-

do que tan dignos y merecedores de fama como él son Orlando de Lassus y, sobre todo, nuestro compatriota Tomás Luis de Victoria. Nos ocuparemos en este trabajo de los dos primeros, dejando para uno venidero el hacerlo, por su im-

portancia y su relieve, de Tomás Luis de Victoria.

Giovanni Pierluigi da PALESTRINA.—El año 1514 nació Giovanni Pierluigi en Palestrina

JESU REX ADMIRABILIS

PALESTRINA

Moderato.

Je - su Rex ad - mi - rá - bi - lis et tri - um -
 Quo - do cor no - strum vi - si - tas tum lu - cet
 Je - su dul - cé - do cor - di - um, fons vi - vus
 Je - sum o - mnes a - gnó - aci - te, a - mó - rem
 Te no - stra Je - su, vox so - net, no - stri te -

plá - tor nó - bi - lis, dul - cé - do in - ef
 e - i vé - ri - tas, mun - di vi - le - scit
 lu - men mén - ti, um ex - cé - dens o - mne
 e - jus pó - sci - te, Je - sum ar - dén - tes
 mo - res éx - pri - mant, te cor - da no - stra

cresc.
 to - tus de - si - de - rá - bi - lis to -
 fá - bi - lis, to - tus de - si - de - rá - bi - lis to -
 va - ni - tas et in - tus fer - vet cá - ri - tas et
 gau - di - um et o - mne de - si - dé - ri - um et
 que - ri - te, que - ren - do in - ar - dé - sci - te que -
 di - li - gant, et nunc et in per pé - tu - um, et

dim.
 tus de - si - de - rá - bi - lis.
 in - tus fer - vet cá - ri - tas.
 o - mne de - si - dé - ri - um.
 ren - do in - ar - dé - sci - te.
 nunc et in per pé - tu - um.
rit.
 A - - - men.

(Italia), niño que más tarde había de alcanzar fama mundial como compositor, haciendo célebre el nombre de su ciudad natal, pues por el de Palestrina se sustituye su propio apellido. Por sus relevantes disposiciones musicales ocupó en su ciudad natal el puesto de maestro de capilla, pasando en 1551 a ser *magister puerorum* (director del coro de niños) en la Capilla «Julia» de la basílica de San Pedro de Roma, donde meses más tarde, y dada su gran pericia, ascendió a director de dicha Capilla, dimitiendo el cargo en 1555 para ingresar como cantor, por designio del Papa Julio III, que le dispensó de la difícil prueba de aptitud, en la famosa Capilla Sixtina. No obstante la protección papal, y a consecuencia de las intrigas que se le urdieron con el pretexto de que era casado —pero en el fondo por envidia ante su positivo valor—, fué destituido, pasando a ejercer los secundarios puestos de maestro de Capilla de San Juan de Letrán y Santa María la Mayor.

La crítica situación por que atravesaba la música en la Iglesia, por el abuso de los compositores al introducir en ella temas profanos y populares, asunto tratado en el Concilio de Trento, fué decidida por Palestrina al presentar tres misas que había compuesto por encargo de la Congregación de Cardenales, en las que campeaba un estilo noble, espiritual y severo, en consonancia con los textos litúrgicos, estilo que al sublimizarse en los «Improperios» o «Lamentaciones» de Viernes Santo, y, sobre todo, en la «Misa del Papa Marcelo», dedicada a la memoria de esta jerarquía eclesiástica, afirmó no sólo la continuidad de la música en la Iglesia, sino también el rotundo y definitivo triunfo de Palestrina, que fué elevado al cargo de director de la Capilla Pontificia y más tarde, a la muerte de Animuccia, ocupó la más alta jerarquía artística en la Capilla de San Pedro. Palestrina dejó de existir, en Roma, el 2 de febrero de 1594, después de alcanzar los máximos honores, dejando una producción musical co-

piosa y de alta calidad, integrada por 93 misas, 179 motetes y un gran número de *Magnificat*, letanías, himnos, salmos de vísperas y madrigales.

En realidad, Palestrina no introdujo grandes ni geniales innovaciones en la técnica, pero no es poco su mérito al depurar la de su época, dando a la música religiosa grandiosidad, pureza y hondo sentido espiritual.

Orlando de LASSUS.—Gran músico neerlandés, nacido en Mons (1532). Además de sus extraordinarias dotes de musicalidad poseía desde muy niño una tan hermosa y bien timbrada voz, que si bien le hizo sentir los halagos de la admiración, también le produjo contrariedades, puesto que en su infancia fué robado tres veces para ser explotado como cantor.

Un doble motivo: el de su curiosidad y su deseo de aprender y el de ser requerido por la fama de sus talentos, le hizo viajar y residir fuera de su país lapsos de tiempo, estudiando, en Milán, Francia e Inglaterra, volviendo a Amberes sin que la asimilación de las distintas escuelas musicales de tan diversos países le hicieran perder su personalidad propia ni influir en su estilo, que se caracteriza por una amplitud armónica de diáfana claridad, gran elegancia en la línea melódica y una pureza siempre mantenida, subordinando la técnica que consideraba como medio, al concepto y a la idea, que era su fin. Orlando de Lassus es llamado el «Príncipe de la Música», precisamente por el sentido refinado y aristocrático de toda su producción, que es verdaderamente extraordinaria, pues llega a alcanzar a 2.000 el número de sus composiciones entre motetes, misas, *Magnificat*, madrigales, etcétera... En 1562 se instaló en Munich, donde, requerido por el duque Alberto V, ocupó el cargo de director de su Capilla de Música, sorprendiéndole la muerte en 1594, después de un ataque de locura.

HUYAMOS TODOS DEL JUEGO DEL AMOR

ORLANDO DE LASSUS

Moderé

SOPRANO
Fuy-ons tous d'a-mour le jeu, fuy-ons

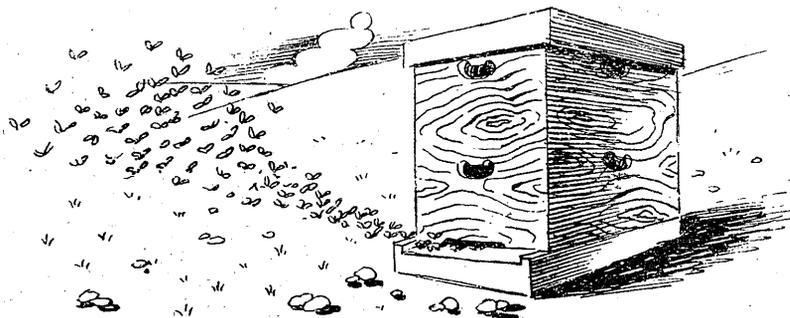
CONTRALTO
Fuy-ons tous d'a-mour le jeu

TÉNCOR
Fuy-ons tous d'a-mour le jeu, fuy-ons tous d'a-mour le

BASSE
Fuy-ons tous d'a-mour le jeu com

tous d'a-mour le jeu com-me le feu. Ai-me qui voudra les fem-mes,
com-me le feu. Ai-me qui voudra les fem-mes,
jeu com-me le feu. Ai-me qui vou-dra les fem-mes, Ser-
me le feu. Ai-me qui voudra les fem-mes,

Ser-ve qui vou-dra les da-mes, Quant à moi,
Ser-ve qui vou-dra les da-mes, Quant à moi,
ve qui vou-dra les da-mes, Quant à moi, je
Ser-ve qui vou-dra les da-mes; Quant à moi,



Libre albedrío y voluntad social

POR MARÍA ESTREMER DE CABEZAS.

La primera sorpresa recibida por mí al observar mis abejas fué, como ya he relatado, comprobar existe un acuerdo absoluto y perfecto entre todas las que componen una colmena para realizar actos necesarios a la conservación de la vida de la familia. Aún más me llenó de asombro el poco tiempo preciso para formarse esta común voluntad social y manifestarse en hechos.

Varias interrogantes me formulé para encontrar explicación completa a la emigración colectiva y total de la población alojada en mi colmena y a su nueva reinstalación en ella, cuando hice desaparecer la causa de su éxodo. Fué la primera si está o no tan ligada la vida individual de cada abeja a la de sus compañeras de enjambre que no exista en ellas voluntad propia o libre albedrío.

Me bastaron pocas semanas de observación atenta de mis abejas a través de los cristales de la colmena para convencerme de que los actos realizados por cada uno de estos laboriosos in-

sectos son voluntarios y libres, si bien dentro siempre de una infatigable actividad común encaminada a la prosperidad de la colonia y de una perfecta coordinación de esfuerzos. Ya sean nodrizas, pecoreadoras o guardianas, van más o menos a prisa, descansan, eligen su camino o realizan su trabajo con una variedad tal de movimientos y acciones que, al mirarlas atentamente, se impone al observador la certidumbre de estar viendo seres con libre albedrío, actuando por voluntad propia, voluntad subordinada a la común tarea y necesidad social, pero no anulada por el común sentir. Dos momentos, muy repetidos en la vida de la colmena, nos dan la prueba convincente de la voluntad individual de las abejas.

El más ostensible y fácil de observar es la salida del enjambre natural: en medio de un confuso y zumbador revuelo sale de la colmena cepa una parte de su población, más o menos numerosa, en busca de nuevo alojamiento. Las que permanecen en la antigua vivienda se agi-

tan también incesantemente, subiendo y bajando la escala de cera de los panales; pero, en medio de este desorden, son muchas las que permanecen tranquilas e indiferentes, continuando reposadas la distribución de alimento a las larvas en cría o la colocación meticulosa del polen portado en sus patas dentro de una celdilla. La indiferencia ante la salida del enjambre se patentiza, sobre todo, en el grupo de abejas que de continuo rodea a las realeras en formación y en las pecoreadoras que llegan a la tablilla reposadero cargadas de bolitas de color. Es más, algunas que inician la salida con el enjambre fugitivo se las ve, si se mira con atención, separarse de él y retornar a la colmena; en cambio, otras, rezagadas y hasta inmóviles en ésta, salen tardíamente a incorporarse a las que parten.

Otro momento, aún más repetido, es la formación de la cadena de cereras, al iniciarse la cual algunas ya prendidas en ella se separan, dando incluso lugar a la caída de varias de sus hermanas, y otras, que están separadas y reposando en un panal cercano, corren de improviso a incrementar la cadena de cereras, que, eso sí, una vez formada, impone a todas y cada una la permanencia en ella durante varias horas.

Al contemplar cómo se desenvuelve la vida social de la colmena y la variedad de acontecimientos que, a veces inesperadamente, surgen en ella, se plantea otra interrogante, acaso la de mayor interés y la más difícil para encontrar respuesta. ¿Cómo se comunican entre sí las abejas? ¿Cuál es su lenguaje, indudablemente necesario, para transmitirse órdenes o concertar acuerdos?

Mucho se ha escrito sobre tal tema e inúmeras son las observaciones realizadas para encontrar la solución al enigma, y es también mucho lo que ya puede afirmarse, al parecer con absoluta certidumbre, respecto a los medios de relación de las abejas.

Desde luego, son varios, y ello es natural, dada la amplitud y diversidad de causas o suce-

sos que motivan y exigen comunicación entre ellas.

A finales del pasado siglo descubrió Nasonoff que existe en el cuerpecillo de la abeja una glándula, situada entre el sexto y el séptimo anillo abdominal y en el centro de su arco dorsal, de funcionamiento ocasional y aparentemente voluntario, la utilidad de la cual no llegó a determinar, suponiéndola glándula sudorípara para expulsar al exterior el exceso de agua de su organismo. Algunos años después, en 1901, mister Sladen lanzó la hipótesis de ser este órgano productor de un determinado olor que permite a las abejas de cada enjambre reconocerse entre sí. En 1914, Mac Indoo hizo un completo estudio anatómico de él, aceptado y en parte completado después por Snodgras, y ambos autores, aun limitando sus investigaciones a la estructura material de sus masas celulares y tejidos, le dan la denominación de glándula odorífica emisora de Nasonoff. Nombre y función aceptados por Frisch en su admirable libro *De la vida de las abejas*, fruto de pacientes e ingeniosísimas experiencias realizadas por el autor para averiguar y descubrir muchos de los secretos de la colmena.

La glándula de Nasonoff queda oculta entre el último y penúltimo artejo abdominal, tanto en estado de reposo de la abeja como en su marcha o vuelo; pero si el insecto quiere comunicar con sus hermanas, se afirma sobre sus seis patitas, inclina el cuerpo, bajando la cabeza, y eleva arqueado el abdomen, y en tal posición se distingue perfectamente a simple vista un rombo amarillento y abultado entre el penúltimo y último anillo abdominal, que es la glándula en función. Son muchas las ocasiones en que puede observarse a las abejas en la tablilla reposadero de la colmena en esta posición, denominada actualmente por todos los apicultores «toque de llamada».

Frisch ha formulado la teoría completa de este medio de comunicación de las abejas: la glándula emite un olor, específico y distinto para

cada colmena; por razón de tal diferencia, tan sólo reciben la impresión, o el aviso, las abejas hermanas de la que lanza la llamada, y el rastro de ésta en el aire, apreciable por su finísimo sentido del olfato, las guía hasta el lugar de la llamada, como al perro de caza, hasta encontrar la pieza, el olor dejado por ésta entre las matas.

Las muchas experiencias realizadas por Frisch poniendo en el campo platillos con agua azucarada y marcando a las abejas que llegaban a ellos con una manchita de color, le han proporcionado los elementos de prueba de ser siempre ocupantes de la misma colmena, o sea hermanas, las que han acudido cuando una daba la señal, y, en cambio, las de otra colmena, incluso más cercana al lugar de la llamada, se mostraban indiferentes a ella. El valor de este medio de comunicación se patentiza también en los casos de trasiego o de desplazamiento de una colmena, así como en la salida de la reina para el vuelo nupcial, casos todos en los que buen número de abejas comienzan a hacer funcionar su glándula en la tablilla reposadero.

Aceptando esta teoría a la letra, el valor de este medio de comunicación sería realmente importante y con razón se le ha llamado la T. S. H. de las abejas, y yo, al leer en Leuénberger, hablando de esto, la frase «Un perfume especial para cada colmena, que en el lenguaje de la telegrafía sin hilos se diría una determinada onda», y recordar que se ha comprobado que las palomas mensajeras se desorientan si en la intermediación de su palomar se emiten determinadas ondas cortas, dime a pensar en si realmente sería más bien una radiación que no un olor lo que emitiera la glándula de Nasonoff.

Aun siendo Frisch uno de los investigadores que más admiró y respeto, me permití realizar algunas experiencias para comprobar si realmente era una glándula emisora de olor y su función quedaba reducida a marcar un rastro o guiar en un camino, o si, por el contrario, se aproximaba más a una emisora de radio y podía expresar diversas ideas.

La primera comprobación que se me ocurrió fué la de la difusión de este perfume en el ambiente, y desde entonces en cuantos trasiegos he hecho, al lanzar el enjambre sobre el lienzo ante la nueva colmena, he tomado de él dos grupos de abejas sensiblemente iguales y he llevado cada uno de éstos a distancia igual en la línea del viento. Si en efecto se tratara de un olor, por sutil y de rápida difusión que éste sea, debe llegar primero al grupo situado a sotavento que a aquel de barlovento del punto de emisión.

Pues bien; esta experiencia, repetida acaso más de un centenar de veces, y especialmente en los cursillos, con la cooperación de muchos alumnos observadores, me ha dado siempre como resultado que el movimiento de aproximación a la nueva colmena, después de surgir en ella la llamada, era simultáneo en ambos grupos, aun en casos de reinar algo de ventolina.

Casualmente surgió una nueva e interesantísima comprobación del valor y amplitud de la comunicación que la glándula de Nasonoff permite: mi colmena de observación tiene un tablero móvil que separa el cuerpo de colmena del fanal superior, adonde se hace ascender los panales para estudiarlos. Cuando terminé de usarla corrí siempre este tablero para limitar el espacio de la colmena y evitar enfriamiento, y como siempre quedan algunas abejas en los cristales o rincones del fanal superior, existen dos taladros en los ángulos de la caja para que éstas regresen. Algunas veces tardan bastante tiempo en encontrarlos, no obstante el olor y zumbido que por ellos deben percibir, y un día estaba mirando cómo se reintegraban a su colmena y observé quedaba una sola abeja en el panal subiendo y bajando por los cristales al lado opuesto a los canales de comunicación y sin encontrarlos, hasta que fué a posarse sobre la garrucha de elevación de los panales y allí permaneció unos minutos inmóvil, sin duda fatigada. La miraba fijamente, pensando ya en abrir de nuevo el tablero, cuando, con asombro, la vi inclinar la cabeza, alzar el abdomen y comenzar a hacer funcionar la glándula de Nasonoff. No habrían

pasado dos minutos cuando por uno de los orificios de comunicación con la colmena salió apresurada una abeja que, en rápido vuelo circular por el amplio fanal, llegó inmediatamente a situarse frente a la llamadora para tenderle la lengua cargada de miel, que ésta se apresuró a deglutir, y terminada la comida marcharon ambas en línea recta a uno de los orificios y se reintegraron a la colmena.

El hecho es concluyente: si la glándula emite un solo olor igual al de la colmena, éste no podría ser percibido dentro de ella cuando, también, dentro de un recinto cargado de este mismo olor se emite. Si tan sólo fuera un olor de orientación, no podría provocar como reflejo el que una hermana saliera en busca y auxilio de la que lo lanza. Es, por tanto, un medio de expresarse, acaso tan completo como la telegrafía sin hilos, como con razón se le llama.

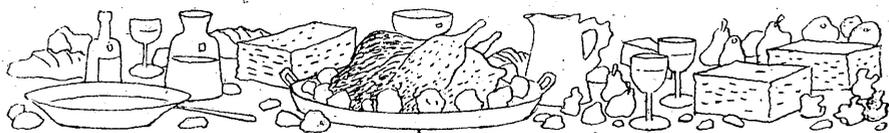
Otra experiencia muy repetida, varias veces en presencia de alumnos, ha sido tomar de una colmena cuatro o cinco abejas, guardarlas en una cajita durante un par de horas y ya al anocheecer, cuando la luz era escasa, depositarlas en la tablilla reposadero de otra colmena. El resultado ha sido, siempre el mismo: las abejas, ham-

brientas y entumecidas por el frío, quedaban un momento inmóviles, se lanzaban después hacia la piquera; pero al darse cuenta de no ser su colmena retrocedían asustadas, alguna alzaba el vuelo, pero casi todas comienzan en tal momento a hacer funcionar su glándula, y pocos momentos después surgen una o varias abejas de la colmena, que se acercan, palpan con las antenas y circunvalan a las que llaman, mientras éstas permanecen inmóviles, con la cabeza baja y distendida la glándula en pleno funcionamiento. Esta situación se prolonga a veces bastantes minutos, hasta que, de pronto, una de las abejas extrañas abate su abdomen, alza la cabeza y comienza a marchar tranquilamente para entrar en la colmena, y muy poco después todas las intrusas siguen el mismo camino y son admitidas sin lucha.

¿Puede obtenerse este resultado tan sólo con emitir un olor? ¿No es más lógico suponer que estas abejas, en su telegrafía, han pedido protección y amparo?

Quede esto aquí, por ahora, y en otro artículo seguiremos hablando de las diversas formas que reviste el lenguaje de las abejas.





Higiene de la vivienda

(Continuación)

HIGIENE DE LA COCINA

La cocina es uno de los lugares de la casa donde es preciso cuidar más de la limpieza y de la higiene. Por ser en ella donde se preparan y muchas veces se conservan los alimentos que luego hemos de ingerir, es preciso que todo se haga en la cocina con limpieza y pulcritud.

Ocupémonos en primer lugar del cuidado que ha de tenerse de que no existan insectos de ninguna clase: las moscas, parándose en todos aquellos sitios donde hay materias orgánicas, llevan adherido a sus patas material sucio e infectado, que recoge al posarse en estercoleros, letrinas, etcétera, al lugar donde se detengan después; lugar que muchas veces es el alimento que tenemos preparado, el pan, el queso, o la leche que habíamos hervido para el biberón del niño. Por este motivo, son las moscas uno de los principales agentes que intervienen en la propagación de muchas enfermedades que se transmiten por el aparato digestivo.

Por otro lado, las moscas existen en mayor proporción en aquellos sitios que están sucios; es por esto muy frecuente que haya moscas en los pueblos, donde los estercoleros, en los que se guarda el estiércol para convertirlo luego en abono, están, a causa de la negligencia de los habitantes, cerca de las casas, y donde se guardan para alimento de los animales domésticos muchos restos de comida, pieles de frutas, etc.

Está comprobado que, como consecuencia de esta falta de higiene, es en el medio rural donde con más frecuencia se producen diarreas e infecciones intestinales, sobre todo durante el verano, época en que abundan más las moscas.

Hemos de luchar, por lo tanto, para que cerca de la casa y, en consecuencia, de la cocina, no se acumulen residuos de ninguna clase; si esto muchas veces no podemos conseguirlo porque el defecto está fuera de nuestra propia casa, tenemos que conseguir al menos que la cocina y el lugar donde guardemos alimentos estén libres de moscas; para ello nos servirá una escrupulosa limpieza y la pulverización en paredes, suelo, etc. (cuidando de no impregnar los alimentos), de productos insecticidas (compuestos de D. D. T., etc.), y también hemos de cuidar de que los cacharros y los alimentos estén siempre protegidos con tapaderas, artefactos de tela metálica, una servilleta limpia, etc., según las circunstancias.

Otros insectos que fácilmente existen en las cocinas, si no se tiene cuidado, son las cucarachas, que andando por los sitios sucios o limpios sin distinción lo infectan todo con las porquerías que arrastran en sus patas, y que además son capaces de albergar en su aparato digestivo los elementos productores de un tipo de disentería que es a veces muy grave. Para evitar las cucarachas hay que tener perfectamente limpia toda la cocina (cacharros, muebles, sue-

los blanqueos de paredes, etc.), pues es la única manera de que, mediante la limpieza, sean destruidos los huevos de estos animales; evitándose la existencia de rincones donde el agua y el jabón no puedan llegar con la frecuencia debida. Se utilizarán, como en el caso de las moscas, insecticidas, que se colocarán en lugares adecuados; prefiriéndose en este caso los preparados en polvo.

Otra costumbre perniciosa en relación con los alimentos, y que, por lo tanto, incumbe a la higiene que se ha de tener en la cocina, es el hecho de que las personas que manipulan en ella prueban las comidas con una cuchara, tenedor, etcétera, que no tienen inconveniente en volver a introducir en el recipiente donde está la comida de las demás personas de la casa, o prueban, con el pretexto de ver si está caliente o fría, sosa o salada, la papilla de un niño, utilizando luego la misma cuchara para hacérsela tomar a éste. De esta manera se pueden transmitir muchas enfermedades cuyos gérmenes productores existen en la boca.

Cuando se destapa un recipiente, es preciso tener cuidado de que la tapadera que se ha de volver a utilizar inmediatamente quede apoyada por el dorso, pues es un detalle que indica poca pulcritud el apoyar las tapaderas en el fogón u otro siffo cualquiera por la parte que ha de estar luego en contacto con los alimentos.

Hay que evitar que en la cocina se acumulen residuos de ninguna clase; en caso de que no haya más remedio que guardar los restos de la comida, cáscaras, etc., hay que hacer que se trasladen todos los días a los lugares adecuados (en el campo se quemarán), y el recipiente que se utilice para guardarlos estará provisto de una tapadera y se mantendrá siempre cerrado herméticamente. Cuando se echen en este recipiente restos de carne, pescado, etc., se cubrirán con una capa de ceniza, para evitar el olor desagradable que pudiera producirse.

El fregadero es otro de los lugares de la co-

cina que debe estar bien limpio e instalado. Lo mejor es que esté provisto de agua corriente y que su desagüe vaya al alcantarillado de la localidad. En caso de que no exista una instalación general, por tratarse de algún pueblo todavía sin sanear, se pueden utilizar artificios que describiremos en la lección próxima, cuando hablemos de la higiene de los distintos servicios.

Hay que tener mucho cuidado de que no se obstruyan las tuberías de desagüe, para lo cual no se verterá en el fregadero más que agua y además se echará con frecuencia por la tubería agua con potasa disuelta en ella, pues ésta disuelve las grasas y evita que las que pudiera contener el agua del fregado queden adheridas a la tubería y la obstruyan.

Todos los restos sólidos que puedan quedar en los cachátrros se retirarán de los mismos antes de introducirlos en el agua para el fregado. El fregadero no se utilizará nunca más que para fregar los cacharros, y si por la instalación deficiente de la vivienda hubiera de destinarse también al lavado de la ropa o fuera de un material y forma que no se limpie perfectamente, entonces se utilizarán para fregar barreños especiales que encajen en él y que se limpian fácilmente, no usando éstos para ninguna otra cosa.

Aparte de los insectos que hemos visto ya y que existen con más facilidad en la cocina que en ninguna otra parte de la casa, pueden entrar en aquella otros animales, como ratones, e incluso gatos y perros, pues todos pueden infectar las comidas. La existencia de roedores se evita procurando que estén perfectamente libres las paredes y stelos de agujeros, hendiduras, etcétera; con un poco de yeso se obstruirán todos estos agujeros, y con ello se evita la posibilidad de que se conviertan en guaridas de toda clase de bichos; los gatos y perros deben desterrarse de la vivienda, pues son causa de propagación de algunas enfermedades.



Cómo ve D. Juan Valera a la mujer

POR CONSUELO BURELL.

Valera nos da él mismo la opinión que sobre las mujeres tiene, en una parte de la obra *Pasarse de listo*, en que se queja de que de las faltas que le achacan los críticos la que más le duele es aquélla de que pinta siempre «mujeres levantiscas y desaforadas» y la idea que tienen muchos de que él «odia a las mujeres o tiene malísima opinión de ellas».

En contra de tan injusta acusación se defiende el autor y uno por uno examina a sus personajes femeninos, para concluir diciendo: que en todas estas mujeres se advierte, «en medio de sus mayores extravíos, tal anhelo de infinito amor, tan dulce ternura y tan fervoroso ahinco de hacer el papel de salvadoras y redentoras..., que las perdonamos sin esfuerzo y nos parecen simpáticas».

Y se considera innecesaria esta defensa de Valera porque no la hay mejor que la exposición

de sus obras. Leyéndolas se comprende toda la admiración y el amor con que el autor rodea a la mujer. Bien es verdad que si alguna imperfección hay en ellas, el autor alega la razón de que «en las novelas no conviene que sean los personajes como alegorías de virtudes o vicios, sino que se tomen de la vida real, donde, por lo común, se advierte en ellos cierta mezcla de buenas cualidades».

A esta realidad se atiene y no a un supuesto odio contra el sexo femenino. Muy al contrario, una simpatía decidida le impulsa hacia él, de tal manera que casi olvida su anterior teoría de que los personajes novelescos no deben ser perfectos, porque las mujeres de Valera llegan todas a tocar casi la perfección. Este casi que les impide tocarla es en ellas un atractivo más, pues por este asomo de defectos se hacen más humanas, reales y próximas.

Mujer y Belleza son sinónimos para Valera. Todas sus heroínas son hermosas, y las descripciones son minuciosas, pues el autor es el primero en recrearse en la hermosura que ha creado. ¡Con qué complacencia precisa los detalles! Afina inverosímilmente los pies y poetiza las manos en un derroche de adjetivos. Manos bellas y limpias, para poner orden, para hacer el bien, para moverse acompasadamente en el trabajo y aletear en las sombras, dando su nota blanca. Los ojos y los cabellos le preocupan extraordinariamente. Trata siempre de establecer entre ellos armonía de color. La luz verde y serena de las pupilas de Pepita Jiménez con los suaves reflejos dorados de su cabellera, y en Beatriz, la heroína de *Pasarse de listo*, la negrura de su pelo ayuda a intensificar la oscuridad de sus ojos. Se extiende sobre todos los pormenores; por ejemplo: sabemos que las pestañas son largas y sedosas y además hay siempre una referencia minuciosa al mirar de los ojos descritos. La mirada de Pepita Jiménez es una lección de pureza y armonía; la de Inés, la imperturbable, todo un cuento de magia. Ojos de todos los colores. Luces suaves que calman y fuegos que enardecen. Cabelleras sedosas de luz y sombra. Las heroínas de Valera son jóvenes y también sanas.

La juventud y la salud son sus características más salientes. Valera gusta de la mujer fuerte, que es toda movimiento y acción. Lejano para él el tipo de mujer que languidece como flor en estufa. Sus protagonistas no son enfermizas, ni histéricas, ni perezosas. Sanas, necesitan gastar sus energías en un trabajo continuo; activas, no permanecen desocupadas ni un segundo.

Se las siente subir y bajar, andar por toda la casa, acudir siempre adonde hacen falta y son fruto de sus cuidados: sus ropas limpias, los manjares excelentes que ofrecen en su mesa y las flores que se abren en el patio y adornan la casa.

Bello y sano su ambiente, como emanación de ellas. Si son fuertes y su fuerza la aplican al

trabajo, no por eso es éste impropio de su femineidad.

Juanita la Larga va al egido a buscar agua y vuelve cargada con el cántaro, lava en el albercón y en el agua forman sus manos remolinos y una fiesta limpia y alegre de carne joven y de claros cristales rotos. Mas ni un momento abandona la gracia de sus movimientos ni descompone su belleza. En su casa, guisa y cose. En todas las obras de Valera la mujer atiende a estos menesteres. El autor explica minuciosamente todos los primores de repostería y todas las clases de bordados.

La pintura que de las mujeres hace Valera es de fuerte dibujo muy señalado. No se esfuman, por lo tanto, sus contornos ni aparecen envueltas en neblinas misteriosas que les desdibujen. Todas ellas pueden existir y hacen sospechar que evocan a una mujer viviente.

Su realidad disfruta de igual cualidad que ellas: la salud. Es una realidad sana y sencilla. Valera no quiere recurrir a realidades deformes y chocantes, que por su monstruosidad son casi irreales. Ha buscado la realidad de todos los días, la que le es conocida porque la vió en su tierra. La inmensa mayoría de las mujeres de sus obras son andaluzas.

Realidad ésta que, siendo cotidiana, no deja por eso de poder elevarse sobre lo común. Pepita Jiménez, doña Luz, Clara, hechas con elementos reales, son una depuración de la realidad. Más allá de las diferenciaciones de carácter, de la diversidad de circunstancias, todas ellas aparecen destacándose en un fondo real, bellas, jóvenes y sanas.

Estas excelencias que poseen son prueba de que a Valera no le merecen «malísima opinión», sino, al contrario, muy buena. Valera presta perfección a sus figuras femeninas, no como el que hace un don, sino como el que hace justicia. No es que crea en la perfección absoluta de toda mujer, sí en la frecuencia con que se presenta en ellas.

Por boca del Padre Jacinto, en *El Comenda-*

don Meudoza, canta la importancia de la mujer y de su papel en el mundo, y esta importancia y lo que para los hombres significa lo expresa por medio de Fray Miguel en *Morsamor* —cuando, ya cercana la muerte y aniquilados todos los recuerdos de su anterior vida, aún se aferra al de la mujer como el único digno de conservar—. «Yo pude libertarme de la ambición y de la codicia, pude desdeñar, y desdeñé, gloria, poder y riquezas. El amor de la mujer que-

dó, no obstante, firme. Disípense en buen hora, como niebla o como humo, todas las proezas de que me sentí capaz y que realicé o soñé. Lo que yo no consentía era que el amor de la mujer también se disipara.» Este amor es la misión que Valera ve en la mujer. Todas las mujeres de su obra lo sienten y lo dan generosamente. Por este sentimiento y este don se les perdonan sus faltas, si las tienen, y se exalta más su perfección, si de ella carecen.





BIBLIOGRAFIA

GALVARRIATO Eulalia: *Cinco sombras*.—Ediciones Destino; 30 ptas.

Cinco sombras obtuvo dos de los cinco votos del Jurado para adjudicar el premio Eugenio Nadal 1946, y este codo a codo con la obra premiada debe estimarse como el reconocimiento pleno de su valor excepcional.

Cinco sombras es la evocación de cinco figuras de mujer a través del recuerdo nostálgico de un hombre, ya viejo, que fué su amigo. María, Rosario, Laura, Gabriela e Isabel, las cinco sombras, se van perfilando a través del relato del amigo, lleno de una profunda dulzura, y van acusando su personalidad en un primer momento indiferenciada en torno al costurero.

Es obra de una humanidad infinita e infinitamente delicada, que no podía haber sido escrita más que por una sensibilidad femenina, y de una realidad dolorosa o, mejor, acongojante, en el sentido que da Unamuno a la congoja, que no sólo en el dolor se experimenta, sino también, y aún más, en la misma felicidad. Por eso su ternura nos va penetrando lentamente, de tal forma que no sabemos qué nos acongoja más, si sus páginas dolorosas o sus páginas felices.

Eulalia Galvarriato ha sabido rodear toda su obra de tan intenso sentido poético, que alcanza a todos los detalles, y así, no es sólo deliciosa la descripción de las almas de sus cinco sombras, sino que lo es igualmente la de sus vestidos, y la de la casa, y la del costurero de sus labores. Y tiene, además, la gracia de saber describir, con un solo detalle, el alma y el estado de estas deliciosas figuras femeninas, como aquella mano de Rosario que creció y creció hasta convertirse

en lo único sensible de todo su cuerpo, o como aquel recuerdo de la madre muerta, que es sólo el de un torbellino de faldas girando rápidas e hinchadas, o como aquel otro de la hermana que humilla su cabeza en el momento de su boda como un lirio tronchado, y cuyo trágico fin, no aclarado, es uno de los momentos más logrados.

Por esto, Eulalia Galvarriato ha conseguido definir con esta novela absolutamente y de un solo golpe su fina silueta de escritora, dándonos uno de los libros más deliciosos, más humanos y de mayor intensidad poética de estos últimos años.

GIBBONS, Estella: *Nunca es tarde*.—Edit. «El Elefante Blanco»; 12 ptas.

No ofrece esta novela grandes emociones, pues su tema se reduce a reflejar las incidencias del vivir cotidiano de una familia inglesa durante la guerra, en una población alejada del peligro y en donde se refugian varios parientes, viviendo todos sometidos al gobierno de una solterona, cuya principal preocupación es impedir que su hermano sucumba a la tentación de casarse, cosa que no logra, pues se casa con una extranjera refugiada. Pero gracias a la descripción de detalles familiares, finamente observados, es de lectura entretenida y amena.

Puede ponerse en todas las manos.

GOUDGE, Elizabeth: *Destinos en peligro*.—Editorial Luis de Caralt. Col. «Gigante»; 36 pesetas.

El asunto de esta novela gira alrededor de la familia Du Frocq, que al borde de la ruina, por incompetencia del padre, se salva gracias al te-

són de la madre y al apoyo del hermano mayor del padre, que aparece providencialmente cuando ya parecía inevitable la catástrofe.

Literariamente, su estilo es poético y colorista, y está presentada con originalidad e interés; pero por la seriedad del tema parece más propia para personas de criterio formado.

GRANERO, S. J., Rvdo. Jesús: *Vidas heroicas*.—Edi. «El Mensajero del Corazón de Jesús»; 16 ptas.

El autor relata brevemente la vida de varios santos de la Compañía de Jesús, poniendo de relieve en cada uno la nota característica de su temperamento y de su santidad, tan distinta en todos ellos.

Obra a propósito para todos, especialmente para quienes buscan en los libros piadosos fervor y amenidad.

HAGGARD, Rider: *Las minas del rey Salomón*.—Edi. Seix y Barral; 15 ptas.

Novela de aventuras, muy a propósito para muchachos, en que se describen las andanzas de un cazador de elefantes y dos ingleses por los desiertos africanos en busca de un explorador perdido al intentar apoderarse del tesoro fabuloso que, según la leyenda, existe en las minas del rey Salomón.

LINKLATER, Eric: *El viento en la luna*.—Edi. J. J. Né; 36 ptas.

Relata las aventuras de dos niñas de pocos años que acaban por quedar convertidas en canguros y, como tales, viven en un parque zoológico. Allí aprenden el lenguaje de los animales, y este conocimiento les resulta muy útil cuando, convertidas de nuevo en personas, intentan la salvación de su padre, encarcelado en una mazmorra. El autor se propuso escribir una obra que fuese al mismo tiempo para niños y para mayores, y esto lo logra gracias a la fantasía del relato y a la forma un tanto humorística y graciosa de su estilo.

MEDINA, Tirso de: *Invierno en primavera y El asesino de la muñeca*.—3,50 ptas.

Novelas breves, sanas y optimistas y bastante entretenidas, que pueden ponerse en todas las manos.

PÉREZ DE URBEL, Fray Justo: *Las grandes abadías benedictinas. Su vida, su arte y su historia*.—Edi. Ancla; 35 ptas.

A través de esta obra de Fray Justo, documentada y amena, como todas las suyas, seguimos la historia de la Orden de San Benito en su labor cultural, apostólica y civilizadora, describiendo, además, las principales abadías benedictinas españolas y europeas, muchas de ellas ya casi desaparecidas. Es obra que se lee con el mayor interés por su estilo vivo y elegante, pero que agradará sobre todo a lectores instruidos.

SAN SEBASTIÁN, Carnero: *Paz en la altura*.—Edi. Pueyo; 5 ptas.

La nota sobresaliente de esta novela es la exaltación de los buenos sentimientos y del criterio y moral cristianas, a pesar del asunto un poco delicado, ya que se trata de una muchacha enamorada que renuncia a su amor para que su novio legitime las relaciones que mantuvo anteriormente con otra mujer. Pero por lo primero apuntado y por la delicadeza con que está tratado el asunto, puede ponerse en todas las manos.

TOMÁS, Mariano: *Abderramán III. primer Califato de Occidente*.—Bibl. Nueva; 30 ptas.

Biografía de Abderramán III, a quien admira y ensalza el autor, quien ni un momento considera al Califato cordobés como invasor y musulmán enemigo. No deja, sin embargo, de censurar sus actos de crueldad, que fueron pocos, ni de elogiar el valor y la entereza de los guerreros cristianos.

Obra documentada y moralmente limpia, que puede ponerse en todas las manos, aunque interesará sobre todo a personas de cierta cultura.



POESIAS

DE RUBEN DARÍO

AUTUMNAL

Eros, Vita, Lumen.

En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.

¡Ah, los suspiros! ¡Ah, los dulces sueños!
¡Ah, las tristezas!
¡Ah, el polvo de oro que en el aire flota,
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

En las pálidas tardes
me cuenta un hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía;
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
—Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa: luz, calor, aroma, vida.
Ella me dijo: —¡Ven!, con el acento
con que me hablaría un arpa. En él había

un divino idioma de esperanza,
¡Oh, sed del ideal!

Sobre la cima
de un monte, a media noche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
con pétalos de llamas que titilan.
Exclamé: —Más...

La aurora
vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja y la sorprenden luego
ciertas curiosas, mágicas pupilas.
Y dije: —Más... —Sonriendo
la celeste hada amiga
prorrumpió: —¡Y bien! ¡Las flores!

Y las flores
estaban frescas, lindas,
empapadas de olor: la rosa virgen,
la blanca margarita,
la azucena gentil y las volúviles
que cuelgan de la rama estremecida.
Y dije: —Más...

El viento
arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.
«El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda
y el alma de las liras.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.»
En el fondo se veía
un bello rostro de mujer.

¡Oh: nunca,
Piérides, diréis las sacras dichas
que en el alma sintiera!
Con su vaga sonrisa:
—¡Más!... —dijo el hada—. Y yo tenía entonces
clavadas las pupilas

en el azul; y en mis ardientes manos
se posó mi cabeza pensativa...

PENSAMIENTOS DE OTOÑO

Huye el año a su término
como arroyo que pasa,
llevando del Poniente
luz fugitiva y pálida.
Y así como el del pájaro
que triste tiende el ala
el vuelo del recuerdo
que al espacio se lanza,
languidece en lo inmenso
del azul por do vaga.
Huye el año a su término
como arroyo que pasa.

Un algo de alma aún yerra
por los cálices muertos
de las tardes volúviles
y los rosales trémulos.
Y de lucés lejanas
al hondo firmamento,
en alas del perfume
aún se remonta un sueño.
Un algo de alma aún yerra
por los cálices muertos.

Canción de despedida
fingen las fuentes turbias.
Si te place, amor mío,
volvamos a la ruta
que allá en la primavera
ambos, las manos juntas,
seguimos, embriagados
de amor y de ternura,
por los gratos senderos
de sus ramas columpian
olientes avenidas
que las flores perfuman.
Canción de despedida
fingen las fuentes turbias.

Un cántico de amores
brotó de mi pecho ardiente

que eterno abril fecundo
de juventud florece.
¡Que mueran, en buena hora.
los bellos días! Llegue
otra vez el invierno;
renazca áspero el quejido,
cual mágico himno alegre
un cántico de amores
brota de mi pecho ardiente.

Un cántico de amores
a tu sacra beldad,
¡mujer, eterno estío,
primavera inmortal!
Hermana del ígneo astro
que por la inmensidad
en toda estación vierte
fecundo sin cesar,
de su luz esplendente
el dorado raudal.
Un cántico de amores
a tu sacra beldad,
¡mujer, eterno estío,
primavera inmortal!

SONETO AUTUMNAL AL MARQUES DE BRADOMIN

Marqués (como el Divino lo eres), te saludo.
Es el Otoño, y vengo de un Versalles doliente.
Había mucho frío y erraba vulgar gente.
El chorro de agua de Verlaine estaba mudo.

Me quedé pensativo ante un mármol desauado,
cuando vi una paloma que pasó de repente,
y por caso de cerebración inconsciente
pensé en ti. Toda exégesis en este caso eludo.

Versalles otoñal; una paloma; un lindo
mármol; un vulgo errante, municipal y espeso;
anteriores lecturas de tus sutiles prosas;

la reciente impresión de tus triunfos... pres-
[cindo
de más detalles para explicarte por eso
cómo, autumnal, te envió este ramo de rosas.

VERSOS DE OTOÑO

Cuando mi pensamiento va hacia ti, se per-
[fuma;
tu mirar es tan dulce, que se torna profundo.
Bajo tus pies desnudos aún hay blancor de es-
[puma
y en tus labios compendias la alegría del mundo.

El amor pasajero tiene el encanto breve,
y ofrece un igual término para el gozo y la pena.
Hace una hora que un nombre grabé sobre la
[nieve;
hace un minuto dije mi amor sobre la arena.

Las hojas amarillas caen en la alameda,
en donde vagan tantas parejas amorosas.
Y en la copa de Otoño un vago vino queda
en que han de deshojarse, Primavera, tus rosas.





Isabel Clara Eugenia, novia de Europa

Por T. C.

Después de cincuenta años largos de rivalidad enconada —Luis XII y Fernando el Católico, el rey gentilhomme y el César de Gante, Enrique II y Felipe el *Prudente*—, con sus hitos triunfales para España en Garellano, Ceriñola, Pavía, Gravelinas y San Quintín, vuela de Francia a España la blanca paloma de la paz. Llevando en el pico —en lugar de la simbólica rama de olivo— el nombre y la imagen adolescente de la princesa Isabel de Francia, hija de Enrique II y Catalina de Médicis. El grave soberano español, casi cuarentón y viudo ya dos veces, siente encendérsele de amor y de esperanzas dinásticas el corazón humano y regio.

Las bodas de la paz celebradas en 1564 son bendecidas por el cielo en 1566. Entre la emoción de toda España y la expectación de Europa entera nace en el palacio real de Valsain una infanta. Aun cuando el desdichado don Carlos, príncipe de Asturias —extravagante y enfermizo— no llegue, como la corte teme, a ceñir la corona por muerte prematura o imposibilidad mental, la sucesión está asegurada en la infanta recién nacida, a la que el rey, en triple homenaje a su bisabuela la Reina Católica, a su madre la emperatriz y a su esposa amadísima, hace imponer en la pila bautismal el nombre de

Isabel. Apadrinan a la recién nacida la princesa viuda de Portugal doña Juana y el serenísimo señor don Juan de Austria, hermanos ambos —legítima la hembra y bastardo el varón— del rey de España. Administra las aguas lustrales a la nueva cristiana el nuncio de Su Santidad en Madrid, que poco más tarde ceñirá la tiara pontificia con el nombre de Papa Urbano VII.

Un año más tarde —el mismo en que la trágica muerte de don Carlos convirtiera en heredera a Isabel Clara Eugenia— nace otra infanta, llamada Catalina Micaela, y otro después, entre la desesperación del enamorado Felipe, la vida de la dulce reinita francesa se extingue suavemente, como entre los acordes y armonías de la «Pavana para una infanta difunta» de Maurice Ravel.

Las dos princesitas huérfanas quedan por algún tiempo al cuidado de un aya —la duquesa de Alba— y más tarde al de la princesa doña Juana, encargada de su educación hasta que llegue de Viena, en 1570, su nueva madre, la archiduquesa Ana de Austria, que hará el número cuatro de las malogradas esposas del señor de ambos Mundos, don Felipe de España.

Desde muy pequeñas reciben la educación que convendrá a su elevada jerarquía y a los

altos destinos a que están reservadas como hijas del mayor monarca de la tierra. Educación de princesas, sí, con toda la rigidez del protocolo de los Habsburgos; pero también educación de mujeres castellanas, según la norma trazada por la gran reina Isabel la Católica para sus hijas. Todo sin excesos de dómine ni pedanterías pedagógicas que mustien la lozanía de las inteligencias en flor, sino de una manera humana, alegre y deleitosa, como aconsejara Juan Luis Vives. Las princesitas españolas adquieren así la elegancia, la cultura y el empaque que habrán de menester para el mejor ejercicio de los deberes reales a que las llama la Providencia, sin perder por ello la espontaneidad y frescura de sus risas infantiles.

La infancia dichosa de las egregias niñas se refleja en los encantadores retratos que de ellas existen en las mejores pinacotecas europeas.

En octubre de 1571 llegan a la corte madrileña las primeras noticias de la gran victoria alcanzada en el golfo de Lepanto sobre la armada del turco por las naves cristianas, al mando de don Juan de Austria. Isabel Clara Eugenia —a la sazón de cinco años despiertísimos— recuerda a su apuesto tío y escucha con ilusión infantil —mucho más de admiración al héroe legendario que de puro instinto femenino— la narración de las proezas del hijo de Carlos V y capta en algunos cuchicheos palatinos unas palabras sorprendentes: «¡Qué buen esposo sería don Juan para la señora infanta Isabel! ¡Qué bien segura estaría la corona de España sobre sus cabezas si su alteza el señor príncipe de Asturias don Fernando, tan desmedradico y para poco, no llegara a cuajar en fruto la flor de sus años!» Mas ahora es doña Juana de Portugal quien habla a la princesita del rey mocito que en Lisboa reina: un adolescente rubio, bello y grácil como el arquero de Emeso, el mártir cristiano Sebastián, cuyo nombre lleva. El rey de Portugal es un muchacho trémulo de inquietudes, de ojos brillantes y fe ardorosa, a quien su abuela la Reina Católica —hermana del em-

perador Carlos V y tía del rey Felipe— quisiera casar con Isabel Clara cuando Dios le haya dado la victoria con que sueña sobre los infieles del Norte de Africa, con la que emulará al glorioso bastardo del César.

En contraste con la locuacidad de doña Juana, el rey jamás habla de semejante boda ni de otra alguna. Amantísimo de todos sus hijos, mira con tanto orgullo y satisfacción a las niñas —las niñas de sus ojos— como a los tres varoncitos pálidos y febles que le ha dado su cuarta mujer. Don Fernando y don Diego son llevados sucesivamente al sepulcro por el cierzo del Guadarrama y la rudimentaria terapéutica de los físicos de palacio, con lo que el chiquitín Felipe —de doce años menos que Isabel Clara—, también paliducho, tarado y amenazado por la rigurosa Parca, que provee de cuerpecillos reales el hambre del panteón escurialense, asciende al principado de Asturias. ¿Cómo puede pensar el rey en casar fuera de España a su hermosa hija mayor, para la que parece hecho el nombre de Isabel II? Claro que si la enlazase con el monarca lusitano, el viejo sueño de la Reina Católica estaría en vías de realización y la unidad peninsular podría llegar a ser un hecho. El proyecto de la tía Catalina merecía la pena de ser tomado en consideración. Mas he aquí que, de pronto y sin la boda, la unidad se realiza. Don Sebastián ha desaparecido misteriosamente en la batalla de Alcazarquivir. Tras él, nadie con más derecho al trono de Lisboa que el rey de España, que además cuenta con la fuerza de sus armas para sostenerlo. Si se malogra la vida del príncipe heredero, la infanta será llamada legítimamente a regentar por propio derecho la monarquía más vasta de la tierra. ¿Con quién casarla entonces? El problema de la elección de esposo para Isabel Clara Eugenia traspasa todos los linderos familiares. Su figura se ha convertido en el centro de la política europea, y todos los príncipes púberes aspiran a su mano, que puede encerrar los tesoros de Aladino. La emperatriz viuda María de Austria, hermana y suegra

de Felipe II. tiene varios hijos, a los que presenta candidatos a la boda española. Pero sobre todos ellos insiste en el nombre del mayor, Rodolfo, ya emperador, quien jugó con ella cuando niños. Si la historia se deja llevar por el camino del deseo de la emperatriz, la cabeza atolondrada de Rodolfo podrá ceñir un día más coronas que el propio Carlos V, su abuelo. Pero como Felipe II lleva mucho más en su cabeza la idea imperial de su España que la idea del Imperio centroeuropeo, y, por otra parte, su reciente viudez de Ana de Austria le acongoja de soledades, el proyecto de casar a Isabel Clara en Viena es desechado pronto. Su hija queridísima, consuelo, refugio, consejo, alegría y amor de su tristeza y su vejez cercana, no partirá de España. La emperatriz viuda propone a sus otros hijos Ernesto y Roberto, que asimismo son rechazados por el rey, lleno de cálculos prudentes y preocupaciones paternas. La corona de Francia, en poder del extravagante Enrique III, puede pasar un día u otro al duque de Alençon, su hermano, y hermanos ambos de la difunta Isabel de Valois. ¿No sería conveniente llevar a Isabel Clara a reinar en Francia? Esta idea, acariciada algún tiempo, se derrumba por la muerte del duque, ocurrida antes de iniciarse el noviazgo. Enrique III morirá sin sucesión, y entonces los derechos de Isabel Clara Eugenia podrán ser sostenidos por los Tercios frente a la intransigencia de la absurda ley sálica que rige la monarquía francesa. ¡Qué desquite sería poder ofrecer a la memoria de Carlos V la imagen de su nieta convertida en reina propietaria de la enemiga Francia!

Este nuevo rumbo de la política matrimonial del rey de España aconseja respuestas negativas a los embajadores y agentes oficiosos que insinúan la boda de Isabel Clara Eugenia con los reyes de Escocia o de Polonia o con el duque de Mayenné. Isabel Clara no será emperatriz, ni reina, ni archiduquesa, ni duquesa consorte. Será, ¡quién sabe!, reina titular de Francia o de Inglaterra, si las maniobras que se intentan

contra la feroz «vestal de Occidente» logran éxito, destronándola, para llamar al trono de los «defensores de la fe» a la heredera de María Tudor, instaurando con ella otra vez la catolicidad romana en la isla soberbia y neblinosa.

Con estas cábalas y dilaciones del gran rey, a la bella y codiciada infanta «se la va pasando el tempero». Ha visto con alegría un tanto melancólica el esplendoroso epitalamio de su hermana Catalina Micaela, solicitada en matrimonio por el duque Carlos Manuel de Saboya en 1585. Ha visto con sincera tristeza cómo la hermana menor ha partido para la hermosa Italia. La ausencia de la inseparable amiga y confidente la acerca más al rey, su padre. A su vez, Felipe se aprieta —casi con desesperación— a Isabel Clara, único amor humano y único depositario de sus tristezas que le queda en el mundo. Isabel Clara, en cambio, parece haber heredado todos los talentos de estadista de la gran Isabel, y nadie puede ser más fiel secretaria, más avisada consejera, más activa colaboradora que ella. Sin perder su alegría innata, la infanta ha adquirido una gravedad y un aplomo maravillosos para todos los oficios de la realeza. El rey y su hija estudian juntos todos los problemas políticos y administrativos de la anchurosa monarquía y analizan las más sutiles combinaciones de la diplomacia. La infanta es el asombro de propios y extraños por su ternura filial, por su resignación cristiana, por su fortaleza varonil, por su prudencia ejemplar. Ella le lee, le escribe, le traduce y le informa en las horas de trabajo, y en las brevísimas de asueto le distrae con su charla fluída y jovial, con la lectura de versos y prosas místicos o profanos y desgranando en el teclado de marfil de su espineta las dulces melodías de Milán, Narváez, Salinas o Victoria. En el corazón de Isabel Clara Eugenia —tantos años «novia de Europa» sin galán y presunta soberana sin corona de los más ricos reinos de la tierra— han desaparecido poco a poco los sueños de amor y realeza. Viendo al buen padre envejecido, triste, amargado por fracasos de toda

indole, asediado de enemigos, calumniado con increíble saña e imperturbable siempre ante la voluntad de Dios, la infanta ha adquirido el convencimiento de que su destino está trazado de manera definitiva y que no llegarán para ella jamás las horas venturosas que llenan la vida de otras mujeres, sacrificando su juventud, su belleza, su impulso vital al viejo rey, que si perdiera su compañía quedaría trágicamente solo frente al dolor y la muerte. La última pretensión matrimonial que se ha rechazado en El Escorial ha sido la del libertino rey hugonote de Francia Enrique IV de Borbón, dispuesto al divorcio de su casquivana primera mujer y a oír —luego de la que bien valía la posesión de París— la misa de velaciones con la hija del odiado monarca español.

En 1597 fallece en Italia la duquesa de Saboya, Catalina Micaela. Traspasado de dolor, Felipe II ve cómo su dinastía puede extinguirse si no casa pronto a los hijos que le quedan, Isabel Clara Eugenia, que ya va siendo moza vieja, y el joven Felipe, príncipe de Asturias. No hay otro remedio que concertar sus bodas apresuradamente, y después de larga meditación lo hace reanudando los matrimonios tradicionales con la casa imperial de Austria. Después de haber rechazado uno por uno al emperador Rodolfo y a los archiduques Ernesto y Roberto, elige para su hija al novio que menos podía imaginar el mundo: al archiduque-cardenal Alberto, hombre maduro, de gran experiencia política adquirida en el virreinato de Portugal, grave, serio, honesto, inteligente y muy poco galán, aunque gran amigo de su prima la infanta. Para el príncipe heredero se escogió a la gentil archiduquesa Margarita.

La situación delicadísima de los Estados de Flandes, que a todo trance parecen querer escapar de la soberanía española, aconseja al prudente rey la decisión heroica de independizarlos, cediéndoselos como dote a su hija bienamada, para que, en el caso de haber sucesión de su matrimonio, instauren en ellos una dinastía aus-

troespañola autónoma. De no nacer esos hijos, los Estados flamencos revertirían de nuevo en el rey de España al faltar los archiduques.

El embajador de Felipe II en Roma consigue rápidamente la dispensa de los votos sacerdotales de Alberto y la del parentesco de los egregios novios. Los preparativos de boda se hacen a marchas forzadas, pues las dolencias del rey se van acentuando y teme morir sin ver casados a sus hijos. Los esponsales se celebran el 6 de mayo de 1598, en medio de un ambiente de tristeza por el luto que la corte guarda a la duquesa de Saboya difunta y el grave estado de salud del rey, ya al comienzo de su horrible agonía, que no se desenlazará hasta su muerte, en 13 de septiembre del mismo año. Las dobles bodas hispanoaustríacas tienen lugar en Valencia, en 18 de abril del año siguiente. Las fiestas que con motivo de ellas organiza el duque de Lerma en Denia son immortalizadas en un poema-reportaje por el joven poeta, ex tripulante de la «Invencible», Lope Félix de Vega Carpio. Inmediatamente de celebradas, la infanta y su esposo parten para sus Estados, no llegando a Bruselas hasta el 5 de septiembre. El pueblo flamenco, habitualmente frío, como su clima, les recibe casi delirantemente. Durante el largo viaje, lleno de peripecias, la gran infanta española da nuevas pruebas de sus variados talentos al relatarlo en cartas y relaciones llenas de ingenio y sutileza a su hermano Felipe III.

Al frente del gobierno de Flandes, la princesa española se identifica prodigiosamente con su nuevo pueblo, como si toda la sangre de sus ascendientes borgoñones palpitara exclusivamente en sus venas. Cuando hay que guerrear, guerra, llegando a merecer del cínico señor de Brantôme este elogio increíble en un francés dedicado a contar falaces historietas: «Si una hermosa dama emprende una empresa bélica, sirve de mucho y anima a sus hombres... como hoy hace la infanta Isabel en Flandes, que preside a sus ejércitos y se presenta ante sus gentes de guerra llena de valor. Sin ella y su bella y agra-

dable presencia, Flandes no podría sostenerse, dicen todos» —escribe el gran immoralista en el discurso VI de sus *Vies des dames galantes*.

La archiduquesa-infanta está junto a sus soldados en la guerra y junto a los intelectuales y artistas en la paz. Los más grandes hombres de Flandes —Rubens, Van Dyck, Moretus, Justo Lipsio, Putcaanus, Ortelius, Coignet— son honrados con su amistad y sus visitas a sus talleres, estudios o cátedras, y llega a ser adorada por sus súbditos. España ha llevado siempre a Flandes a sus mejores príncipes (Margarita de Parma, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio), pero ninguno ha sabido llegar tan hondo al corazón de los flamencos como la risueña hija del adusto Felipe, capaz de conciliar la energía y la blandura en la áspera tarea de regir sus Estados.

La tregua de los doce años devolvió a los campos y ciudades —bellísimos— de Flandes su jocunda vitalidad, su prodigiosa riqueza, su fiebre de actividad, y de buen gusto, que reflejan los lienzos inmortales de sus grandes y pequeños maestros pintores del siglo XVII. Sacado de la ruina en que la guerra lo sumía, Flandes recuperó rápidamente bajo el gobierno de los archiducques el rango que en centurias anteriores alcanzara el ducado de Borgoña. De haber nacido un heredero a la nieta de Carlos V —otro Carlos de Gante exclusivamente flamenco—, la historia del mundo hubiera sido bien distinta.

Pero ese heredero —ardorosamente deseado por Isabel Clara Eugenia— no vino al mundo. Dios no quiso enviárselo. Mas el carácter de Isabel Clara no sé agrió ni el sentimiento de su deber se vino abajo. Al advertir que los años pasaban y la sucesión de Flandes no se establecía, la corte de Madrid dejó de considerar a Isabel Clara como soberana de los Países Bajos, encomendándole funciones de virreina o gobernadora, subordinadas a la concepción política central. La debilidad de Lerma primero y la soberbia de Olivares luego —sobreponiéndose a la voluntad de los Felipes III y IV— torcieron la política de la prudentísima Isabel Clara. La tregua felicísima se rompió y fué despojado del

mando de los ejércitos el ilustre Spinola, sin que sea imputable a la archiduquesa el que el gran triunfo de Breda, en lugar de ser un hito de la historia de Flandes —y de España— se redujese a un monumento de la pintura española.

Felicísima en su matrimonio plácido —que duró hasta el año de 1621, en que Dios se llevó al buen archiduque—, la infanta fué tan ejemplar viuda como esposa ejemplar había sido, continuando, pese a todas las adversidades y a todas las torpezas que Madrid la obligaba a cometer, la obra emprendida veintidos años antes. Ni un solo momento las circunstancias la hicieron perder el respeto y la admiración de los extraños y el cariño cordialísimo de los propios. Falleció —casi en olor de santidad— en su palacio de Bruselas, a los sesenta y siete años de edad, el día 1 de diciembre de 1633. En sus últimas horas, su eterno sonrisa se veló de una melancolía incurable: la de adivinar que en aquel Flandes tan amado como su tierra natal de España, comenzaba a ponerse el sol, y no por culpa suya.

De esta ilustre princesa española nos queda —junto a los lienzos en que la inmortalizaran Sánchez Coello, Pourbus, Rubens, Van Dyck, Brueghel y tantos otros maestros del pincel— este otro retrato maestro, trazado por la pluma del cardenal Bentivoglio, nuncio de Su Santidad en Bruselas:

«Pero la señora infanta Isabel, su mujer, de la que ahora voy a hablar, no es menos digna de vivir en la memoria de la posteridad con un renombre inmortal. Su complexión es parecida a la del archiduque; la sangre y la flema predominan en ella. Puede afirmarse que su talla es más bien grande que pequeña, en comparación con las demás mujeres, y conserva aún a su edad en sus ojos y en su rostro aquella belleza majestuosa con la cual, según el parecer de todo el mundo, superaba a todas las demás en la flor de su juventud. Acompaña a todos sus gestos una gracia maravillosa y de toda su manera de ser exhala no sé qué de dulce y de grande a la vez, que atrae poderosamente hacia ella a todos

los espíritus. Actualmente tiene cuarenta años. Goza de una felicísima salud, hace mucho ejercicio y da pruebas de gustarle mucho la caza y el campo: a veces, en persona, a caballo, hace volar halcones y conduce la caza. Respecto a las cualidades del alma, es, sin duda, una de las más grandes y singulares princesas que nunca han sido, y encarna a lo vivo; por todas sus regias virtudes, a la gran Isabel de Castilla, de quien lleva el nombre y de quien desciende. No se puede decir bien todo cuanto es de bondadosa y afable, de liberal y de gran corazón; cuánto ama la justicia y, sobre todo, lo grandes que son su religión y su piedad. Se ve en ella un celo ferviente por la Iglesia y no tiene mayor pasión que la de verla reinar en todas partes, particularmente en estas provincias heréticas de Flandes, en las que antaño la fe de sus predecesores no florecía menos que en las otras que aún se conservan católicas con gran fidelidad. Diríase que sus damas viven no en una corte, sino en un monasterio, por lo grandes que son su recato y su modestia. Y, sin embargo, sería difícil señalar en alguna otra parte una corte más majestuosa ni más amena en todas las ocasiones que nacen de cacerías o torneos o de otras diversiones habituales en las casas reales, que ésta de Flandes. La infanta posee un alma verdaderamente heroica, y por encima de todos los azares de la fortuna; lo que pudo observarse principalmente cuando el accidente siniestro que sufrió el archiduque en Nicuport, en el que no se sabe si testimonió más constancia al tener noticia de la derrota, de que el archiduque había caído prisionero, o luego, cuando supo que estaba libre, pero herido. Deja al archiduque el gobierno de los Estados que se le dieron como dote, despojándose generosamente de sus facultades para que los asuntos, pasando por una sola mano, se despachen con mayor facilidad, y también a fin de que, siendo mayor la autoridad del marido, mayor sea, asimismo, el respeto que los pueblos están obligados a guardarle. No obstante, el archiduque no decide nada sin antes habersele comunicado. Se aconseja de ella para

todo y recibe particulares luces del espíritu sublime que la Naturaleza la ha dado y de la singular experiencia que ella ha adquirido en una escuela de prudencia tan notable y memorable como fué la del gran rey Felipe, su padre. Pero el archiduque también hace esto impulsado por el amor recíproco que se tienen, que iguala, sin mentir, o mejor dicho, que sobrepasa, todos los más raros ejemplos de fidelidad conyugal. Casi parece increíble que se pueda encontrar en dos personas una tan grande uniformidad de voluntad y de pensamientos, no habiéndose advertido jamás que fuesen de opinión contraria en cosa alguna, ni que en sus dos cuerpos haya más de una sola alma. En todo ello, la infanta merece particularmente mayores alabanzas, pues siendo de estos países, poseyendo un espíritu más flexible y una mayor resolución que el archiduque, ha querido someterse con tanto rigor a las leyes de su marido, que casi se contenta con ostentar sólo el título de esposa. Y sin duda, la infanta es, en general, mucho más amada, que el archiduque, por sus maneras mucho más amables sin comparación, por tratar a todo el mundo con gran cortesía y por haber recibido de la Naturaleza gracias extraordinarias para conquistar el corazón de los pueblos. Por esto, a juicio de todo el mundo, no se pudiera apetecer un mejor temperamento de príncipes, pues las virtudes de la infanta, unidas a las del archiduque, se pueden suplir a cualquier defecto particular del marido por cualquier particular perfección de las que en la mujer abundan.» (*Relaciones del cardenal Bentivoglio: Relación de las Provincias de Flandes que permanecen obedientes al serenísimo archiduque Alberto y la señora Isabel, su esposa, infanta de España. Primera parte, capítulo I. Edición francesa. París, 1642.*)

Quien ha sabido mover con tan unánime elogio y admiración los pinceles y plumas —amigos o adversos— más prestigiosos de su época, puede considerarse —como nuestra infanta lo fué en vida y lo es después de tres siglos de muerte— gala de su sexo y orgullo de su raza.

ARTISTAS JOVENES

CRISTINO MALLO

POR ENRIQUE AZCOAGA

La carne —dijimos por primera vez, cuando nos encontramos en una exposición colectiva con uno de los «Niños» característicos de este escultor que nos ocupa— es celda posible para la vida corriente, y sólo el barro o la piedra, buenos continentes de una vida que se siente a sí misma, en plenitud robusta. Si el artista, a la hora de instalar en el organismo arquetípico de lo escultórico su realidad apasionadamente sentida, no hace que la carne del barro o de la piedra se ajusten por completo a una potencia que desbordó la piel y la presencia humana por exigencias naturales, puede encontrarse con una máscara impresionante y una almendra que no llene su concavidad. Para ello, Cristino Mallo, comprendiendo con clarísima vehemencia la realidad que pretende elevar a potencia escultórica, no lleva al barro la misma, sino cuando la siente plena, madura, superviva. Y al verter su animado sentimiento en el continente definitivo de la materia, se encuentra con que ésta filtra hasta su superficie ese acento suficiente y tiernísimo que califica, por ejemplo, los «Niños» de este escultor.

El escultor no busca en la materia como el aval definitivo a su sentimiento, sino la razón de ser de esa confianza que convirtió la vida sencilla en vida arquetípica. Cristino Mallo, en presencia de un niño, no quiere hacer un niño de barro, sino petrificar, materializar con absoluto estremecimiento su cálida versión infantil. El ve, frente a una insignificante realidad, que la

constante humana que es la ternura puede ejemplarizar a los hombres desde esa custodia palpitante que la escultura supone. Y en el trance de elevar a grandiosidad trascendente su propio sentimiento, recatado, tiene cuidado de que no degenera, por lo decorativo, por lo colosalista, temblor tan íntimo. Consigue que la materia se anime con su caudal excedido. Pero, a la manera de los carbones, capaz de encerrar las llamas en su condición de brasa. Y sin que la plenitud de un sentimiento dé lugar a una grandiosidad espectacular y pomposa, sino al organismo plástico, que hace grandeza suficiente la evidenciación de la ternura consagrada en su trabajo por el escultor.

Porque en escultura la materia no colosaliza, sino que consagra. Cuando en vez de convertirse, como en las falsas esculturas, en esqueleto excesivo de un sentimiento escaso, supone la carne necesaria, justa, como esencial, de un sentido vivo en trance de plenitud. Ahora bien; al perennizar el aliento vivo, el escultor no puede recogerlo en la vida natural, sino en esa otra vida íntima, personalísima, que siente lo natural apasionadamente. Los plásticos, en este caso, van por el mundo con una misión bien sencilla: convertir lo típico en arquetípica significación. Sin embargo, en el hecho de alumbrar escultóricamente lo verdaderamente significativo de un tiempo está el problema. Porque puede ocurrir que en los tiempos los escultores no encuentren el hombre, la base fundacional de su pretendido

arquétipo. No es nada difícil que el hombre sencillo, natural, perdido en su crisis, no produzca en el reducto íntimo del artista un sentimiento

equívoco de su escultura. Frente a la tentación de dos caminos: uno, el neoclásico; otro, el popular. Por el primero, la escultura miente el tipo



suficiente como para perpetuarle en su quehacer. Ocurre entonces que el escultor está perdido, sin materia sobre la que levantar la palabra impere-

fundacional de su naturaleza, engrandeciendo la parte falsa de la que parte, a base de retórica expresiva, de grandilocuencia trascendente. Por

al segundo, el vuelo de la misma no es tan aparente, tan monumental, tan vacuo. Pero lleva a la plenitud que le permite el tema de donde parte una verdadera realidad, una auténtica palpación.

Cristino Mallo, escultor español nacido en Túa (Pontevedra) en 1906, Premio Nacional de Escultura en 1933, que ha rechazado los falsos neoimpresionismos hispanos, pisados por la gracia de Manuel Hugb , y que situado ante los desmanes de un neo-clasicismo barato, como aquí del que se libran entre nosotros José Clar , Enrique Casanovas y algunos otros, no parte nunca de nada poco sentido; ama fundamentalmente lo naciente. Cristino Mallo tiene conciencia de que en los momentos críticos nada es más auténtico que aquello que aún no se ha decidido definitivamente a ser. Deseando que su escultura perennice lo suficientemente sentido, trata de no sentir en falso. Y así sus temas preferidos son los niños, lo joven, lo grotesco destartalado, lo sainetesco y lo popular. Aquí lo natural no aparece perdido en esa suficiencia equívoca que se llama empaque. En los temas de Cristino Mallo la gracia, el dinamismo, la ternura, el garbo, lo espontáneo, no se cuentan falsamente dignificados por aquello que al neoclásico suele equivocar. No es grandioso lo espectacular, piensa este escultor, sino lo rico. Mi tema escultórico no tengo por qué encontrarlo en la vida pomposa, en esa vida que megalom nicamente suele confundirse con la grandiosidad efectiva, sino en el manantial, en la calle unas veces, en lo primario social muchas, otras en lo infantil. La consideración de este artista por sus temas es tal que su sentimiento deviene positivo, dinamizado, en marcha hacia la plenitud escultórica. Y su cuidado artesano le aconseja que no frustre el mismo en una aparatosidad expresiva, de pocos quilates, en última instancia. Sino que lo perennice en estas obras de Cristino Mallo, sencillas, ingenuas, elementales, pero transidas de una enorme vibración.

El escultor, fijémonos bien, tiene que utilizar un tema rico, vivo, posible, que después de bien

sentido en su entraña de artista no aparezca «multiplicado» monumentalmente en la escultura. Toda escultura que utilizando la materia de un multiplicador colosalista es capaz de mentir la categoría del tema con que escult ricamente engaña, resulta falsa, como es natural. De lo que se trata en este arte es de vitalizar una materia a tal extremo que en ella encuentre libertad plena un concepto íntimo de lo auténtico real, de lo auténtico vivo. Cristino Mallo no intenta, con mayusculismo expresivo, monumentalizar, mentir escult ricamente el tema entrañado de que en cada una de sus esculturas dispone, sino perpetuar, con la mayor sencillez posible, aquella viva raíz naciente, sentida profundamente por el escultor. En este sentido, los que llaman grandiosos a los neoclásicos hablarían aquí de naturalismo, de servicio a una realidad episódica. Pero obsérvese el buen tono m tico que cualquiera de las esculturas de Cristino Mallo luce. Y téngase en cuenta que cuando un artista diferencia la realidad de su realidad escultórica, por el tono m tico de ésta, es que la misma cumplió, hasta donde el poderío del plástico alcanza, ese difícil tránsito de lo vivo naciente a su plenitud.

Est  muy mal decir «estatua», cuando debe decirse «ninot» o «muñeco». En escultura, nada tan incorrecto como creer arquetípico el pegote gigante, ritinado por el oficio, que no por la vibración. Cristino Mallo tiene p nico a esta equivocación tan usual. Y en un plano de humildad sorprendente; logrando sus trabajos dentro de tamaños perfectamente abarcables; equilibrando con una indudable inteligencia la voluntad creadora y la vigilancia expresiva, crea sus mitos, sus vigorosos episodios, unas veces, y sus cabezas, en las que alternan lirismo y vigor, otras, procurando que la grandeza plástica fluya como un destello de la plenitud. Persuadido de que toda escultura, después de consagrar, como al principio decíamos, la vibración personal del artista frente a un tema rico y positivo, resulta grandiosa cuando se convierte en una voluntad dinámica en el espacio.

la atmósfera, el espacio, entierra crucialmente a la escultura, en vez de desarrollarla en ese temblor gigantesco que los mitos producen en el ambiente. Pero cuando, como en el caso de Cristino Mallo, la escultura es eje, ley, principio di-

culturas, como las semillas, siembran en el campo milagroso del aire toda la potencia que por el hecho de centrar el mismo son capaces de desarrollar.

Eganaríamos a Cristino Mallo si le dijese-



námico de un espacio, en el que con sólo situarse se convierte en su sentido, el contorno no sepulta, la atmósfera no acaba. Sino que las es-

mos que con lo logrado ha alcanzado el cenit de su pretensión plástica. Cristino Mallo es uno de nuestros pocos escultores fértiles, posibles, y, por

Nunca se ha dicho que el espacio resulta el comentario inmensurable de las esculturas. Cuando la corrección académica expresiva, por ejemplo, merece elogios de todos aquellos que confunden



de la grandeza plástica no logra pasar de un mostrenquismo aparatoso, que por razón de su lo hecho con lo muerto, la estatua no es un principio, sino un fin. Cuando esto ocurre, el aire,

la atmósfera, el espacio, entierran cruelmente a la escultura, en vez de desarrollarla en ese temblor gigantesco que los mitos producen en el ambiente. Pero cuando, como en el caso de Cristino Mallo, la escultura es eje, ley, principio di-

culturas, como las semillas, siembran en el campo milagroso del aire toda la potencia que por el hecho de centrar el mismo son capaces de desarrollar.

Engañaríamos a Cristino Mallo si le dijé-



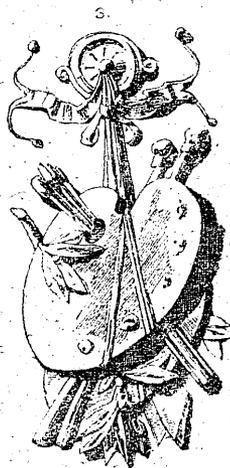
námico de un espacio, en el que con sólo situarse se convierte en su sentido, el contorno no sepulta. la atmósfera no acaba. Sino que las es-

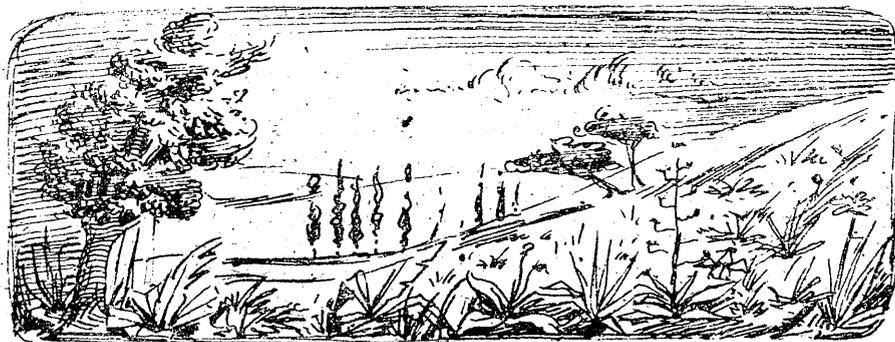
mos que con lo logrado ha alcanzado el cenit de su pretensión plástica. Cristino Mallo es uno de nuestros pocos escultores fértiles. posibles. y, por

tanto, decir semejante cosa de su obra sería sentenciarle a muerte, como se comprenderá. Dentro de la confusión plástica de nuestro momento crítico, sin embargo, es necesario señalarle como a uno de nuestros escasos escultores jóvenes. Y en este sentido, valorar su obra, no en sus frutos, sino en su condición. Cuando nos encontramos, por todo lo dicho, con que la obra de Cristino Mallo resulta positiva, preocupa menos medir el volumen de sus resultados que la posibilidad escultórica de una ética creadora, prestigiada por la obra que lleva cumplida. Tratamos en este caso de reconocer, antes que otra cosa, su gran posibilidad. La escultura de Cristino Mallo pertenece a la categoría de las que, al aislarse en el espacio, desarrollan su potencia en una misteriosa grandeza. Porque su riqueza latente desbarata todo lo que de cementerio, de tiniebla, hay en el aire neutro que en cada caso la envuelve. Porque las esculturas de Cristino Mallo cumplen con el poético precepto, según el cual los escultores entrañan un tema vivo hondamente y lo perpetúan en una estatua, para que ésta, en lugar de materializar la riqueza viva, esté permanentemente anunciándola con su luz.

Lo neo-impresionista falso, o lo neo-clásico aparatoso, se entierran en el espacio desde el

momento que no impone su voluntad, su energía, su luz al mismo. La siembra que las esculturas positivas efectúan es, antes que nada y sobre todas las cosas, una siembra de luz. No debe de confundirse aquí lo luminoso escultórico, la grandeza justa de la escultura, con la fulguración formal de lo elocuente o con el bengalismo repugnante de lo retórico. Sino entender que sólo se impone al orden cósmico aquel orden creador que es capaz de vertebrarlo, de fascinarlo, de someterlo. Ha de quedar bien claro que la condición escultórica de la obra de Cristino Mallo merece la calificación de positiva, en su grado juvenilmente posible, porque la mejor tarea de este artista perpetúa su estremecimiento humano frente al caudal vivo, dispuesta a derramar sus caudales arquetípicos, desde el momento que alcanzó una libertad otorgada a la misma por su creador. Y porque Cristino Mallo logra sus mitos sabiendo que la escultura, para resultar positiva, no tiene que ser como un «éxito» de la vida, que es cosa desmedida y cual si fuese de propaganda, sino la «gloria», la justa gloria, en este caso de esos niños, de esas jóvenes, esos seres destartalados y grotescos, que constituyen los motivos determinantes del joven escultor.





EL SUELO

POR EMILIO ANADÓN.

Entre la dura roca y el aire, sobre la mayor parte de la tierra, se extiende una capa en la que las plantas echan sus raíces y la vida pulula. Esta capa, a la que denominamos corrientemente con el nombre de tierra, es a la que los hombres de ciencia dan el nombre de suelo. Hasta hace relativamente muy pocos años no se había estudiado el suelo apenas de un modo científico; sólo los agricultores conocían por su aspecto las tierras, a las que denominaban con nombres característicos: tierras magras, francas, etc., pero sin tener un conocimiento exacto de a qué son debidas sus cualidades.

La formación de este suelo marcha paralelamente al desarrollo de la vegetación, pues ésta es una de las que más contribuyen a formarlo. En realidad, la formación del suelo consiste en

un proceso de desmenuzamiento de los materiales, por lo que todo lo que contribuya a esta trituración favorece su formación. Pensando en esto, veremos que el clima es una de las condiciones que más influyen en su formación. En efecto; la primera trituración de las rocas tiene lugar por efecto de los agentes geológicos externos: calor, frío, humedad, hielo, aguas corrientes, etc. Esta trituración mecánica va seguida de una verdadera trituración química, a la que contribuyen en gran manera los seres vivos que viven sobre ellas. Por efecto del agua, el anhídrido carbónico, el oxígeno, los ácidos que segregan o producen los seres vivos, etc., los minerales se descomponen, y de duros que eran se transforman en deleznales y pulverulentos. Así, la tan conocida transformación de los feldespa-

tos en caolín y arcillas, los primeros de una dureza igual aproximadamente a la del acero; los segundos, blandos y terrosos. Así, de trozos de roca que se miden por centímetros o decímetros pasamos a polvos impalpables de menos de μ de diámetro en sus granos, lo que trae como consecuencia un aumento extraordinario de la superficie, con lo que todos los fenómenos que dependen de ella se ven enormemente acrecentados, tanto, que de apenas existir y poder ser demostrados pasan a tener enorme importancia y ser fácilmente observables. Así, si regamos con estiércol líquido suelo labrantío contenido en un tiesto, veremos que por la parte inferior sale un líquido inodoro e incoloro, lo que indica que todas las sustancias que llevaba han sido absorbidas. También dependen de ella el llamado cambio de bases, es decir, que si regamos con una sal, cloruro amónico, por ejemplo, un tiesto, en el agua que recojamos apenas la encontraremos; pero, en cambio, existirán otras en gran cantidad, como cloruro cálcico. El suelo ha retenido la base, el amoníaco, y el ácido clorhídrico se ha apoderado del calcio del terreno, con lo que su base se ha cambiado. Estos fenómenos tienen una enorme importancia para el abonado y la vida de las plantas.

A la vez que se tritura la roca, a sus fragmentos se le unen los restos de seres vivos, plantas principalmente, que sobre ella viven, formándose así la fracción orgánica del suelo, el llamado humus, que da a las tierras el color oscuro o negro. Con ambos componentes, mineral, resultado de la trituración de las rocas, y orgánico, se puede decir que el suelo queda formado, si bien es verdad que su composición varía constantemente por la acción de los distintos agentes climáticos y bióticos que en él actúan.

La vegetación sigue paso a paso esta transformación de la roca en suelo. Así, en la roca desnuda empiezan a habitar los líquenes, que contribuyen en gran manera a la descomposición primera de la superficie. Un poco más adelante los musgos la colonizan a su vez, formando ya almohadillas, que pueden ser aprovecha-

das por plantas superiores. En las grietas en las que se ha acumulado algo de tierra pueden incluso vivir árboles. Pero hasta que la capa de tierra está suficientemente formada no pueden habitar sobre ella, formando una población vegetal densa, las plantas características de aquel país; lo que se denomina su «climax».

Pero para que todas estas plantas puedan desarrollarse es indispensable el concurso de los microorganismos que en la tierra habitan, bacterias, hongos y protozoos principalmente, que descomponiendo los restos minerales y vegetales los convierten en humus y los mineralizan en parte, haciéndolos nuevamente aprovechables por las plantas. El número de bacterias que se encuentran corrientemente en la tierra es enorme; en un centímetro cúbico suelen encontrarse 300 o más millones de ellos, dependiendo su número de muchas causas, como son riqueza en materia orgánica, temperatura y cantidad de protozoos, pues éstos se alimentan de ellas. Así, una «ameba» puede ingerir en un día unas cuatrocientas bacterias, con lo que si su número es muy grande, como frecuentemente ocurre, aquellas disminuyen. Las bacterias, además —algunos hongos también—, contribuyen al enriquecimiento de la tierra en nitratos por transformación del amoníaco de las sustancias orgánicas y otros, asimilando directamente el nitrógeno atmosférico.

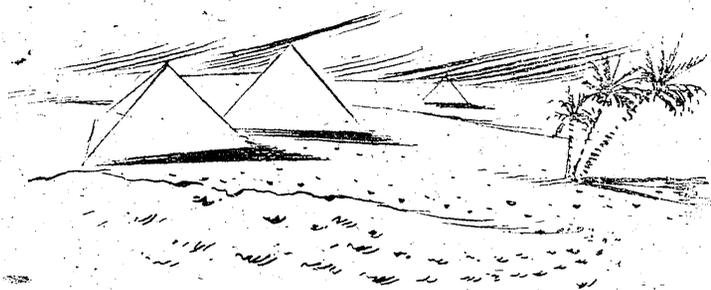
El clima influye decisivamente también sobre el terreno, haciéndole tomar aspectos muy distintos. Así, en los sitios secos, donde la evaporación es mayor que el agua caída, ésta sube por capilaridad del subsuelo y arrastra en su camino sales y otras sustancias, que deposita en la superficie, formándose una costra con ellas, que recubre el terreno o se encuentra a unos centímetros de su superficie. En cambio, en los países en que la cantidad de lluvia es mayor que el agua evaporada, ocurre lo contrario: el agua arrastra hacia abajo las sales y las deposita en las capas inferiores. En los países fríos este lavado puede ser tan importante que en la superficie queda únicamente arena, y en la capa in-

ferior se acumulan humus y arcilla, tomando intenso color negro. Son los llamados «suelos de ceniza», con su nombre ruso «podsol». Cuando el clima es muy cálido, toda la materia orgánica se descompone y es arrastrada junto con la sílice, y entonces se producen suelos de intenso color rojo y consistencia arcillosa, que por su aspecto de ladrillo se denominan «lateritas». En los países templados y de humedad regular es donde se forman las tierras negras, pues unas acciones se contrarrestan con otras.

También influyen en la formación del terreno los animales, las lombrices de tierra, por ejemplo, que remueven constantemente los materiales y los afofan, permitiendo que pueda actuar el aire y penetrar la humedad fácilmente.

Y, finalmente, la roca madre, en sus aspectos de silicea o caliza, influye igualmente, aunque no tan decisivamente como el clima, dando terrenos de tendencia ácida o básica, respectivamente, aunque el clima puede cambiarlos por completo.





¡CÓLERA!

Por el Dr. BLANCO OTERO.

Los telegramas de las Agencias informativas acusan la grave presentación de una epidemia de cólera en Egipto, que causa medio millar de defunciones diarias. Ante este hecho de actualidad, hacemos un inciso en las lecciones de «Higiene Escolar» que venimos publicando, para dar cuenta de algunas noticias sobre tan terrible enfermedad.

El cólera es una enfermedad endémica en la India y Sur de Asia. Europa fué invadida por primera vez en 1817, y luego las pandemias más intensas de cólera ocurrieron en los años 1826-33, 1846-63, 1863-75, 1883-88 y 1892. En España las epidemias más graves fueron las del año 1854-55, 1859 y 1911, en la última de las cuales la actuación de los sanitarios españoles, con Murillo a la cabeza, fué extremadamente afortunada, mientras que la de 1875 causó en nuestra Patria más de cien mil defunciones, cosa que no es de extrañar, dada la gran mortalidad que tal infección origina, muriendo el 50 por 100 de los enfermos.

Las epidemias europeas se propagaron por vía continental o por vía marítima. Con los modernos medios de comunicación aérea se nos presenta ahora un nuevo peligro por una nueva vía: la aérea, que ya empieza a tenerse en cuenta para evitar una fulminante propagación por todo el mundo. La epidemia europea del año 1830 penetró por Astrakán, procedente de Persia y Arabia, y se extendió a Rusia, Polonia, Austria, Hungría y Alemania. Desde el Báltico saltó a Inglaterra y de allí, a través del Canal de la Mancha, a Francia, invadiendo luego el Mediterráneo y llegando a España. Algo semejante sucedió con la de 1848. La siguiente invadió Egipto, procedente de La Meca y de la India, llegando a Europa a través del Mediterráneo. Igual sucedió con la de 1884-85, transportada por un buque al Sur de Francia y luego difundida por España e Italia. Como se ve, es una enfermedad eminentemente contagiosa y cuya transmisión es favorecida por las grandes aglomeraciones humanas, como las peregrina-

ciades de La Meca (este año suprimidas), y por vía marítima, teniendo un gran papel la falta de higiene de las colectividades, el deficiente abastecimiento de aguas y la falta de un sistema de eliminación de excretas y aguas residuales. También los portadores de gérmenes, sanos y convalecientes, intervienen de un modo decisivo.

No se puede hablar de cólera sin citar al gran médico español Ferrán (1), descubridor de la vacuna anticolérica, aplicada por vez primera en Cataluña y luego en el mundo entero. El doctor Ferrán, que nació en la provincia de Tarragona y ejerció como médico titular en Tortosa, fué uno de los grandes sabios del mundo, cuyo nombre figura al lado de los de Pasteur, Ramón y Cajal, Köch y tantos otros benefactores de la Humanidad. Era un gran observador de la Naturaleza e investigador incansable. A él se debe el primer método de vacunación anticolérica, siendo el iniciador de la vacunación antirrábica supraincubada y de la vacunación antitífica. En otros terrenos de las ciencias, destaca el descubrimiento de la emulsión de las placas fotográficas al bromuro de plata con gelatina, con lo que logró un avance tan extraordinario en la fotografía como lo es hacerlas instantáneas. Su interesante folleto *La instantaneidad en fotografía* fué recogido por la casa alemana Yung y por la casa norteamericana Kodak, las que entre ellas sostuvieron un pleito, que se perdió, por quedar demostrado la falta de originalidad de la patente, ya que no hacían más que copiar o poner en práctica el descubrimiento de nuestro sabio español Ferrán.

Como todos los grandes sabios, fué muy discutido y hasta combatido en su época. Entre nosotros se trató con la mayor indiferencia su gigantesca labor, y en Francia, la Comisión presidida por Brouardel emitió un informe desfavorable, hasta que poco a poco la verdad se fué abriendo camino, y hoy todas las eminencias

(1) Véase Dr. Trujillano Izquierdo: *Ferrán, su obra sanitaria*; colección de «Biografías de sanitarios ilustres», editada por la Dirección General de Sanidad. Madrid, 1945.

del mundo proclamaban el genio de Ferrán. Recién terminada la guerra del 14, se le rindió en la Oficina Internacional de Higiene Pública, ante los delegados de 30 países, el homenaje que le hacía merecer el que gracias a su vacuna se salvaran del cólera todos los combatientes de la Gran Guerra. Cuando, en 1925, Ferrán visitó el Instituto de Enfermedades Tropicales de Hamburgo, el director del mismo dijo: «Hoy nadie niega a Ferrán la gloria de haber liberado al mundo de sus terribles azotes, y yo cumplo mi deber al repetir delante de él esta gran verdad».

El cólera se manifiesta por intensísimas diarreas, por vómitos incesantes y por calambres en las extremidades, de tal gravedad que ocasiona en muchos casos la muerte en tan sólo veinticuatro horas. El tratamiento sigue siendo el clásico, con algunas adquisiciones modernas que aminoran algo la gravedad de la infección. Sin embargo, el punto capital para luchar contra tan mortífera enfermedad lo constituye la profilaxis, basada en el riguroso aislamiento de los enfermos, en la desinfección de sus excretas, en la supresión de los transmisores de gérmenes (moscas e insectos) y en el descubrimiento de los portadores sanos o convalecientes de la enfermedad.

Además de la vigilancia de puertos, fronteras y aeródromos, se necesita efectuar una política de saneamiento de pueblos en lo que afecta a la evacuación de aguas residuales y abastecimiento de aguas potables. Es llegado el momento —estas circunstancias son un aviso— para que los Ayuntamientos de nuestra zona rural se decidán a resolver este problema. No sólo interesa ante la contingencia que estudiamos, sino ante la fiebre tifoidea, endémica entre nosotros, y que se propaga del mismo modo que el cólera; son, pues, infecciones de origen hídrico.

Queda un último medio profiláctico, que es la vacuna de Ferrán, que en la actualidad debe emplearse en forma de vacuna mixta antitífica-anticolérica, que debe repetirse cada seis meses en época de peligro epidémico.

Conviene, pues, estar preparados y prevenidos, tanto los sanitarios (que ya lo están) como los médicos y público en general, pues no olvidamos cómo han fallado las optimistas suposiciones de la U. N. R. R. A. cuando, por boca de uno de sus más eminentes epidemiólogos, el doctor Stowman, decía, en el Boletín de la misma, las siguientes palabras: «La poderosa ba-

rrera sanitaria establecida en el sector del Mar Rojo y el Canal de Suez ha probado su gran eficacia en lo que al cólera se refiere. Por esa vía el cólera no se ha transmitido a Europa durante treinta años» (1).

(1) Editorial de la *Revista de Sanidad e Higiene Pública*. Octubre, 1947. U. N. R. R. A. Stowman. *Epidemiological.—Información Bulletin*, 1945.





FORMACION
DE
JUVENTUDES

CONSIGNA

MARGARITAS

ACTIVIDADES OBLIGATORIAS

Religión

LECCIÓN III

Los Mandamientos de la ley de Dios.—¿Cuántos y cuáles son? (Catecismo Ripalda).

LECCIÓN IV

¿Quién es la Santísima Virgen?—La Salve.—La Anunciación (Explicación dialogada del Catecismo, pág. 141).

Nacionalsindicalismo

20 de noviembre.—(Véase Lección común para los tres primeros años de Bachillerato, Enseñanza Primaria y Margaritas en este número.)

LECCIÓN III

La Falange.—Los falangistas (publicada en enero de 1946, pág. 117).

LECCIÓN IV

La Sección Femenina.—Hecho destacado de alguna Afiliada (publicada en enero y noviembre de 1946, págs. 118 y 93).

MARGARITAS

ACTIVIDADES VOLUNTARIAS

Lecturas

Las Margaritas leerán y comentarán del libro *Historias de Plutarco*, de la Editorial Araluce, la historia de «Rómulo», acompañando la lectura de la vista de un mapa de Italia, en que las Margaritas señalarán el lugar en que se fundó Roma.

Labores

Las Margaritas continuarán el muestrario de punto de cruz que se insertó en la Revista correspondiente al mes de septiembre.

PROGRAMA DE MUSICA

CREDO

Cre-do in u-num De- - um Pa - trem omni po - ten - tem,
fac - to - rem cae - li et ter - ras, vi - si - bi - li - um o - mi - um,
et in - vi - si - bi - - li - um. Et in u - num Do - mi - num Je - sum Chri -
stum, Fi - li - um De - i u - ni - ge - ni - tum Et ex - Pa - tre na - - tum
an - te omni a sae - - cu - la. De - um de De - o, lu - men de
lu - mi - ne, De - um ve - rum de De - o ve - ra. Ge - ni - tum non
fa - - ctum, con - si - de - ran - ti - a - tem Pa - tri pes quem omni - a fac - ta sunt.
Qui pro - pter nos ho - mi - nes, et prop - ter nos - tram sa - lu - tem des - cendit de
cae - lis. Et in - car - na - tus est de Spi - ri - tu san - cto ex Ma - ri -
a Vir - gi - ne: Et ho - mo fac - tus est. Con - ci - fi - - tus
et i - am pro - no - bis sub Pon - ti - o Pi - la - to pas - sus, et se - pul -
tus est. Et re - su - re - xit ter - ti - a di - e, se - cundum scri - ptu - ras

Et as cen - dit in cae - lum se - des ad dex - te - ram Pa - tris Et i -
 rum ven - tu - rus est cum glo - ri - a, ju - di - ca - re vi - vos et mor - tu - os
 cu - jus reg - ni non e - rit fi - nis. Et in Spi - ri - tum Sanctum Dom - num, et or -
 vi - fi - can - tem; qui ex Pa - tre Fi - li - o. que pro - ce - dit Qui cum
 Pa - tre et Fi - li - o si - mul ad - o - ra - tur, et con - glo - ri - fi - ca - tur qui lo -
 ci - tus est per Pro - phé - tas. Et u - nam sanc - tam, ca - tho - li - cam et a -
 pos - to - li - cam Ec - cle - si - am. Confi - te - or u - num bap - tis - ma in re -
 mis - si - o - nem pec - ca - to - rum. Et expec - to re - sur - rec - ti - o - nem mor - tu -
 o - rum. Et vi - tam ven - tu - ri sae - cu - li. a - - -
 - - - men

Credo in unum Deum.
 Patrem Omnipotentem,
 factorem caeli et terrae,
 visibilium omnium,
 et invisibilium.
 Et in unum Dominum
 Jesum Christum,
 Filium Dei Unigenitum.

Et ex Patre natum
 ante omnia saecula.
 Deum de Deo,
 lumen de lumine,
 Deum verum
 de Deo vero.
 Genitum non factum,
 consubstantialem Patri:

per quem omnia facta sunt.
 Qui propter nos homines
 et propter nostram salutem
 descendit de cælis.
 Et incarnatus est
 de Spiritu Sancto
 ex Maria Virgine,
 et homo factus est.
 Crucifixus etiam pro nobis;
 sub Póntio Pilátio
 passus, et sepúltus est.
 Et resurrexit
 tertia die,
 secundum Scripturas,
 et ascendit in cælum,
 sedet ad dexteram Patris.
 Et iterum venturus est

eum gloria iudicare,
 vivos et mortuos,
 cuius regni non erit finis.
 Et in Spiritum Sanctum
 Dominum et vivificantem,
 qui ex Patri, Filioque procedit.
 Qui cum Patre et Filio
 simul adoratur,
 et conglorificatur
 qui locutus est per Prophetas.
 Et unam sanctam catholicam
 et apostolicam Ecclesiam.
 Confiteor unum baptisma
 in remissionem peccatorum.
 Et expecto resurrectionem mortuorum.
 Et vitam venturi sæculi. Amen.

LOS CARACOLES y CUANDO ME VAS A DAR EL CORDON

Para enseñar estas canciones de corro, las Instructoras deben atenderse y recordar las normas ya repetidas, referentes a este género de can-

ciones inocentes y pueriles, sacando el mejor partido posible, según las condiciones de las Flechas a quienes las enseñen.

LOS CARACOLES (CANCION DE CORRO)

(Margaritas)

Andante moderato

Los ca-ra-co-les ca-ra-co-li-tos bai-lan
 con la pa-ti-ta ne-ties-ta me-dia vuel-ta se le da-ba
 y con los cuer-nos de ei-ai mi-rén-us-tes que mo-na-cha
 también se le vol.

Al signo

Los caracoles,
 caracolitos, bailaban;

con la patita retuerta
media vuelta se le daba.

Y también se le volvía
la casita que llevaba,
y con los cuernos decía:

«Miren «ustés» qué monada».

CUANDO ME VAS A DAR EL CORDON

(Margaritas)

La la la la la la la la cuando me vas a de-
jar el cor-don. La la la la la la la la que-ro ju-
gar al co-mo de la flor u-na dos y tres a tí te-to-co el cla-vel.
U-na dos y tres a tí u-na dos y tres a mí la flor del pre-
mio se-ra pa-ra tí pa-ra mí pa-ra mí. La flor del pre-mio se-ra a-
si La la la la la la la la la flor del pre-mio me a-
to ca pa-ra mí. La flor del
pre-mio fue- pa-ra mí

La la la la la la la la.
Cuando me vas a dejar el cordón,
la la la la la la la la.
Quiero jugar al corro de la flor.

Una, dos y tres, a ti te tocó el clavel.
Una, dos y tres, a ti; una, dos y tres, a mí.
La flor del premio será para ti,
para mí, para mí.
La flor del premio será así,
la lá la la la la la la la la.
La flor del premio me ha tocado a mí,
la la la la la la la la la.
La flor del premio fué para mí.



TEATRO

LA LEYENDA DE LA MISERICORDIA

(FLECHAS Y MARGARITAS)

(Salen los tres Reyes Magos, con sus pajes, llevando los presentes al Niño Jesús. Se quedan en primer término, y uno a cada lado, MELCHOR y GASPAR; al fondo, y en el centro, BALTASAR. Son los que cuentan la leyenda. Mientras se co-

locan, el CORO canta dentro. En el telón de fondo hay pintada una estrella de oro con una larga cola. Hay muy poca luz, que va creciendo según hablan los Reyes Magos.)

CORO.

Esta sí que es siega de vida,
ésta sí que es siega de flor.
Hoy, segadores de España,
venid a ver a la Moraña
trigo blanco y sin argaña,
que de verlo es bendición.
Esta sí que es siega de vida,
ésta-sí que es siega de flor.

Es-ta sí que es sie-ga de vi-da - es-ta sí que es sie-ga de
flor. Hoy se-ga-do-res de Es-pa-ña ve-ni a ver la Mo-
ra-ña tri-go blan-co y sin ar-ga-ña que de verlo es ben-dic-i-
ón. Es-ta sí que es sie-ga de vi-da es-ta sí que es sie-ga de
flor.

BALTASAR.

La noche se amortecía
los gallos querían cantar
el claror de la mañana
por Oriente va a apuntar.

MELCHOR.

La villa se despereza
y comienza a madrugar;
el pastor, al pastoreo,
las ovejas va a llevar.

GASPAR.

El labrador su labranza
la tiene de encomenzar.
El vaquero sus ganados
los aguija a levantar.

BALTASAR.

Una puerta está cerrada,
nunca se abrió ni abrirá;
a piedra y lodo se cierra
cuando alguno quiere entrar.

(Mientras hablan los Reyes Magos se oyen dentro esquilas y balidos. Cruza un pastor la escena, llevando en los hombros un recental. Luego cruza un labrador en dirección contraria. Y luego una mujer, con un cántaro. Y una vaquerita. Y una pordioserilla, más tarde, que sale de espaldas, la mano tendida, pidiendo una limosna.)

MINGA LA AVARA. *(Dentro.)*

El demonio te lleve,
pordioserica,
que no tengo en mi bolsa
moneda chica.
Llévete el diablo,
que no tengo en mi bolso
blanca ni ochavo.

PORDIOSERILLA.

A la señora santa,
señora buena,
yo remedio le pido
para mi pena.
Un pedacico
de borona morena,
sin ochavico.

MINGA LA AVARA. *(Dentro.)*

El diablo te acompañe,
pordioserilla,
que no tengo borona
ni tengo harina.
Ni tengo fuego
ni gachas calentitas
en mi caldero.

(Vuelve la mujer del cántaro. La pordioserilla le pide limosna. La mujer la rechaza con un gesto. Sale MINGA LA AVARA. Es vieja y fea. Anda encorvada y puestas las dos manos sobre un lado de la falda, bajo la cual guarda su bolso de dinero. Mira a todas partes, desconfiada, y se ríe cuando la mujer del cántaro desaparece. La PORDIOSERILLA se marcha muy triste. MINGA LA AVARA, al quedarse sola, bucea a su alrededor con la mirada y saca su bolso. Se sienta en el suelo con mucho trabajo y empieza a contar y recontar su dinero.)

MINGA LA AVARA.

¡Mis onzas doradas!

Una y una; dos,
y dos y dos, cuatro...

(Sigue en voz baja.)

¡Tengo veintidós!
Mañana temprano
tendré veintitrés,
veinticuatro al otro...
luego veintiséis.
Con la luna nueva

habré treinta y dos.
Una bolsa es poco,
necesito dos.
Con la mies dorada
necesitaré
un saco muy hondo,
un cajón después.
Para primavera
lo soterraré
debajo del tilo
o de aquel ciprés.
Entre tanto, frío
y hambre pasaré,
mas las onzas de oro
jamás tocaré.
¡Mis onzas doradas!
Una y una, dos,
y dos y dos, cuatro...

(Sigue en voz baja.)

¡Tengo veintidós!

PAJE DEL REY BALTASAR.

Pasó un caballero,
valiente y galán.

MINGA LA AVARA

Dadme un ochavico
por me remediar.

CABALLERO.

Un ochavo es poco
para mi caudal.

PAJE DEL REY MELCHOR.

Pasó una señora
de alta calidad.

MINGA LA AVARA.

Dadme un ochavico
por me remediar.

SEÑORA.

Un ochavo es poco
para mi caudal.

PAJE DEL REY BALTASAR.

Pasó un tintorero,
viejo menestral.

MINGA LA AVARA.

Dadme un ochavico
por me remediar.

TINTORERO.

Le daré este ochavo,
que nadie querrá,

(Los tres le dan limosna. El caballero y la señora tiran la moneda sin mirar. El tintorero rebusca en su bolsa, hasta encontrar un ochavo falso.)

PAJE DEL REY BALTASAR.

Campanicas de oro
repicando están.

PAJE DEL REY MELCHOR.

Porque en esta tierra
ya no hay caridad.

PAJE DEL REY GASPASAR.

Campanicas de oro
repicando están.

(Empieza a anochecer. MINGA LA AVARA recuenta su aumentado tesoro.)

BALTASAR.

El día se amortecía,
los gallos quieren cantar;
el claror de la solana
por Poniente muerto va.

MELCHOR.

Bosteza que te bosteza,
la villa se fué a acostar.
El pastor, del pastoreo,
las ovejas vuelve ya.

GASPAR.

El labrador su labranza,
sin un punto más tardar,
con las luces que se apagan,
escomienza a abandonar.

BALTASAR.

Con las luces que se apagan
el cielo va a clarear.

MELCHOR.

En los altos firmamentos
suena angélico cantar.

GASPAR.

Angeles y serafines
alaban la Trinidad.

Coro. (*Dentro. De la Misa de Angelis.*)

Sanctus, Sanctus, Sanctus,
Dominus Deus Sabaoth.
Pleni sunt caeli et terra
gloria tua,
Hosanna, in excelsis.

San - - - ctus, San - ctus, San - - - ctus
Do - - mi - nus De - us Sa - ba - oth. Ple - ni sunt cae - - li et ter - - ra
glo - ri - a - tu - - a. Ho - san - na in ex - cel - sis

(Se apaga toda la luz y se va encendiendo según avanza el Sanctus. En el telón del fondo ya no hay la estrella, sino, uno debajo del otro, la paloma del Espíritu Santo, el Triángulo que representa a Dios Padre, y la Cruz, que figura Dios

Hijo. A un lado y otro de los símbolos, dos escalerillas de tres escalones, con tres ángeles cada una. En la grada más alta, un arcángel con espada; en la mediana, un ángel, y en la de abajo, un querubín. Los Reyes Magos y sus pajes

están en adoración de espaldas al público. En el centro de la escena, SAN PEDRO, con sus llaves en la mano y de hinojos, conversa con la Omnipotencia de Dios.)

SAN PEDRO.

¡Señor, Señor, hasta cuándo dejarás a los hombres que te ofendan!

LA VOZ DEL SEÑOR.

Pedro, esta noche, mi justicia arrasará la villa pecadora donde no hay un solo justo.

SAN PEDRO.

¡Señor, Señor, Señor! ¿No háy un solo justo?

LA VOZ DEL SEÑOR.

No hay un solo justo, Pedro.

(La luz se apaga otra vez de golpe. Se oye ruido de truenos. Se encienden relámpagos en la oscuridad. Pasan las figuras con faroles y silba el huracán. No hay más luz, durante esta escena, que la de los faroles.)

MUJER DEL CÁNTARO.

Llega la tormenta
galopando ya.
Mientras llueva y llueva,
me voy a acostar.
Debajo mi techo
nada ocurrirá.
Mientras llueva y llueva,
me voy a acostar.

(Se oye el llanto de un niño. La mujer del cántaro pasa corriendo.)

No puedo pararme,
que me he de mojar;
dentro de muy poco
lloviendo estará.

(Cuando ella se va, por un lado entra el CABALLERO, embozado en su capa.)

CABALLERO.

Ligero, ligero,
pinteando está.
Si llego a mi casa
no me he de mojar.

(Vuelve a oírse el llanto del niño.)

Ligero, ligero,
no puedo parar.
Mi capa bordada
se me mojará.

(Cuando sale, entra por el otro lado la SEÑORA.)

SEÑORA.

Mis chapines nuevos
brillo perderán.
Mi manto de espuma
se me mojará.
Ligera, ligera,
a casa llegar.

(Otra vez llora el niño.)

Por nada ni nadie
piénsome parar;
mis chapines nuevos
brillo perderán.

(Al salir por un lado, entra el TINTORERO por otro.)

TINTORERO.

Truena, truena, truena,
no para el tronar.
Bien relampaguea,
pronto lloverá.
El lar encendido
en casa estará.
Corriendo, corriendo,
pronto he de llegar.

(Otra vez el llanto del niño.)

No puedo pararme,
no puedo parar.

El huracán silbá,
crece el temporal.
El lar encendido
en casa estará.

(Sale, y entra por el otro lado MINGA LA
ÁVARA.)

MINGA LA ÁVARA.

Mis onzas doradas
quiero soterrar
en cuanto que amaine
este temporal.
Voy ligera a casa,
no debo tardar;
Ligera, ligera,
pronto lloverá.

(Otra vez el llanto del niño. MINGA LA ÁVARA
se detiene.)

El diablo te lleve,
ya puedes llorar.
No quiero pararme,
pronto lloverá.

(Busca al niño con su farol y le contempla.)

¡Vaya noramala
tu loco llorar!
¿Quién te dejó solo
en la tempestad?
¡Vaya noramala,
pronto lloverá!

(Se marcha y vuelve.)

No tengo en mi casa
nada que te dar.
¡Vaya noramala,
pronto lloverá!
Yo te llevaría
so mi delantal.
¡Vaya noramala,
pronto lloverá!
No llores, lucero,
te voy a llevar.
¡Vaya noramala,
pronto lloverá!

(Coge al niño y sale rápida. Cesa la tormenta
y se enciende la luz, mientras el CORO canta otra
vez. SAN PEDRO y los Reyes Magos, en adora-
ción, como antes.)

CORO.

Benedictus
qui venit in nómine Domini.
Hosanna in excelsis.

Be - ne - dic - tus qui - ve - - - nit in nó - mi -
ne. Do - mi - ni. Ho - san - - - na in ex -
cel - - - sis.

SAN PEDRO.

¡Señor, Señor, Señor! Las aguas cubrieron la tierra y nada, pájaro o flor, sobrenada en ellas. Pero dime, Señor, ¿por qué la casa de Minga la Avara, como otro Arca, navega y navega al sol de la mañana? ¿No era ella, Señor, la más injusta, la que más te ofendió?

LA VOZ DEL SEÑOR.

¿Tú no sabes, Pedro, que en esta casa había

un justo? Anoche, Minga la Avara, recogió en el camino un niño abandonado.

SAN PEDRO.

¡Ah, Señor! Y Tú has tenido misericordia de ese inocente.

LA VOZ DEL SEÑOR.

No, Pedro; Yo tuve misericordia de Minga la Avara, que fué una vez misericordiosa.

CORO.

Sanctus, Sanctus, Sanctus,
Dominus Deus Sabaoth.
Pleni sunt caeli et terra
gloria tua.
¡Hosanna in excelsis!

(Y se baja el telón.)

San - - - ctus, San - ctus, San - - - ctus.
Do - mi - nus De - us Sa - - -
ba - oth. Ple ni sunt cae - li et ter - -
ra - glo ri - a tu - - a Ho - san - na in ex -
cel - - - sis

EDUCACION FISICA

CUENTO PARA MARGARITAS

LOS CARACOLES LIBERADOS

Aquella mañana había llovido, y la tierra, seca y áspera de la víspera, se había vuelto fresca y esponjosa.

Por los senderitos mojados y por las piedras de las viejas paredes se paseaban muchos caracoles (1), dejando a su paso un hilillo de plata brillante, que reflejaba la luz del sol.

Mariquita y Pepín habían salido en busca de estos animalitos (2); ya llevaban recogidos una cestita llena hasta los bordes; con ella regresaban contentos a su casa, subiendo por el camino de la montaña (3), que los conducía a ella, y sintiendo no poder llevar más caracoles por falta de espacio.

Al fin llegaron.

—¡Mira, mamá; mira cuántos caracoles te traemos! —decía Mariquita, enseñando el contenido de la cesta y saltando de alegría— (4). ¡Yo traigo los más grandes! (5).

—Y yo también —replicaba su hermanito, dando vueltas alrededor de la cesta (6).

—Bueno, bueno —les decía su madre—. Id a la cocina, dad los caracoles a Rosa y que los meta en la jaula de rejilla (7). Un día cualquiera los guisaremos.

Los niños se miraron asombrados (8).

—Pero, escucha, mamáita; ¿es que nos los vamos a comer? —preguntó Mariquita, compungida, mirando a los caracoles.

—¡Pues claro, tontina!... ¿Qué íbamos a hacer con ellos si no?

Mariquita salió muy seria con su hermano (9), y después de haber dado a la cocinera el cestillo con los caracoles tomó de la mano a su

hermanito y se lo llevó corriendo al cuarto de jugar (10).

Una vez allí, sacó de un bolsillo una docena de caracoles y los dejó con mucho cuidado en el suelo (11). Sentóse cerca de ellos con Pepín, que la miraba sin decir ni pío (12), y empezó a entonar muy bajito una canción que le había enseñado su abuelita para que los animales sacaran sus delicados cuernos de sus encierros (13).

Pero..., ni por ésas. Los caracoles permanecían mudos y herméticos en sus casitas.

—¿Tendrán miedo de nosotros? —preguntaba Pepín (14).

—No lo sé. Pero me parece que se han dado cuenta que les estamos engañando; estoy segura de que oyeron a mamá. Si tú me ayudas, los caracoles serán libres, vamos a soltarlos a todos.

Declinaba la tarde.

Marchaban serios y silenciosos por el mismo sendero de la mañana (15), pero aquella vez no le cruzaban con la misma alegría en sus caras.

Iban a soltar los caracoles en los mismos lugares donde los habían cogido.

El sol invernal declinaba rápidamente (16), y los primeros murciélagos cruzaban el cielo (17).

Se pararon bajo las despojadas ramas de una vieja higuera que crecía muy cerca de una pared de piedra. Sin pronunciar palabra, agacháronse (18) y vertieron el contenido de la cestita en la tierra húmeda del campo.

Uno tras otro, los moluscos salieron de sus conchitas y lenta y silenciosamente pusieron en marcha por caminitos distintos (19).

Los caracoles, con sus chocitas a cuestas, su-

bíanse poco a poco a la vieja higuera y trepaban por las piedras de la antigua pared en busca de sus madrigueras (21).

Estaban a salvo otra vez. Ya no morirían en el puchero.

Ahora, cada cual marcharía a su agujero y allí contaría a los suyos su gran aventura.

Un airecillo friolero se expandió por la llanura. Los dos hermanitos, dándose la mano, regresaban otra vez a su casa (22).

MOVIMIENTOS ADAPTADOS AL CUENTO

Las Margaritas estarán colocadas en una hilera al comenzar el cuento.

- (1) Marcha ordinaria, quedando desplegadas.
- (2) Manos caderas, flexión tronco adelante (4 veces).
- (3) Manos hombros, elevación alternativa de rodillas (4 veces).
- (4) Manos caderas, saltos sobre puntas pies.
- (5) Elevación brazos al frente y en cruz, elevación talones (1-2). Descender brazos y talones (3-4) (4 veces).
- (6) Giros y medias vueltas a ambos lados.
- (7) *Arrodilladas*: Flexión tronco adelante, sentándose sobre talones, manos cogen tobillos (1-2). Elevación de tronco, quedando arrodilladas (3-4) (4 veces).
- (8) Giros de cabeza a ambos lados.
- (9) Marcha ordinaria.
- (10) Carrera, quedando desplegadas en el mismo sitio donde estaban al empezar la clase.
- (11) Acción de dejar algo en el suelo (torsión y flexión tronco adelante, a ambos lados).
- (12) Sentarse con piernas cruzadas.
- (13) Acción de imitar al caracol al sacar los cuernos (flexión tronco adelante, manos frente) (4 veces).
- (14) *Arrodilladas*: Brazos cruzados atrás, torsión alternativa de tronco (4 veces).
- (15) Elevación alternativa de pierna extendida al frente.
- (16) Flexiones completas de piernas (4 veces).
- (17) Acción de volar.
- (18) Flexión completa de piernas.
- (19) Marcha en flexión completa de piernas.
- (20) Acción de trepar.
- (21) Flexión lateral de tronco alternativa.
- (22) Marcha ordinaria cogidas de las manos, deshaciendo la formación.

FLECHAS

ACTIVIDADES OBLIGATORIAS

Religión

LECCIÓN III

Jesucristo.—Su Encarnación, su Muerte, su Resurrección y su Ascensión (Historia Sagrada, páginas 208, 213 y 219).

LECCIÓN IV

Jesucristo, Juez de los hombres.—La Resurrección.—El juicio.—El anuncio del último día.—El cielo y el infierno (Historia Sagrada, página 213, núm. 19).

Nacionalsindicalismo

20 de noviembre.—(Véase Lección común para los cursos cuarto y quinto de Bachillerato y Flechas en este número.)

LECCIÓN III

Destinos de España y Portugal (publicada en noviembre de 1946, pág. 99).

LECCIÓN IV

Los Borbones.—La derrota.—La guerra de la Independencia (publicada en noviembre de 1946, página 101).

FLECHAS

ACTIVIDADES VOLUNTARIAS

Lecturas

La Instructora entregará a las Flechas el libro *Juana de Arco*, de la colección «Vidas de Mujeres Ilustres», de la casa Seix y Barral, para que vean sus ilustraciones, todas ellas muy a propósito para mover la fantasía de las niñas e intrigarlas en su lectura, que encargará después la Instructora a alguna Flecha, para que ésta haga el relato resumido en una tarde de enseñanza, empleando las tardes que sean necesarias hasta concluir toda la biografía de Santa Juana.

Labores

Delantal.—Se confecciona en semihilo beige y se decora con flores de colores, como indica el modelo, hechas en lana fina.

Para hacer las flores se da un punto atrás y se deja la presilla floja, del tamaño que se quieran hacer las hojas de la flor, y se sujetan con una puntada fina en el centro superior de la hoja, de forma que quede un poco puntiaguda. Esta operación se repite para cada una de las hojas. Los centros de las flores son budoques rellenos.

En el centro del delantal va un bolsillo, también bordado, rectangular, para guardar los hilos, tijeras, etc., mientras se cose. (fig. 2).

PROGRAMA DE MUSICA

DALE, MINERITO, DALE...

ASTURIAS

(Flechas y Flechas Azules)

El ligero tinte de humorismo y de cierta *socarronería* que caracteriza a esta melodía asturiana podrá conseguirse haciendo comprender a las camaradas que deben cantarla dando a las pala-

bras un sentido irónico y burlón y —como se indica al principio— llevándola sin demasiado rigor de compás, es decir, con cierta libertad en la medida y en el ritmo.

Handwritten musical score for the song "Dale, minerito, dale...". The score is written on four staves. The first staff begins with the tempo marking "Allegretto tranquillo (sin demasiado rigor de compás)". The lyrics are written below the notes. The key signature has one sharp (F#) and the time signature is 6/8. The lyrics are: "Dale mi-ne - ri - to da - le - da le con ma - ña al mar - ti - llo da - le da - le - An - da y di - le a tu abue - la que va - le cua - tro mil rea - les da - le da - le Bu - ena fal - ta - te han de ha - cer que tú po - cos cuar - tos va - les da - le da - le".

Dale, minerito, dale;
dale con maña al martillo,
dale, dale.

Anda, ve y dile a tu abuela
que vale cuatro mil reales;
dale, dale.

Buena falta te han de hacer,
que tú pocos cuartos vales;
dale, dale.

MALO ES DE GUARDAR

ROMANCE

(Flechas y Flechas Azules)

Este, como todos los romances antiguos, exige, para que su interpretación esté ajustada al ca-

rácter de la música en siglos pasados, un especial cuidado. La tonalidad, fluctuante entre las

de DO mayor y SOL mayor, ha de determinarse con claridad, cuidando de entonar con exactitud la nota FA, que unas veces es natural y otras sostenido. El tiempo es *tranquilo*, pero sin demasiada lentitud, para que no resulte pesado. La dicción, clara, y el valor de cada figura, exac-

to. La alternativa de valores —negra seguida de blanca y blanca seguida de negra— es lo que contribuye a darle *sabor arcaico* a la melodía. Por eso será conveniente poner atención en este y otros detalles cuando las Instructoras la enseñen.

Ro-sa y vi-ña pe-ral y ha-bar, - ma-lo es de guar-
 dar - (Fin) Le- van- té- me, ¡oh ma-dre! Ma- ña- ni- ta
 fri-da; fui cor-tar la ro-sa, la ro-sa flo- ri- da
 ma-lo es de guar-dar -

Rosa y viña,
 peral y habar
 malo es de guardar.

Levantéme, ¡oh, madre!,
 mañanita frida;
 fui cortar la rosa,
 la rosa florida.
 Malo es de guardar.
 Rosa y viña,
 peral y habar
 malo es de guardar.

Levantéme, ¡oh, madre!,
 mañanita clara;
 fui cortar la rosa,
 la rosa granada.
 Malo es de guardar.
 Rosa y viña,
 peral y habar -
 malo es de guardar.

EDUCACION FISICA

XI. TABLA PARA FLECHAS

EJERCICIOS DE ORDEN

Marcha o carrera estimulante.

Despliegue y demás ejercicios de orden, a iniciativa de la Instructora.

Duración, cinco minutos como máximo.

EJERCICIO DE BRAZOS

Firmes: Elevación del brazo izquierdo al frente, derecho en cruz (muñecas sueltas), al mismo tiempo ballesteo de piernas sin elevar talones (1). Cambiar (brazo derecho al frente, izquierdo en cruz) (2). (Cambiar 6 u 8 veces). Estos cambios se harán pasando los brazos siempre por abajo.

EJERCICIO DE PIERNAS Y TRONCO

Firmes: Separación de la pierna izquierda atrás, brazos cruz (1). Flexión tronco adelante hasta la horizontal, cabeza alta, brazos elevados arriba (2). Elevación de tronco, brazos cruz, al mismo tiempo recoger pierna atrasada, elevándose sobre puntas pies (3). Posición de firmes (4). Igual con pierna derecha (4 veces con cada pierna).

EJERCICIO DE EQUILIBRIO

Firmes: Elevación pierna izquierda al frente, brazos cruz (1). Elevación pierna izquierda atrás hasta la posición de balanza, brazo derecho elevado arriba, izquierdo atrás (muñecas sueltas) (2-3-4). Descender pierna, brazos cruz (5). Posición de firmes (6). Igual con pierna derecha (4 veces con cada pierna). Contar lento.

EJERCICIO ESTIMULANTE DE PIERNAS

Firmes (manos cadera): Saltando sobre punta pie derecho, elevar pierna izquierda extendi-

da lateral (1). Cambiar mediante un salto sobre punta pie izquierdo, elevando al mismo tiempo pierna derecha extendida lateral (2). Repetir una vez más con cada pierna (3-4). Dos saltos piernas unidas (5-6) (6 u 8 veces, empezando a saltar cada vez con una pierna). Ritmo, dos tiempos por segundo. Saltar siempre sobre puntas pies.

ENLACE

Firmes: Pies cerrados (1). Flexión completa de piernas, apoyando manos suelo (2). Extensión de piernas atrás, quedando en posición de tierra (3). Flexionar brazos hasta tendido prono (4).

EJERCICIO DORSAL

Tendido prono (manos caderas): Flexión tronco atrás y elevación de piernas extendidas (cabeza alta) (1-2). Descender tronco y pierna (3-4) (6 veces). Contar lento.

ENLACE

Tendido prono: Manos apoyadas al lado de las clavículas (1). Extensión de brazos quedando en posición de tierra (2). Salto a flexión completa de piernas (rodillas unidas) (3). Extensión de piernas al frente, apoyando manos atrás para quedar sentadas (4).

EJERCICIO ABDOMINAL

Sentadas (manos apoyadas al lado de las rodillas): Elevación rodilla izquierda (1-2). Cambio (extensión pierna izquierda sin tocar el suelo, al mismo tiempo elevar rodilla derecha) (3-4) (6 u 8 veces). Las piernas no deben tocar el suelo en ningún momento.

ENLACE

Sentadas: Flexionar piernas hacia la izquierda (1). Arrodilladas (2). Pasar a flexión completa de piernas, apoyando manos suelo (3). Posición de firmes (4).

EJERCICIO DE PIERNAS (SALTOS)

Firmes: Elevación de talones, brazos cruz (1). Semiflexión de piernas, brazos abajo (2). Salto en altura, elevando brazos arriba por cruz (cabeza alta) (3). (Contar este tiempo más largo y marcado.) Caer en flexión completa de piernas (rodillas unidas), brazos abajo (4). Extensión de piernas con elevación de talones, brazos cruz (5). Posición de firmes (6) (6 veces).

EJERCICIO LATERAL DE TRONCO

Firmes (piernas separadas de salto, brazos cruz): Flexión lateral de tronco a la izquierda, manos enlazadas arriba (codos no se doblan) (1-2). Extensión de tronco, brazos cruz (3-4). Igual al lado derecho (5-6-7-8) (4 veces a cada lado).

EJERCICIOS DE LOCOMOCION

Marcha ordinaria (30"), rápida (30"), carrera con elevación de rodillas (30"), marcha rápida, ordinaria (30"), lenta con elevación brazos cruz (1). Brazos arriba dando palmada (2). Brazos cruz (3). Brazos abajo (4).

XI. JUEGO PARA FLECHAS

PELOTA INMOVIL

Las jugadoras se disponen en un círculo, dándose las manos. Una de ellas, elegida por sorteo, se coloca en el centro y lanza la pelota al aire en forma completamente vertical, llamando al mismo tiempo a cualquiera de las del corro.

La llamada se apresura a salir del círculo y recoger la pelota, mientras las demás jugadoras huyen en distintas direcciones, pero debiendo detenerse todas en cuanto la poseedora de la pelota grita: «¡Alto!» Entonces lanza la pelota contra aquella que esté más cerca de ella, procurando tocarla, en cuyo caso continúa el juego, reco-

giendo esta jugadora la pelota y gritando de nuevo: «¡Alto!»

Prosigue así el juego hasta que no se logra acertar a nadie con la pelota, en cuyo caso se forma de nuevo el corro y comienza de nuevo el juego.

No se deberá dar el alto sin tener la pelota entre las manos.

Para mayor dificultad del que lanza, puede moverse, pero sin correr, la niña a la cual vaya dirigida la pelota.

FLECHAS AZULES

ACTIVIDADES OBLIGATORIAS

Religión

LECCIÓN III

Dios Criador.—Creación del mundo y del hombre.—Dios, Glorificador.—La Santísima Trinidad.—Cómo se ve la Santísima Trinidad en el bautismo de Cristo.—El «Gloria Patri» (Historia Sagrada, pág. 11, y Explicación dialogada del Catecismo, pág. 31).

LECCIÓN IV

Jesucristo.—¿Quién le encarnó?—¿Dónde?—Cuenta el relato de la Encarnación.—¿Qué quiere decir Jesús?—¿De qué nos salvó?—La caída del primer hombre y el pecado original (Historia Sagrada, pág. 13).

Nacionalsindicalismo

LECCIÓN III

El hombre, portador de valores eternos (publicada en noviembre de 1946, pág. 112).

LECCIÓN IV

Consecuencias de estos conceptos.—Patriotismo. Errores.—Tradicición (publicada en noviembre de 1946, pág. 113).

FLECHAS AZULES
ACTIVIDADES VOLUNTARIAS

Lecturas

Las Flechas Azules pueden ver el libro *Arte árabe*, de la colección «Labor», sobre todo las ilustraciones del final, fijándose en las características de este arte por comparación con lo que ellas recuerdan de iglesias y edificios cristianos,

sobre todo la decoración de paredes y techos, tan distinta de lo que corrientemente vemos. Después, a la vista de una lámina determinada, harán un ejercicio escrito describiendo lo que en ella ven.

Labores

Sweater bicolor (fig. 1).—Se confecciona con lana de dos colores: burdeos para el cuerpo y gris para las mangas. Se precisan unos ciento cincuenta gramos de lana para las mangas y 200 para el cuerpo. Agujas del dos y medio para los elásticos de las mangas y cuerpo y del tres y medio para el resto.

Punto.—Todas las vueltas se hacen dos puntos del derecho y dos del revés, formando canelón, cuidando de poner las agujas más finas al hacer los bajos de las mangas y el cuerpo.

Medidas.—No se puede dar un número exacto de puntos, porque depende de la clase de lana que se utilice y de la forma de tejer, más o menos apretada, de cada persona. Por ello, una vez tomadas las medidas se procederá a tejer diez o doce puntos durante unas cuantas vueltas y a calcular luego el número de puntos que se

necesitan para un centímetro. Basta después multiplicar por el número de centímetros.

Punto inglés.—Con el fin de que quede más tupido el tejido, y sobre todo si ha de utilizarse el sweater para el equipo de sierra, puede tejerse a punto inglés, cuya explicación damos a continuación:

Primera vuelta: Pasar un punto (borde) un crecido, pasar un punto sin hacer cogiéndolo por el revés, un derecho y repetir hasta terminar. La vuelta termina con un punto del derecho.

Segunda vuelta: Pasar un punto (borde), un crecido, pasar un punto sin hacer cogiéndolo por el revés y trabajar juntos el pasado de la vuelta anterior y el crecido. Repetir hasta terminar con un punto del derecho.

Se repite siempre la segunda vuelta.

TEATRO



La representación del Nacimiento de Nuestro Señor

(A instancias de doña María Manrique, Vicaria en el Monasterio de Calabazanos, hermana suya.)

Gómez Manrique.

(FLECHAS AZULES)

TEXTO INTEGRO

Lo que dice Josepe, sospechando de Nuestra Señora.

«¡Oh, viejo desventurado!»
Negra dicha fué la mía
en casarme con María
por quien fuese desonrado.
Ya la veo bien,
no sé de quién ni de cuánto;
dicen que de Espíritu Santo,
mas yo de esto non sé nada.

La oración que hace la Gloriosa.

Mi solo Dios es verdadero,
cuyo ser es inmovible,
a quien en todo posible
fácil e bien facedero
de la mi virginidad
alumbre la ceguedad
de Josepe, e su simpleza.

El ángel a Josepe.

¡Oh!, viejo de muchos días,
en el seso de muy pocos,

el principal de los locos,
¿tú no sabes que Ysayas
dixo: Virgen concebida
lo cual escribió por esta
doncella gentil, honesta,
cuyo par nunca sera?

La que represente a la Gloriosa, cuando le dieron el niño.

Adorote rey del cielo,
verdadero Dios y hombre,
adoro tu santo nombre,
mi salvación y consuelo;
adorote fijo e padre,
a quien si dolor parí
por que quesistes de mi
facer de sierva tu madre.

Bien podría decir aquí
aquel salmo glorioso,
que dixe, fijo precioso,
cuando yo te concebí;
que mi animo engrandecí
a ti, mi solo Señor,

y en ti, mi salvador
mi espíritu florece.

Mas este mi gran placer
en dolorosa tornada,
pues tú erés enviado
para muerte padecer
por salvar los pecadores,
en la cual yo pasare,
non menguándome la fe
innumerables dolores.

Pero mi precioso prez
fijo mío muy querido,
dame tu claro sentido
para tratar tu niñez
con debida reyerencia
e para que tu pasión
mi femeníl corazón
sufra con mucha paciència.

La denunciaçión del Angel a los pastores.

Yo vos denuncio, pastores,
que en Bellen es hoy nacido
el señor de los señores,
sin pecado concebido;
e porque non lo dudedes
id al pesebre del buey
donde cierto fallaredes
si prometido en la ley.

El un pastor.

Dime tú, hermano, di,
si oyste alguno cosa
o si viste lo que vi.

El segundo.

Una gran voz me semeja
de un angel reluciente
que sono en oreja.

El tercero.

Mis oídos han oído
en Bellen ser esta noche
nuestro salvador nacido;
por ende dejar debemos
nuestros ganados e ir
por ver si lo falleremos.

Los pastores veyendo al glorioso niño.

Este es el niño excelente
que nos tiene de salvar;
hermanos, muy homilmente
le lleguemos adovar.

La adoración del primero.

Dios te salve, glorioso
infante santificado,
por redimir enviado
a este mundo trabajado;
damos te grandes loores
por te querer demostrar
a nos, míseros pastores.

Del segundo.

Salve te Dios, niño santo,
enviado por Dios padre
concebido por tu madre
con amor e con espanto:
alabamos tu grandeza
que en el pueblo de Israel
escogió nuestra simpleza.

Del tercero.

Dios te salve, Salvador,
hombre que ser Dios creamos,
muchas gracias te facemos,
porque quisiste, Señor,
la nuestra carne vestir
en la cual muy cruda muerte
has por nos de recibir.

Los ángeles (cantando).

Gloria al Dios soberano
que reina sobre los cielos,
e paz al linaje humano.

Gloria al Dios so-be-ra-no que rei-na so-bre los
cie-los e paz al li-naje hu-ma-no

San Gabriel.

Dios te salve, gloriosa
de los maitines la estrella
después de madre doncella
e antes que fija esposa;
yo soy venido señora,
tu leal embajador
en aquesta santa hora.

por mandato de Dios padre
vengo tener compañía
a ti, beata María,
de tan santo niño madre.

San Rafael.

Yo Micael que vencí
las huestes luciferales
con los coros celestiales
que son en torno de mí

Yo el ángel Rafael,
capitán destas cuadrillas,
dejando las altas sillas,
vengo a ser tu doncel;
e por facerte placeres
pues tan bien los mereciste,
¡oh!, María, mater Cristo,
bendita entre las mujeres.

San Miguel.

LOS MARTIRIOS QUE PRESENTAN AL NIÑO

El cáliz.

¡Oh!, santo niño nacido
para nuestra redención.
Este cáliz dolorido
de la tu cruda pasión,
es necesario que beba
tu sagrada majestad
por salvar la humanidad
que fué perdida por Eva.

El astelo e la sogá.

E será en este astelo
tu cuerpo glorificado,
poderoso rey del cielo
con estas sogas atado.

Los azotes.

Con estos azotes crudos
romperán los tus costados,
los sayones muy sañudos
por lavar nuestros pecados.

La corona.

E después de tu persona
ferida con deceptinas,
te porman esta corona
de dolorosas espinas.

La cruz.

En aquesta santa cruz
el tu cuerpo se pormá;
a la hora no habrá luz
y el templo caerá.

Los clavos.

Con estos clavos, señor
te clavarán pies e manos,
grande pasarás dolor
por los míseros humanos.

La lanza.

Con esta lanza tan cruda
foradarán tu costado,
e será claro sin duda
lo que fué profetizado.

GANCION PARA CALLAR AL NIÑO

Callad, fijo mio chiquito.

Callad vos, señor
nuestro Redentor,
que vuestro dolor
durará poquito.

Angeles del cielo,
venid dar consuelo
a este mozuelo,
Jhesus, tan bonito.

Este fué reparo,
aunque el costo caro
d'aquel pueblo amaro
cativo en Egipto.

Este santo dino
niño tan benino
por redimir vino
al linaje affito.

Cantemos gozosas
hermanas graciosas,
pues somos esposas
del Jhesus bendito.

CANCION PARA CALLAR AL NIÑO

Muy lento

Ca-llad vos se-ñor nuestro re-clar-tor que vis-tes do-
 los du-ra-ra po-qui-to - an-ge-les del cie-lo ve-nid con-
 sue-lo a es-te me-que-lo - Je-sus tam-bo-ni-to
 Es-te fue, re-pa-ra-se un-que el cos-to - ca-ro de aquel pue-ble a
 ma-ro ca-ti-vo en E-gi-to - - Es-te san-to di-no in-
 no tam-be-ni-no por re-di-mir vi-no - al li-na-je a-
 ri-to - Can-te-mos go-zo-sas her-ma-nas gra-cio-sas pues
 so-mos es-po-sas - del Je-sus ben-di-to

EDUCACION FISICA

XI. TABLA PARA FLECHAS AZULES

EJERCICIOS DE ORDEN

Libre elección de la Instructora, empezando la clase con una carrera.

Duración, cinco minutos como máximo.

EJERCICIO DE BRAZOS

Firmes: Elevación brazos frente (1). Manos clavícula (2). Elevación brazos arriba, elevación talones (cabeza mira manos) (3). Circunducción de brazos por cruz, atrás, abajo, hasta frente, balanceo sobre puntas pies (4-5). Posición de firmes (6) (6 veces).

EJERCICIO DE PIERNAS Y TRONCO

Firmes: Manos caderas, semiflexión de piernas sin elevar talones (1-2). Extensión de piernas, al mismo tiempo hacer una flexión de tronco adelante hasta la horizontal, manos continúan en caderas, cabeza alta (3-4). Elevación de tronco, brazos cruz, elevación de talones 5-6). Posición de firmes (7-8) (6 veces).

EJERCICIO DE EQUILIBRIO

Firmes: Flexión completa de la pierna izquierda, extendiendo pierna derecha al frente (las manos no deben tocar el suelo) (1-2). Semiarrodilladas sobre la pierna izquierda, elevación brazos frente (3-4). Levantarse, al mismo tiempo oscilación brazos cruz (5-6). Posición de firmes (7-8). Igual con pierna derecha (4 veces con cada pierna). Contar lento.

EJERCICIO ESTIMULANTE DE PIERNAS

Firmes: Salto sobre punta pie derecho, elevan-

do rodilla izquierda (1). Salto sobre punta pie derecho, extendiendo pierna izquierda al frente (2). Salto sobre punta pie derecho, elevando rodilla izquierda (3). Salto piernas unidas (4). Igual con la otra pierna (6 u 8 veces). Ritmo, dos tiempos por segundo. Saltar siempre sobre puntas pies, aprovechando la caída de un salto para el impulso del siguiente.

ENLACE

Firmes: Pies cerrados (1). Flexión completa de piernas, apoyando manos suelo (2). Extensión de piernas atrás, quedando en posición de tierra (3). Flexionar brazos hasta tendido prono (4).

EJERCICIO DORSAL

Tendido prono: Elevación brazos cruz (1). Flexión tronco atrás, elevación brazos arriba (cabeza alta) (2). Descender tronco, brazos cruz (3). Apoyar manos al lado de las clavículas (4). Elevación pierna izquierda extendida (5). Descender pierna (6). Elevación pierna derecha extendida (7). Descender pierna (8) (6 veces). Contar lento.

ENLACE

Tendido prono: Manos apoyadas al lado de las clavículas (1). Extensión de brazos, quedando en posición de tierra (2). Salto a flexión completa de piernas, apoyando manos suelo (3). Extensión de piernas al frente, apoyando manos atrás, para quedar sentadas (4).

EJERCICIO ABDOMINAL

Sentadas (tronco inclinado 45°, brazos cruz): Elevación rodillas (1-2). Extensión piernas al

frente (a unos 4 ó 5 cms. del suelo) (3-4) (6 veces). No tocar el suelo con las piernas en ningún momento. La cabeza debe estar siempre en prolongación del tronco.

ENLACE

Sentadas: Flexionar piernas hacia la izquierda (1). Arrodilladas (2). Pasar a flexión completa de piernas, apoyando manos suelo (3). Posición de firmes (4).

EJERCICIO ESTIMULANTE DE PIERNAS (SALTOS)

Firmes: Elevación de brazos al lado izquierdo (hasta cruz), elevación talones (1). Semiflexión de piernas descendiendo talones, al mismo tiempo balanceo de brazos al lado derecho (hasta cruz) (2). Salto a la izquierda, al mismo tiempo balanceo de brazos al lado izquierdo (contar este tiempo más largo y marcado) (3). Caer en flexión completa de piernas (rodillas unidas); brazos abajo (4). Extensión de piernas con elevación de talones, brazos cruz (5). Posición de

firmes (6). Igual al lado derecho (4 veces a cada lado). Los brazos y manos deben ir sueltos.

EJERCICIO LATERAL DE TRONCO

Firmes: Elevación brazos frente (muñecas sueltas), elevación talones (1). Brazos cruz (pasando por abajo), al mismo tiempo separar pierna izquierda lateral (2). Flexión lateral de tronco a la izquierda, brazos cruzados atrás, giro de cabeza a la derecha (3-4). Extensión de tronco, elevación de brazos arriba, giro de cabeza al frente (5). Unir pierna izquierda elevando talones, brazos descienden por cruz (6). Igual al lado derecho (4 veces a cada lado).

EJERCICIOS DE LOCOMOCION

Marcha ordinaria (30"), rápida (30"), carrera con elevación de piernas extendidas al frente (30"), marcha rápida, ordinaria (30"), marcha saltando cada tres pasos (30"), lenta con elevación brazos cruz (1). Brazos cruzados de arriba a abajo (por delante de la cara) (2). Brazos cruz (3). Brazos abajo (4).

XI. JUEGO PARA FLECHAS AZULES

CARRERA A SALTOS

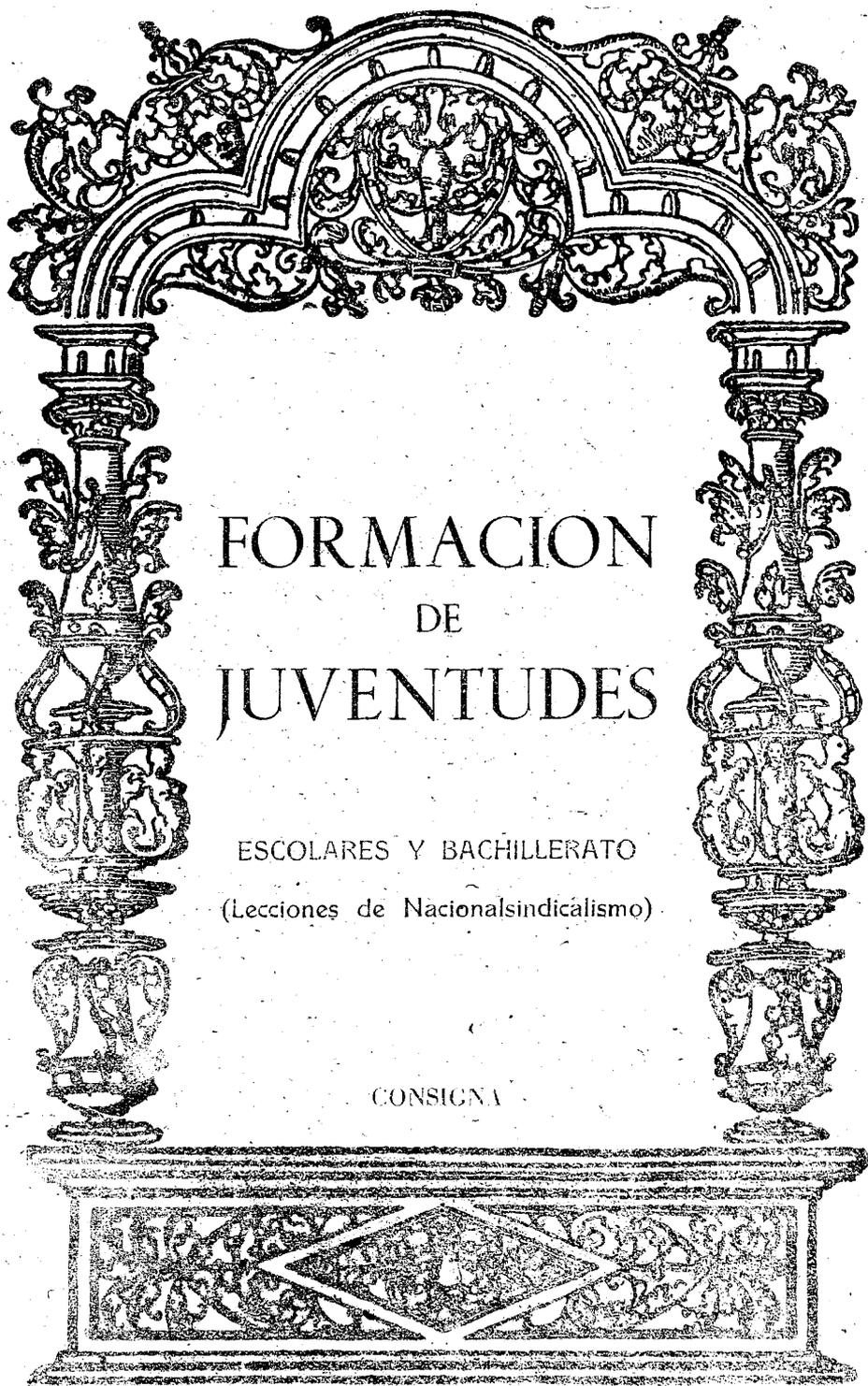
Colocadas las niñas en hileras, se traza una línea a cierta distancia (unos 10 ó 12 metros), paralela a la ocupada por las cabezas de hilera. La primera de cada hilera estará provista de una pelota, sostenida entre los pies.

A una señal dada por la Instructora, las primeras de cada hilera avanzarán dando saltos con los pies juntos, con el fin de que no se les escape la pelota, hasta la línea señalada. Una vez hayan pasado ésta, cogen la pelota con las manos

y vuelven corriendo a entregársela a la segunda de su equipo; entonces continúan por la izquierda de su hilera, colocándose al final de la misma. La segunda, una vez tenga la pelota en su poder, hace lo mismo que la primera, y así sucesivamente.

Faltas.— Toda jugadora que deje escapar la pelota debe recogerla, volver a su lugar y empezar de nuevo.

Gana la hilera que antes termina.



FORMACION
DE
JUVENTUDES

ESCOLARES Y BACHILLERATO
(Lecciones de Nationalsindicalismo)

CONSIGNA

Lección común para los tres primeros años de Bachillerato, enseñanza primaria y Margaritas

20 de noviembre.—José Antonio.

Sois niñas y apenas sabéis el valor de las cosas decisivas. Apenas comprendéis —porque apenas habéis gozado de ella— el dolor de dejar la vida cuando la vida está llena de promesas, el dolor de la muerte. Pero sí sabéis comprender la pena de la ausencia, el que falta, aquel que nos hace más falta en la vida. Y, con la muerte, la ausencia definitiva.

Vosotras conocéis muy bien a José Antonio; le habéis seguido a través de su vida, os habéis sentido atraídas por aquel niño imaginario y travieso que inventaba aventuras estupendas y juegos divertidos, que sabía estudiar y ponerse serio también.

Habéis admirado a aquel hombre, joven, valiente, sincero, alegre, que sabía pelear y defender a sus camaradas y a sus ideas, que sabía levantar tras de sí a la mejor juventud. Y, sobre todo, sabía mejor que nadie servir a su Patria.

No habéis conocido a José Antonio, pero todas le amáis, le consideraréis vuestro Jefe, vuestro mejor camarada, el hombre más grande de España.

Y vosotras sabéis que un día, cuando España estaba en guerra, cuando los malos mataban y saqueaban, cuando vuestros camaradas, con un fusil al hombro y cantando himnos guerreros, vencían a los rojos, conquistando los pueblos y los campos, esperando a José Antonio, que desde la cárcel tenía que venir a ponerse frente a ellos para con la fuerza de su presencia vencer más pronto al enemigo. La cárcel estaba guardada por aquellos hombres malos, y no pudo salir, como había pensado. Pero sus camaradas siguieron esperándole con fe.

Pero sabían los enemigos que si él no salía, convencería a muchos y pronto serían vencidos. Y pensaron que si a él le mataban, los demás

quedarían sin ánimos para vencer. Y decidieron matarle.

Esto hubiera sido verdad si de antemano él no hubiera enseñado a sus camaradas que los muertos de la Falange están «presentes en nuestro afán» y su espíritu nos guía y nos alienta.

El día elegido por el enemigo fué el 20 de noviembre. Un día como hoy hace once años.

Primero le juzgaron, y aunque vieron que era bueno, que no tenía culpa que purgar, porque le tenían miedo le condenaron a muerte.

Era joven y amaba la vida, pero pensó que, muriendo, se uniría a sus camaradas muertos ya, para gozar juntos de la presencia de Dios. Y tuvo paz.

Confesó, se despidió de sus hermanos y de su tía; no lloró: aún animó a quienes el momento les vencía, y cuando llegó la hora de amanecer, después de haber dormido, como si fuera aquella noche una noche cualquiera, salió tranquilo al patio de la cárcel. Con él iban a morir cuatro hombres jóvenes; todos morían por España, y aunque les dolía dejar la vida, no ver el triunfo de aquellos camaradas que peleaban con el fusil al hombro por todas las tierras, aunque pensaban que viviendo podían seguir sirviéndolas, no temblaron ni sintieron desesperación. Y él, al frente de todos en el valor, les dijo: «Animo, muchachos, esto es un momento: vamos a una vida mejor». Y quedó frente a los fusiles que le iban a matar.

Tal vez pensase en tantos como en aquella hora, y en tantas horas en aquellos días, morían o habían muerto por la Patria. Y quiso que su ¡Arriba España!, que tantas veces había dado en el entusiasmo de los mítines, en el dolor de un camarada caído, junto a los hombres que le

seguían, se oyese por última vez, porque para hacer realidad aquel grito moría.

Y quiso que el Señor le recibiese en su seno, y besó con amor la imagen de Cristo crucificado.

Porque era justo, porque amó a Dios y a Es-

paña hasta el fin, para nuestro consuelo, queremos saberle gozando en la diestra del Padre.

Y desde allí intercede para que esta Patria sea poderosa. Y para que nosotros sepamos siempre seguir todo lo que él nos enseñó.

Lección común para los cursos cuarto y quinto de Bachillerato y Flechas

20 de noviembre.—José Antonio.

Hoy hace once años moría en Alicante José Antonio. Porque siempre queremos su presencia, como cada año, casi podríamos decir como cada día, pero más ardiente, más apremiante, más firme en este aniversario está en nosotras. Porque en pie sigue su mandato, y seguirle será llegar al logro de la mejor empresa, aquella que él señalaba: «conquistar a España para España». Cada una desde su puesto. Vosotras, desde el vuestro de niñas, próximas a mujeres, sintiendo la necesidad de una tarea común y preparándoos a realizarla.

Y porque en todo nos dió ejemplo, nos lo dió también en el trance más difícil: en la muerte.

Recordemos su sencillez, su equilibrio, sin gestos excesivos, sin desesperación, con la serenidad de una conciencia que está bien con Dios y de El espera el premio y la paz.

Recordemos aquella noche, que necesariamente había de ser angustiosa, porque la vida es grata, porque tenía juventud y fe y entusiasmo. Y miles de hombres que esperaban todo de él y la seguridad de que su vida sería no ya útil, sino necesaria, para el trance histórico que había comenzado, por su voluntad y su valor, aquel 18 de julio.

Y aquella noche, última de su vida, noche ya sin día, porque el que había de nacer veía su cuerpo traspasado, duerme largamente sobre su

pobre jergón de reo, como si sólo esperase del día bienaventuranzas.

Y la serenidad continúa en la despedida a los suyos. Aquel «ayúdame a morir como deseo» al hermano, que no se resigna. Aquel «estoy preparado; he hecho una buena confesión».

Serenidad en el último momento, cuando alienta a los demás reos: «Esto pasa pronto; ánimo, muchachos; vamos a una vida mejor».

Y fidelidad y amor a su Falange hasta el fin. Aquel «sé que intentarán seguir fielmente mis consignas» de su Testamento.

Aquel adivinar en la cara de sus jueces, cuando en su último juicio le van a condenar: «Si hubiéramos sabido que era esto, no estábamos aquí».

Aquel «ojalá sea la mía la última sangre derramada».

Aquel último ¡Arriba España!, dado ya en el umbral de la eternidad.

Enseñanza de saber morir, como había enseñado a saber vivir.

Morir serenamente, porque ya había dicho: «La vida no merece vivirse si no se realiza, o al menos se intenta realizar, una empresa grande», y ante la muerte sabe que ha realizado su obra.

Serenamente, porque sabe que por ello Dios le acogerá en su seno. Y, al fin, lograr esto es la mayor sabiduría.

Lección común para Flechas Azules. Cursos sexto y séptimo de Bachillerato

20 de noviembre. (Esta lección se dará por la publicada en noviembre de 1946, pág. 63.)

ESCOLARES

Primera enseñanza (iniciación) y primer curso de Bachillerato

DE SIETE A NUEVE AÑOS

LECCIÓN III

La Sección Femenina para situar en ella a las juventudes.

«La Sección Femenina de Falange —dice la Delegada Nacional— tiene como misión más importante la de formar a las mujeres, y esta misión, que hemos aceptado, no la hemos cogido para justificar nuestra organización dentro del Partido, sino por el convencimiento absoluto de que a las mujeres de España hay que proporcionarlas revolucionariamente unos conocimientos que hasta ahora desconocían y formarles una conciencia basada en la doctrina de Cristo y en nuestras normas nacionalsindicalistas, para que, sin deformaciones, sepan distinguir claramente en cada momento el bien del mal, tanto en materia religiosa como en el conocimiento que han de tener de la Patria, del hogar y de los hijos.»

Esta no ha sido, sin embargo, la misión de la Sección Femenina desde su fundación, sino que la misión ha sido distinta a lo largo de las tres etapas por que ha pasado. La primera etapa fué antes de la guerra, cuando la rebeldía de unas cuantas mujeres hizo que, con todo el alegre convencimiento que da la fe, se unieran a José

Antonio, que como Jefe decide que las afiliadas al Movimiento se ocupen de la asistencia a los presos del Partido y de las familias de los caídos, y cuando se multiplican los encarcelamientos, es la S. F. la que actúa de enlace entre las cárceles y los de fuera, para que no se pierdan las consignas del Jefe.

En la segunda etapa, que fué la de la guerra, las mujeres de España empiezan a venir a las filas de la Falange, y la Sección Femenina, con una organización casi improvisada por las dificultades con que había tropezado anteriormente, empieza a montar talleres, lavaderos y comedores y a distribuir a las afiliadas por todos ellos, entrega por entero a la Patria y a la guerra.

Pero una vez acabada la guerra y atendidos con ejemplar abnegación los servicios más apremiantes de la lucha, empieza la tercera etapa, la más difícil: la de la formación total de las mujeres. Esta educación queremos dirigirla principalmente hacia la formación de la mujer como madre, porque la misión de toda mujer es misión

de ayuda, no es misión directora, ya que ésta sólo corresponde a los hombres. Por eso, lo que la S. F. tiene que hacer es «preparar a todas las camaradas para que, cuando tengan una casa y unos hijos, sepan inculcarles el modo de ser de la Falange y enseñarles, después del Padre-nuestro, lo que José Antonio nos enseñó a nosotras y les hagan sentir esta misma fe que sintieron nuestros caídos al entregar alegremente la vida por la Patria.

Para conseguir esto, la S. F. orienta la formación principalmente en tres ramas: religión, nacionalsindicalista y de preparación para el hogar, atendiendo a la misión más importante de las mujeres, que es la de ser madres.

En la formación religiosa, «queremos conseguir —dice la Delegada Nacional— que todas las mujeres tengan una formación religiosa a fondo, apartándolas de ciertas cosas que no son necesarias y que, en cambio, las impide percibir toda la grandeza de la liturgia ordenada por la Iglesia».

«En cuanto a la formación nacionalsindicalista, también es indispensable que llegue hasta la última mujer sobre la que nosotros podamos influir.» Porque nosotras queremos que España sea nacionalsindicalista, aunque el ser nacionalsindicalista no consiste en saberse de memoria los discursos de José Antonio, sino en tener ese «modo de ser», que es el que distingue a los falangistas. Pero aunque parezca una contradicción el enseñar el modo de ser «por medio del autor, que nos lleva a desear y querer nuestra identificación con aquello que amamos. Por eso, otro de los caminos que la S. F. tiene trazados es el de conseguir que la gente se enamore de la Falange».

«Y por último, y como formación común a todas las mujeres —continúa diciendo la Delegada Nacional—, viene la enseñanza para el hogar. La base principal de los Estados es la familia, y, por lo tanto, el fin natural de todas las mujeres es el matrimonio. Por eso, la Sección Femenina tiene que prepararlas, para que cuando llegue para ellas ese día sepan decorosa-

mente dirigir su casa y educar a sus hijos conforme a las normas dadas por la Falange, para que así, transmitidas por ellas, de una en otra generación, llegue hasta el fin de los tiempos.»

Por lo tanto, «lo que a nosotras nos encomienda la Falange es llevar el conocimiento de nuestras verdades a todas las mujeres, no para que sean ellas las que organicen la política, sino para que llegue a amar las ideas y puedan transmitir las a las generaciones venideras». Y aunque la S. F. acometa funciones de asistencia social distintas de la línea formativa, que es la razón principal de su existencia, obedece también a lo mismo, porque en realidad emplea el medio de asistir para llegar por este camino a la formación de los asistidos, «formación en todos los órdenes: religiosa, política, del cuidado del hogar y de los hijos y de todo aquello que suponga una elevación en el nivel medio de cultura».

La misión de la Sección Femenina sería, sin embargo, muy poco ambiciosa si se limitara exclusivamente a la formación de un reducido número de mujeres. Pero esto no es así, sino que, por consigna expresa del Caudillo, tenemos encomendada la formación de todas las mujeres de España, y por eso la S. F., con la formación de las juventudes, la formación de campesinas y obreras, la formación de la masa, la formación dada en todas sus escuelas, aspira a conseguir que ni una sola mujer se escape a su influencia.

A nosotras no se nos oculta la responsabilidad tan tremenda que contraemos al comprometernos a formar a las mujeres, que son, en definitiva, las que van a educar a la próxima generación, porque los hijos serán como quieran las madres que sean; pero tenemos fe en nuestra empresa, porque nos la ha encomendado la Falange, por la que han renunciado muchas camaradas a la vida y «en algunos casos hasta al amor», que es el más difícil de renunciar.

«Y este espíritu y esta fe —tomando de nuevo palabras de la Delegada Nacional— que nos han dado tenemos que conservarla precisamente

las mujeres, porque los que lo sabían, los que lo entendieron, han muerto casi todos, y han muerto precisamente por eso; pero como nosotras no vamos al frente, como nosotras no morimos, nosotras estamos obligadas a hacer cono-

cer a España entera este modo de ser de la Falange; estamos obligadas a hacer llegar nuestras consignas a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos, para que España sea desde ahora y para siempre nacionalsindicalista.»

LECCIÓN IV

*Qué son las Juventudes de la Sección Femenina.
Por qué las Escolares y Aprendices tienen que encuadrarse en las Juventudes de la Sección Femenina.*

Forman las Juventudes Femeninas las niñas desde los siete a los diecisiete años que quieren pertenecer a la Falange. No pueden ingresar efectivamente en el Movimiento, ni llevar el emblema del yugo y las flechas, ni tener ninguno de los derechos de las afiliadas hasta después de los diecisiete años; por eso se encuadran como Aspirantes en las Juventudes, para prepararse al honor de su ingreso en la Sección Femenina.

La misión de las Juventudes Femeninas, por lo tanto, es «conseguir un espíritu nacional, fuerte y unido, e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria». La Falange no es una solución puente para un momento crítico de la vida de España; es una revolución total, permanente, que quiere «recobrar para España una empresa universal, establecer la economía social sobre bases nuevas» (*José Antonio*), y como esto no es obra de pocos años, tiene que formar a toda una generación que termine esta tarea.

«Lo que a nosotras, a la Sección Femenina, nos encomienda la Falange es llevar el conocimiento de nuestras verdades a todas las mujeres..., para que lleguen a amar las ideas y puedan transmitírselas a las generaciones venideras (*Pi-*

lar, VII Consejo Nacional). Para realizar este fin formativo, la Sección Femenina encuadra en las Juventudes a las niñas de España, y para extender esta formación se dan Tardes de Enseñanza a las Afiliadas, a las Escolares y a las Aprendices, y se instalan Albergues cara al mar, entre los pinos de una altura o en medio de la llanura castellana, en ambiente sano y alegre, confortable y austero, disciplinado y hogareño, donde, entre cantos, juegos, bailes y risas, cale hasta el fondo de sus almas «el dolor y el gozo de la Patria».

«Lo que nosotras tenemos que hacer es enseñar a las juventudes, para que ni una sola se escape de nuestra influencia y para que todas ellas sepan después y en cualquier circunstancia reaccionar, según nuestro entendimiento falangista de la vida y de la Historia..., porque de como nos yengan estas niñas depende el futuro de la Falange» (*Pilar*).

Es, pues, fundamental la misión de las Juventudes Femeninas dentro del Movimiento, ya que son la garantía de la permanencia de la Sección Femenina, que de esas niñas sacará sus Mandos y sus camaradas futuras.

Grado medio. Primera enseñanza. Segundo curso de Bachillerato

DE NUEVE A DOCE AÑOS

LECCIÓN III

La reconquista de don Pelayo.

El reino visigodo, a partir del rey godo Recaredo, se va hundiendo lentamente. Después de las primeras luchas contra la población hispanorromana y contra las otras razas invasoras, suevos, vándalos y alanos, la monarquía visigoda vivía tranquila, olvidada de que perdió media Francia en su lucha contra los francos y de que es la cultura hispanorromana la que domina y se impone a la raza dominadora. El espíritu de los bárbaros, que es, sobre todo, espíritu guerrero, termina por hacerse pacifista y rehuir el servicio militar, y es necesario la invasión de un pueblo nuevo para hacer surgir otra vez el espíritu de milicia en las montañas de Asturias.

En el siglo VIII, tres siglos más tarde de la invasión bárbara, llega violentamente a España el pueblo árabe, y con este pueblo, la religión del Islam. La catástrofe que amenazó entonces al hombre español era mucho más grave que la invasión de los bárbaros, porque era una catástrofe espiritual, el peligro de que fuese sustituida nuestra religión por la religión adormecedora de Mahoma.

La invasión musulmana, que empezó por una incursión de Tarik, se extendió rápidamente en España. Después de la llamada «batalla del Guadalete», en la cual murió el último rey godo, don Rodrigo, y de la que ni los mismos moros opinaron que tenía tanta importancia ni que iba a ser el principio de su dominio en España, empezó la rapidísima conquista. Los moros, muy buenos jinetes y guerreros, se movían con agilidad. Los godos, ya decadentes, se defendían muy mal; los españoles, sometidos por la fuerza a

los godos, carecían de entusiasmo y fe, y por eso los invasores se extendieron rápidamente por España.

Pero es precisamente entonces cuando la aristocracia goda, que parecía haber perdido la condición para la lucha al huir derrotada por los árabes en los primeros momentos, organiza la resistencia en las breñas inaccesibles de Covadonga, declarando guerra a muerte a los árabes triunfadores.

Estos pueblos refugiados en Asturias, habiendo tenido noticia de la muerte del último rey godo, don Rodrigo, pensaron en nombrarle un sucesor que les guiase en la guerra, y reunidos nobles y obispos, nombraron rey a don Pelayo, dignatario de la corte de don Rodrigo. Por lo tanto, don Pelayo fué el jefe del primer foco de resistencia y él empezó la reconquista, que duró hasta el reinado de los Reyes Católicos.

Por de pronto, don Pelayo no pudo hacer gran cosa, dado el escaso número de combatientes que tenía; pero rompiendo las hostilidades, consiguió derrotar en Covadonga al jefe de la expedición enviada contra los cristianos y dirigida por el jefe moro Alcama, que perdió la vida en la lucha.

Los cristianos, que ocupaban la parte más ventajosa del terreno, eran pocos en cantidad, pero enviaban certeramente sus flechas desde aquella altura. Los moros, que creían desmoralizado a su enemigo, atacaron desde abajo sin mucho orden y suponiendo segura su victoria, como hasta entonces había sucedido en casi todas las batallas. Los moros fueron derrotados, y creyeron además que su derrota era algo se-

brenatural, pues algunas flechas de las enviadas por ellos rebotaban en las piedras y volvían a caer sobre ellos, mientras que las enviadas desde arriba hacían blanco con toda seguridad. Cundió el miedo, y los moros se retiraron desordenadamente.

Esta victoria señaladísima, por venir después de innumerables derrotas y cuando ya la resistencia se había acallado en casi todo el resto de la Península, elevó notablemente la moral de los españoles, haciéndoles creer en su propio valor y demostrándoles, además, que los árabes no eran invencibles.

Después de la victoria de Covadonga se unieron a don Pelayo los condes más próximos al territorio de su dominio, y las regiones vecinas de Galicia y Cantabria aprovecharon la coyuntura para apartarse de la forzada sumisión a los musulmanes y se pusieron de acuerdo con el nuevo rey. Con esto, el minúsculo territorio que dominaban los cristianos en Asturias fué ensanchándose considerablemente en los reinados de los sucesores de don Pelayo, extendiéndose después hasta León, con lo que empieza la dinastía de los reyes de León y el surgimiento de España, es decir, el imperio leonés, aurora del Imperio español.

LECCIÓN IV

El Cid, en la Historia y en la leyenda.

El Cid es la figura más representativa del héroe español de la Edad Media. Se llamaba Rodrigo Díaz y había nacido en tierras de Burgos, en el pueblecito de Vivar. Era un hombre de regular estatura, fuerte y moreno; un buen tipo castellano por fuera y por dentro. Sabía escribir, lo que no era corriente en aquel tiempo, y tenía un talento seguro y un gran golpe de vista para saber lo que necesitaba España.

Rodrigo Díaz, durante su actuación al servicio del rey moro de Zaragoza, se gana el calificativo de «El Cid», el señor, lo mismo que por su destreza en los combates a las órdenes de Sancho II se había hecho acreedor al de «Campeador».

Sus primeros servicios los prestó a don Sancho de Castilla, el cual quería apoderarse del reino de sus hermanos y había hecho prisionero a Alfonso. Sancho de Castilla murió a las puertas de Zamora.

Entonces Alfonso fué proclamado rey de Castilla, con el nombre de Alfonso VI, y empezó sus conquistas contra los moros, logrando hacerse dueño de Toledo. Pero, naturalmente, no quería al Cid, hombre de confianza de sus herma-

nos, y éste tampoco podía sentir simpatía por Alfonso, aunque siempre le fué leal. El Cid dejó el cargo que tenía en la corte y se fué a su pueblo, viviendo allí una vida tranquila.

El rey Alfonso VI, que nunca le quiso, concertó, sin embargo, su matrimonio con Gimena. Y parece que vivieron felices, con una felicidad sencilla y casera.

Disgustado con el rey, éste le desterró, y el Cid, obediente, salió de su tierra. Le seguían sus amigos, los mejores de ellos, y sus vasallos. Una tropa que seguía al Cid con entusiasmo, porque era mandada por quien sabía hacerlo con cariño y justicia. Iba a ofrecer sus servicios a un rey o a un señor muy poderoso. El conde de Barcelona no le aceptó. Entonces se ofreció al rey moro de Zaragoza, que era aliado de Alfonso VI, al que, a pesar de haberle desterrado y querido mal, siempre sirvió el Cid bien.

Ya en la corte mora, se hizo amigo y consejero del rey.

El Cid pensó en Valencia y en conquistarla, aunque era empresa de gran dificultad y muy costosa y largo llegar hasta allí. Con gran ser-

nidad, como siempre, preparó la entrada, aprovechando desavenencias interiores, y llegó a Valencia con una tropa de castellanos y moros. Pero más bien como consejero y apaciguando a los que formaban diferentes bandos.

Como verdadero conquistador de Valencia volvió a entrar el Cid en ella cuando los moros que había aún en varias provincias españolas, sintiéndose ya muy débiles, decidieron pedir apoyo a los almorávides. El Cid, ante este peligro, obró rápidamente, y con un ejército mayor que el de antes rodeó rápidamente Valencia, cortando caminos y agua. Valencia, sitiada, se rindió, y el Cid entró triunfante.

Ya en Valencia, el Cid la gobernó en nombre del rey. Fué un buen gobernante, a veces duro y a veces tolerante. Su mando fué sabio y justo. Los almorávides atacaron varias veces a Valencia, pero siempre se vieron detenidos por el brazo de acero del Cid.

Murió en Valencia, a los cincuenta y siete años.

La leyenda ha hecho del Cid una figura llena de fantasía. Para comprender todo lo que representó para los hombres de la Edad Media su figura, basta saber que el principal cantar de gesta de los tiempos medievales gira alrededor de ella. Hay que pensar que la primitiva poesía no se debe a un único poeta, sino que todos estos cantares primitivos son la obra anónima de todo un pueblo que repite en plazas y castillos las hazañas de su héroe más popular, por representar las virtudes y el espíritu de este pueblo. Y de tal manera es así, que aunque el Cid

del cantar no sea completamente histórico en cuanto a la exactitud de la vida de Rodrigo Díaz, lo es en cuanto a la representación del héroe medieval castellano, y nos encontramos en *El Cantar del Mio Cid* con las virtudes cabalrescas españolas de los tiempos heroicos de la Edad Media, como son la veracidad y la sobriedad. El Cid del poema es un Cid realista, castizamente castellano, que «ludia por ganar su pan» con una lealtad a su rey inquebrantable, que ama a sus guerreros con un amor patriarcal, con ausencia absoluta de la altivez aristocrática de los héroes franceses y con un amor firme y sobrio a su mujer y sus hijas.

Tan querido fué el Cid por los españoles de la Edad Media que, incluso, se convirtió en personaje legendario, a quien se atribuyeron multitud de hechos fabulosos, como el reparto de la capa de Lázaro y la escena del león en su palacio de Valencia, y en épocas posteriores, cuando ya los cantares de gesta no se cantaban en ningún sitio, son los romances anónimos los que tomaron de nuevo la figura del Cid como su principal tema, y se repiten anécdotas de su vida, verdaderas unas e inventadas otras, en épocas en que el Cid hace ya siglos que ha muerto.

Pero despojado *Mio Cid* de lo que en épocas posteriores se le atribuyó y limitado a lo puramente histórico, su figura es no sólo el prototipo del caballero medieval, sino el de un ideal humano, con las virtudes sobriedad, veracidad, ausencia de espíritu de galantería, lealtad, patriarcalidad, hombría, valor, heroísmo, que exigimos para el hombre de todas las edades y de todos los pueblos.

Grado superior

LECCIÓN III

El hombre, portador de valores eternos (publicada en noviembre de 1946, pág. 112).

LECCIÓN IV

Consecuencia de los anteriores conceptos. Batirionismo de la Falange (publicada en noviembre de 1946, pág. 65).

Ultimo curso y aprendices

LECCIÓN III

Punto 6 (publicada en noviembre de 1946, página 68).

LECCIÓN IV

Punto 7 (publicada en noviembre de 1946, página 69).

BACHILLERATO

Primer curso

Se seguirá el programa del Grado de Iniciación de ESCOLARES.

Segundo curso

Se seguirá el programa del Grado Medio de ESCOLARES.

Tercer curso

LECCIÓN III

El hombre, portador de valores eternos (publicada en noviembre de 1946, pág. 112).

LECCIÓN IV

Consecuencia de los anteriores conceptos. Patriotismo de la Falange (publicada en noviembre de 1946, pág. 65).

Cuarto curso

LECCIÓN V

La unidad de la España visigótica.—La monarquía gótica, como futuro símbolo de la unidad. Toledo, ciudad unitaria.—«Sangre de godos».—Debilidad y derrumbamiento.—Sus causas.—Insuficiente unidad en el hombre y entre los hombres.

Esta lección se explicará teniendo delante un gráfico del Mar Mediterráneo con todos los países que lo limitan.

Se harán observar los fenómenos siguientes: Las invasiones germánicas en la Península, atravesando los Pirineos, siguen el camino que el-

gieron las culturas prehistóricas que vinieron a Hispania desde Europa central.

El Imperio de Eurico representa el esfuerzo de los visigodos por crear un imperio pirenaico con posesiones a ambos lados del Pirineo, pero la influencia disgregadora de los Pirineos favorece el esfuerzo franco por desbaratarlo y tiene que replegarse sobre la Península, en donde continuó la obra unificadora de Roma, quedando definitivamente establecida la monarquía visigoda en Hispania.

Para entender bien este período de nuestra Historia, conviene recordar que al romperse la unidad política del Imperio romano se disgregó el sistema geopolítico que Roma había establecido para dominar en el Mediterráneo occidental. Los pueblos que contribuyeron a destruir el Imperio quisieron luego rehacer ese dominio. Los vándalos imitaron a Cartago, y en el siglo V dominaron en Túnez y en varios puntos de las costas, logrando incluir en su sistema geopolítico a las islas Baleares.

Durante el siglo VI hubo un intento de dominio del Mediterráneo occidental por los bizantinos, que, llamados por Atanagildo, vinieron a nuestra Península y se establecieron en las costas y condominaron en los estrechos Sicilia-Cerdeña-Baleares; consolidaron su dominio oriental en nuestras aguas mediterráneas.

La monarquía visigoda llegó a su consolidación cuando logró el trono Leovigildo, que, con visión certera, puso todo su empeño en lograr la unidad territorial del reino, y lo consiguió, pero no tuvo la misma suerte en cuanto a la unidad religiosa. El arrianismo de los visigodos no podía constituir unidad entre los hispanogodos, porque el catolicismo había pasado ya a formar parte de la vida espiritual de España, y no era posible más unidad entre los habitantes de la Península que aquella que pudiera lograrse a base de la fe de Cristo. Por consiguiente, ni los halagos ni las persecuciones fueron suficientes para imponer el arrianismo, y Leovigildo fracasó. Había conseguido la unidad de las tierras, pero no la unidad entre los hombres.

Fue precisamente su hijo Recaredo, que le sucedió en el reino, quien, el día 8 de mayo de 589, en el tercer Concilio de Toledo, pronunció estas palabras: «Presente está aquí la inclita raza de los godos, la cual, puesta de acuerdo conmigo, entra en la Comunión de la Iglesia católica, siendo recibida por ella con cariño maternal y entrañas de misericordia; es mi deseo que, así como estos pueblos han abrazado la fe por nuestros cuidados, así permanezcan firmes y constantes en la misma». Fue el primer monarca que usó cetro, corona y manto real.

El artífice de la unidad religiosa había sido San Leandro, y en el año 633 otro obispo, San Isidoro, consiguió que el Concilio decretase la unificación de la liturgia, porque «es conveniente que los que están cobijados bajo un solo reino oren con un mismo rito».

También en otros Concilios se logró la identificación del Derecho con la promulgación del *Liber Iudiciorum*, convirtiéndolo, de personal que había sido hasta entonces, en territorial, es decir, que las leyes obligasen a las personas no según su nacimiento o clase social, sino según el territorio en que residían.

Quedaba así constituida la monarquía gótica con la triple unidad: territorial, religiosa y legal. Podía considerarse como símbolo de la futura unidad española, lograda en su día por los Reyes Católicos.

Esta monarquía tenía su corte en Toledo. «La gran fortaleza natural de esta ciudad y su posición en el centro de España fueron decisivas para fijar allí la corte.» El reino godo carecía de unidad moral, y ésa va a recibirla del influjo de la Iglesia. Toledo ha sido la ciudad de los Concilios, especialmente durante el siglo VII, y el Concilio se hizo un órgano de gobierno, necesario para la Iglesia y el Estado godo.

Pero la división de los godorromanos en partidos y las luchas intestinas consiguieron esterilizar los esfuerzos realizados en favor de la unidad, y la penetración de los africanos en el siglo VII encontró como adversario un pueblo

dividido, que fué arrollado fácilmente, después de doscientos noventa y tres años de existencia.

Aquella unidad territorial lograda con Leovigildo y la unidad religiosa iniciada por Recaredo, así como la unidad legislativa, no consiguieron una verdadera unidad en el hombre, porque los principios religiosos no habían creado la uni-

dad moral interior necesaria para desafiar toda clase de luchas, careciendo, por lo tanto, de base la unidad patria. Cierta es que algunos llegaron a sentirla, pero la tendencia disgregadora se sobrepuso, y los godos fueron vencidos, aunque quedaba una excelente experiencia hacia el Imperio, que algún día se había de lograr.

LECCIÓN VI

La invasión musulmana.—El sueño de un Imperio musulmán.—Aportaciones islámicas a España.

Se empezará la lección ante un gráfico que represente la Península Ibérica y el Norte de África, haciendo eje de la explicación el Estrecho de Gibraltar.

Debe hacerse alusión a los intentos de invasión árabe a las costas de España en tiempo del emperador Marco Aurelio, lo cual dió lugar a que se incorporasen a la provincia Bética varias ciudades africanas próximas al Estrecho. El intento se repitió durante el reinado del rey visigodo Wamba. África pertenecía a Bizancio, y de allí salió una escuadra dispuesta a desembarcar un ejército para conquistar España, pero fué derrotada por los visigodos.

Ahora se repitió el intento, y como consecuencia de la falta de unidad moral entre los hombres de España y de la ruina de la unidad política, representada por la monarquía visigótica, al producirse los intentos de invasión musulmana en la Península alcanzan pleno éxito.

Siguieron la misma línea geofísica de invasión que los iberos, los fenicios y los cartagineses: desde Oriente, por el Norte de África, atravesando el Estrecho, penetran en las costas del Sur de España.

Conviene recordar tres períodos de la vida árabe en España: desde el año 711 hasta la venida de Abderramán III, el califato español de Córdoba y los reinos de taifas.

Durante el primer período de la invasión, las luchas intestinas entre los propios invasores fa-

vorecieron la creación de pequeños reinos cristianos, diseminados en el Norte de la Península, tierras que los invasores jamás llegaron a dominar plenamente. En el año 713, Muza hizo proclamar en Toledo soberano de España al califa de Damasco. Y España otra vez, como en la época del Imperio romano, se convirtió en provincia de otro Imperio; ahora, del Imperio de Damasco, que era un Imperio oriental. En el año 740 alcanzó el dominio árabe su máxima extensión en la Península.

En 13 de septiembre del año 755 desembarcaba Abderramán en Almuñécar. Venía huyendo de una persecución de su país, producida por un cambio de dinastía. Al año siguiente entraba en Córdoba y comenzaba la creación del califato español, independiente de Damasco. «El ejército rifeño fué la espina dorsal de la dinastía omeya en España.»

Como la dominación árabe se prolongaba en España, se planteó a los mozárabes (católicos que se quedaron viviendo entre los árabes y tenían libertad religiosa, pudiendo celebrar culto en determinadas iglesias y hacer uso moderado de las campanas; también se permitieron determinados monasterios; tenían un magistrado especial y jueces y leyes propias, pero socialmente resultaban vejados y humillados) un serio problema. ¿Cuál debía ser su actitud ante el Poder constituido? Hubo distintos criterios y muchas luchas. Durante el reinado de Abderramán II, en

al siglo IX, el obispo de Córdoba, Recaredo, sostenía que debía acatarse. Contra este parecer se alzaron San Eulogio, su amigo Alvaro de Córdoba y el abad Sansón, para evitar que se extinguiese en los mozárabes el fervor que les llevaba a querer reivindicar, además de la fe, el suelo patrio y el gobierno de la nación. Querían evitar que España se separase para siempre de la cultura y civilización europeas, que eran romanas principalmente, para lo cual era preciso evitar que se consolidase en España el mahometismo y España dejara para siempre de ser católica. Consecuencia de esa actitud fueron una serie de persecuciones y martirios de impercedera memoria. Gracias a esta actitud de intransigencia no somos hoy musulmanes ni africanos.

Varias ciudades, con motivo de las luchas cristianas, se habían separado del dominio árabe; pero Abderramán III restableció la unidad reconquistando el Imperio musulmán español, Toledo, Badajoz y Aragón; se hizo dar el título de califa y dejó a los cristianos en la frontera del Duero y del Ebro. Fué además, verdaderamente, rey de Marruecos y de casi toda Argelia. Melilla, Ceuta y Tánger fueron convertidas en ciudades andaluzas. Como consecuencia de tal extensión, el califato de Córdoba llegaba desde el Atlántico hasta la frontera tunecina, y la civilización andaluza penetró en el Africa del Norte.

El partido medinés destronó a la dinastía omeya, que gobernaba en España, y en tiempo de Hixem II, su jefe militar, Almanzor, con berberiscos y eslavos en su ejército, se lanzó a una campaña, que no resultó de conquista, sino de devastación, por toda la Península, atacando a todos los reinos cristianos; pero fué derrotado en la batalla de Calatañazor por los ejércitos de los castellanos, los leoneses y los navarros unidos, señalando el comienzo de la decadencia musulmana en la Península. Se entronizó más tarde otra dinastía, que era africana, a la cual perteneció Hixem III, pero ni con su prestigio consiguió restablecer el orden. Su destronamiento en 1031 señala el fin de la unidad musulmana

en la Península y el de su preponderancia en España.

Después comienza el tercer período con los reinos de taifas, que representan el triunfo de lo vario sobre lo uno y son símbolo de ruina.

El califato de Córdoba «fué una monarquía española que tenía su base en Andalucía en vez de tenerla en Castilla», pero el Estado no era español, era asiático, oriental; por eso representa el último momento histórico de la influencia siria en la Península, que había durado ya quinientos años. «El califato cordobés había sido no el momento, pero sí uno de los grandes momentos universales, imperiales. En Córdoba tuvo su centro un Imperio español, que, a no haber tenido una entraña falsa —no española—, pudiera haber sido ya nuestra fórmula definitiva», afirma Antonio Tovar.

El califato de Córdoba comprendía dos zonas: la civil, zona andaluza orientalizada, y la urbana, dividida en provincias; eran: Elvira, Sevilla, Jaén, Murcia, Sidonia, Málaga, Córdoba, Niebla, Pechina y Alicante. Las regiones militares eran tres: Zaragoza, Medinaceli y Coimbra.

Se presentará un gráfico del Imperio cordobés extendido a ambos lados del Estrecho, correspondiente a la época de Abderramán III y Alhaquem II.

En esta época el Mar Mediterráneo fué un mar musulmán, como herederos que eran los pueblos árabes de los púnicos.

En el primer período la construcción árabe fracasó por desplazar la capitalidad fuera del territorio de la Península. Y en el segundo, por haber intentado crear una organización política sin la unidad moral del hombre, representada por el cristianismo, que ya por obra de los hispanogodos se había convertido en la esencia del espíritu nacional. Y en la caída arrastró casi todos los elementos orientalizadores, que ya no volvieron a España.

Las aportaciones islámicas fueron múltiples y valiosas; desde el perfeccionamiento agrícola hasta la creación de un arte propio. Sobresalie-

ron españoles, mozárabes, en todas las manifestaciones del saber: arquitectos, escritores, filósofos, que fueron creadores de una cultura cordobesa que se extendió a los reinos cristianos de

la Península, que, a través de la escuela de Toledo, reveló a toda Europa un mundo desconocido y conservado por Alhaquem II, así como el mundo griego.

LECCIÓN VII

La resistencia. — Mozárabes. — La reconquista. Sus núcleos y proyección para el porvenir. — La línea «legítima goda».

Dada la rapidez con que se desarrolló la invasión árabe, se formó en los hispanogodos la conciencia de que la ayuda más poderosa para vencer a aquellas gentes había de venir de Dios, y se refugiaron en las montañas de Asturias, en los Picos de Europa y en la falda de los Pirineos orientales para defender el suelo patrio, la catolicidad; y así empieza la resistencia.

En Asturias se estableció el reino de los godos, considerado como una continuación del de Toledo. Pelayo fué el primer rey, y derrotó a los musulmanes en la batalla de Covadonga, en el año 718. Quedando demostrado que, a pesar de la fortaleza árabe, los conquistadores podían ser vencidos. Animados por creer la batalla obra de la intercesión de la Virgen, organizaron el reino y prosiguieron las luchas.

Acerca del origen de don Pelayo hay muchas versiones, pero la más autorizada nos lleva a la creencia de que la resistencia frente a los musulmanes fué organizada por los nobles señores hispanogodos que no se sometieron a los conquistadores, por lo cual la reconquista cristiana es la continuación de la línea «legítima goda», representando la continuidad cristiana en la línea de gobierno de los nacionales. Así como hemos visto que a la organización musulmana de la Península le faltó el espíritu cristiano que constituyera la unidad moral de los hombres, no fué porque ese espíritu se hubiera perdido, sino porque se conservó por los hispanogodos que se refugiaron en las breñas de las montañas. La Re-

conquista es la continuadora del reino hispanogodo de Toledo.

Los mozárabes, que ya hemos conocido en la lección anterior, dentro de la España musulmana, especialmente en su primer período como provincia del Imperio de Damasco, y aun después en el Imperio español de Córdoba, representaban la resistencia entre los invasores, y llegaron a tener organización militar y ganar batallas al propio Imperio de Córdoba; una magnífica floración de ese movimiento la tenemos en San Eulogio de Córdoba, y gracias a aquel movimiento interior dentro del Imperio no se perdieron del todo las creencias, no se interrumpió la continuidad de la Iglesia y pudo conservarse, más o menos viva, la fe. De modo que la reconquista se vió apoyada por la resistencia interior, que no dejó momento de reposo a los ocupantes, y la resistencia exterior pudo progresar en sus primeros tiempos gracias a las luchas entre los propios invasores.

El reino de Asturias tuvo su capital en Oviedo; conquistó luego Galicia, y en tiempo de Ordoño II se trasladó la corte a León, y en lo sucesivo se llamó el reino de León.

Para defender las fronteras avanzadas del reino, los monarcas fundaban castillos, defendidos por condes, que venían a ser a modo de líneas de choque, y eran los que avanzaban y retrocedían según los empujes; allí se albergaban las mejores tropas y los hombres más templados. De uno de estos castillos nació el potente reino

que encontraremos más adelante, asumiendo el papel de director de la política nacional.

La reconquista oriental es más moderna: los primeros núcleos, de Este a Oeste, son: Navarra, Aragón, Sobrarbe, Ribagorza, Pallars, Urgel y Barcelona. Su vida fué difícil, por encontrarse entre los francos y los musulmanes y constituir, por tanto, una fuerza de choque que pasaba de uno a otro reino, y fué necesario que lograra una fortaleza seria para poderse hacer independiente de los francos y resistir a los musulmanes.

Los condados de Sobrarbe, Ribagorza, Pallars, Urgel y Cerdeña lograron hacerse independientes de los francos a fines del siglo IX, pero fueron absorbidos por Sancho el Mayor de Navarra, y en 1037 pasaron a depender definitivamente de Aragón.

El reino de Navarra, hasta que lo logró su gran rey Sancho el Mayor en 1035, no entró de lleno como elemento de primer orden en la vida de la reconquista, y se constituyó en aquella época en el centro cristiano más poderoso de la Península.

Del condado de Aragón tampoco tenemos noticias fidedignas hasta mediados del siglo IX.

Por lo tanto, durante la invasión musulmana de la Península vemos la convivencia permanente de dos modos de vida, con dos creencias y dos organizaciones: la mahometana del invasor y la cristiana, representada por la línea legítima e hispanogoda.

Después de las primeras luchas, el dominio

musulmán tendió a estabilizarse en una zona de máximo interés económico y político.

Del siglo VIII, al que comprende los dos primeros períodos de la dominación musulmana, el sujeto político más importante de la Península fué el Califato, y los reinos cristianos se encontraron en situaciones verdaderamente difíciles y heroicas, y sólo consiguieron llegar hasta el Duero como frontera estabilizada.

La caída del Califato español de Córdoba, en 1031, coincidió con Fernando I de Castilla; señala el cambio de sujeto histórico en la Península, pues a partir de ese momento histórico, los reinos cristianos pasaron al elemento más importante, y, además, representarán el único camino posible hacia la unidad, constituida a base de la fe cristiana y con la organización política continuadora de la monarquía visigoda de Toledo.

Dejamos la Historia alrededor de mediados del siglo XI. Y dos grandes proyecciones cristianas: la del reino de León, que avanza hacia el sur y las de Navarra y Cataluña, que se dirigen hacia el Ebro.

(Conviene presentar un gráfico en el cual se vea claramente el movimiento de oscilación de las fronteras españolas del Pirineo oriental hasta consolidarse los reinos cristianos españoles, y luego la frontera interior, entre el reino musulmán y el español, para dejarla consolidada en la línea del Duero. Pudiendo apreciar de este modo el cambio de sujeto histórico alrededor del siglo XI.)

LECCIÓN VIII

Castilla.—Fernán González.—Sentido de unidad.

Leyenda del Cid y de Bernardo del Carpio.

El empuje de las armas cristianas iba arrebatando cada día nuevas tierras a los moros. El primitivo reino de Asturias, desbordando de las montañas, ganaba posesiones por la llanura con una fuerza de expansión incontenible, no obs-

tante la tenacidad con que los musulmanes defendían a punta de lanza sus conquistas en Iberia.

Durante el último tercio del siglo IX, las vanguardias de la cruz, atravesando el Ebro, desde

Siero a Lantarón, establecieron una línea de fortalezas-castillos que daban nombre a una región todavía despoblada y amenazada de incursiones enemigas. Más adelante, las luchas intestinas que debilitaban el Califato de Córdoba, permitieron a los monarcas leoneses ensanchar el territorio hasta el Arlanzón, concediendo privilegios, fueros y franquicias que facilitaron la repoblación rural y la creación de núcleos urbanos. Asturianos, leoneses y cántabros se asentaron en los nuevos territorios, mezclándose a los mozárabes, que después de haber resistido al yugo invasor sin abjurar de su fe ni contaminar su sangre hispano visigótica, acogieron con júbilo y orgullo las banderas de su estirpe. Castilla era pobre y áspera, y sus gentes, curtidas en la resistencia, desconocían el refinamiento de la civilización cordobesa, arriscados en una austeridad campesina. Los reyes de León enviaron por gobernadores y jueces a León Calvo y Nuño Rasura, quienes supieron conservar intactas las virtudes raciales e inculcar a los castellanos otra nueva: la lealtad a la corona, que algunos años más tarde las vicisitudes políticas del reino leonés —muerte de Ordoño III y rebelión de Galicia, ataques de los monarcas e insurrecciones de los cántabros— pusieron a prueba Castilla, al mando del conde Rodrigo, sostuvo los derechos de Alfonso III el Magno frente a todos sus enemigos. Al morir este conde, el rey, agradecido, pero temeroso de la expansión de Castilla, trató de contenerla cortando su independencia y nombrando condes más de su confianza que bienquistos del país, para las diversas comarcas, con la esperanza de que de la división surgieran banderías más fáciles de dominar que no de la conciencia unitaria característica de los castellanos.

Hacia el año 925 es nombrado por el rey de León conde de Castilla Fernando Ansúrez, representante personal del monarca centralizador. El conde trata de imponer la legislación leonesa y su dominio a los castellanos agrupados en torno de un caballero de la casa de Lara, Fernán González, descendiente de los buenos jueces que representaban la Castilla unida frente a los mo-

ros y defensora celosa de sus privilegios y leyes autónomas.

Destronado en León Alfonso III, sus sucesores se lanzan a una guerra civil en la que juegan los más torpes intereses. Alfonso IV, hijo de Ordoño II, que ordenara una matanza de caballeros castellanos en Tejares, hereda la corona, que abandona pronto para entrar en religión. Pero cansado pronto del claustro cuelga los hábitos y vuelve a proclamarse rey, tratando de despojar a su hermano Ramiro II, ocupado en guerrear a favor de los moros contra las huestes califales. Los castellanos evitan mezclarse en la contienda, pues recelan igual de Alfonso que de Ramiro. Vencedor éste, manda sacar los ojos a su rival y a algunos de sus familiares y trata de congraciarse con Castilla, deponiendo a Fernando Ansúrez y nombrando conde a Fernán González, quien le garantiza la lealtad de Castilla si se respetan sus leyes y costumbres. Ramiro II lo promete, y ayudado por los castellanos triunfa sobre la morisca en las batallas de Simancas y Alhandega, con las que Castilla se ensancha hasta el Duero. Fernán González, «que parecía un famoso castillo», interviene en cien combates por su rey, ganando la fama difícil del héroe que cantará la crónica y la epopeya. Esta fama, lógicamente alarma al rey de León, quien recela —no sin fundamento— del nuevo título de conde de toda Castilla, que, «por la gracia de Dios» ha tomado Fernán González, aboliendo los demás usados por otros señores, aun cuando siempre lo utilice «bajo el imperio» de Ramiro. Fernán González se siente llamado —siente llamada a Castilla— a continuar la Reconquista, que parece cansar ya a los leoneses. Para ello necesita consolidar la independencia de su condado y crear en él una dinastía de su sangre, deseos que bullen en la sangre de sus vasallos.

El receloso Ramiro llama a León al conde, quien se niega a acudir. Es el primer síntoma de rebelión en 944. Ramiro nombra un nuevo conde: Assur Fernández. Fernán González se retira al Arlanzón dispuesto a emprender la guerra. No se sabe por qué causa —derrota, em-

boscada o traición—, Fernán González cayó en manos del rey, quien le encarceló, confiscándole sus bienes. En 945 la condesa —hermana de la reina— consigue autorización para visitarle, y en la visita cambia de ropas con él para facilitarle la fuga. El rey no se irrita demasiado, quizá por darse cuenta con fino instinto político de que no se puede evitar lo inevitable— y accede a perdonarle previo juramento de fidelidad y obediencia, de renunciar a todos sus bienes y de darle a su hija doña Urraca para esposa del heredero del trono, Ordoño. Fernán González jura y se somete con gran disgusto de los castellanos, quienes, sin embargo, acatan la decisión de su caudillo, salvo contados díscolos y arrebatados. La prudencia con que Fernán González concilia sus juramentos con el interés por su pueblo, consigue la destitución de Assur Fernández primero, y más tarde el mando del ejército unido de León y Castilla para una expedición contra los moros en la que llegan hasta Talavera. Poco después murió Ramiro (951) y Fernán González —desligado de su juramento— se erige en conde de Castilla, independiente de hecho, aun cuando conserva una apariencia de sumisión al rey de León, su yerno. Gozando de un prestigio inmenso no sólo en Castilla, sino en León, Navarra y en tierras de moros, el conde se convierte en árbitro de la política peninsular. Unas veces con las armas, otras con la diplomacia, Fernán González impone su criterio a todos los demás, desplegando una actividad y una inteligencia prodigiosas. Sin embargo, en la batalla de Cirneña los navarros le derrotaron e hicieron prisionero en una fortaleza. El califa lo reclama y es entonces cuando los reinos cristianos —cuyos monarcas están emparentados con el conde— comprenden la magnitud de su figura. No obstante, el temor de unos y otros le retienen preso. Los castellanos se deciden a salir a rescatarlo de grado o por fuerza y el rey de Navarra cede y le devuelve la libertad.

Una vez libre trata de formar un gran ejército contra los moros, cada vez más arrogantes

en vista de las diferencias de las cristiones. Pero ni Navarra, ni León ni Cataluña se deciden a emprender la cruzada, prefiriendo concertar pactos. Fernán González, solo, continúa luchando hasta su muerte en 970, venerado y seguido por su pueblo castellano, al que ha sabido dotar de sentido jerárquico, de unidad de las tierras, los hombres y los ideales que serán pronto el núcleo de la unidad de destino española. Castilla, creada por Dios y puesta en pie por Fernán González, llevaba en el paisaje absoluto y en el alma heroica y generosa —«que se niega a sí misma y no se fija en dónde concluye, tal vez porque no concluye ni a lo ancho ni a lo alto»— el entendimiento de lo universal, que es la raíz del Imperio.

La idea de Fernán González se completa medio siglo más tarde, por Fernando I el Magno, primer rey de Castilla, que ciñe también la corona de León y aspira a la de Navarra, unificando la Iglesia, las leyes, las tierras, la moral, la disciplina e incluso el idioma. A partir de Fernando I —y no obstante la grandeza adquirida por Aragón— Castilla es la piedra angular de la unidad nacional de España.

Fernán González, con Bernardo del Carpio antes y Rodrigo Díaz de Vivar después, son los tres héroes populares de la Edad Media que llenan con sus gestas los romanceros y los cantares épicos. En los tres alienta un mismo espíritu nacional, un idéntico temple guerrero y una misma idea política.

Bernardo del Carpio es el primer paladín que tiene España frente a las ambiciones e intrigas ultrapirenaicas. Hijo del conde de Saldaña y de la infanta doña Ximena, hermana del rey Alfonso el Casto de León, quien castigó a los amantes aprisionando al conde, enclaustrando a la infanta y educando en la corte a Bernardo, peleó junto a su tío contra los ejércitos de Carlomagno, que allá por el año 738 cruzaron el Pirineo, llegando hasta Zaragoza llamados por los moros de Cataluña para ayudarles en ciertas maquinaciones.

El emperador francés, «que es nube hincha

da de ambicioso viento», y solo contra España declarado, el orgulloso brío de su estado», trató «con cautelosa maña» de engrandecer su imperio en la Península, creando provincias o marcas al lado de acá de los Pirineos, como las había creado más allá del Rhin. Pero sublevados los sajones, hubo de retirar sus huestes de España para trasladarlas a Alemania. Cuando el ejército en retirada enfilaba los desfileros de Roncesvalles, los españoles al mando de Bernardo del Carpio lo atacaron, dando muerte a la flor de los caballeros francos, entre los que figuraban Rolando y los Doce Pares de Francia. El Romancero inmortalizó el suceso en estos dos versos famosos que jamás pierden actualidad:

*Mala la hubisteis, franceses
en esa de Roncesvalles...*

La leyenda —o la historia— de Bernardo del Carpio expresa el amor a la independencia de los españoles.

Como más tarde sus compatriotas de 1808, Bernardo pide a los leoneses «que se precien de hijosdalgo».

*No consintáis que extranjeros
hoy vengan a engañarnos,
y mañana vuestros hijos
sean de Francia un pedazo.*

Lo que demuestra que la constante historia de nuestro recelo ante el francés es un sentimiento instintivo y tradicional de la sangre ibérica.

El Cid, siglos más tarde, descendiente de Laín Calvo, simbolizará cuanto de lealtad, de honor y de bravura hay en el alma de Castilla y su espíritu revolucionario frente al tradicionalismo gótico leonés; cuanto existe de auténticamente democrático en su nobleza, patriarcal, tan alejada del feudalismo como de la cortezanía, verdadero lazo de unión entre la plebe

y el monarca; nobleza que podemos llamar «nacional», mejor que aristocrática, por el sentido que imprime a su actuación, dispuesta siempre a todos los sacrificios por su patria y su rey.

El Cid descendía de Laín Calvo, y probablemente de Fernán González. Su historia es un ejemplo de decoro ciudadano, desde que combate por su rey don Sancho en Toro y en Zamora hasta que muere en Valencia; desde que para ser leal al nuevo rey don Alfonso VI, al morir don Sancho, le pide juramento de no haber intervenido en la muerte de su señor, hasta que acepta el rigor de un destierro injusto sin protesta, aplacando el clamor del pueblo que le adora y grita:

¡Dios, qué buen vasallo, si hubiese buen señor!

Desde que renuncia al fuero del vasallo a combatir al rey, que le destierra, hasta al enviar su pleitesía de cien caballos ganados en Zaragoza al monarca rencoroso; desde que vaga errante y misero hasta que ofrece su tizona al rey derrotado por los almorávides; desde que el rey le abraza hasta que nuevamente le destierra sin aceptar su defensa. En el ánimo del Cid no cabe rencor, ni recelo, ni vanidad. Cumple su misión de cristiano, castellano y soldado, sin pensar jamás en el lucro del botín o el goce del desquite, sino en que realiza una empresa nacional. Sobrio, justo, generoso en todo momento, rehuye las voces que le incitan a la rebeldía o a la traición al rey, a quien ofrece una lealtad sin adulación, no obstante los recelos y persecuciones de que le hace víctima. Junto al Cid va el pueblo llano, y de su lado se aparta la nobleza feudal. Como ha dicho Raimundo Fernández Cuesta, el Cid es síntesis del alma de Castilla, porque todas las facetas de su temperamento «las pone al servicio de un ideal superior, sin un criterio mezquino y localista, sino amplio y español».

Quinto curso

LECCIÓN V

*Presencia de España en la época germánica.—
Los Códigos.—La Iglesia.—San Isidoro.—La es-
cuela de San Isidoro.*

Los germanos, particularmente los godos, representan en un primer momento para España a un factor de disolución y destrucción. Pero bien pronto vienen a ser lo contrario. Deshecha la sociedad romana, ellos vertebran a nuestro pueblo, le proporcionan cuadros de mando, políticos y militares —de donde se enorgullecerá de descender luego la clase dirigente de la Reconquista y aun del Imperio—, y al integrarse con la Iglesia católica no sólo realiza la unidad religiosa —primera base de una unanimidad nacional—, sino se salva el antiguo patrimonio cultural. Destruídos los reinos secundarios (suevos, etc.), y eliminada la intrusión bizantina, se logra —en la época isidoriana y postisidoriana hasta Witiza— una presencia, si no imperial, sí «nacional» de España en el mundo de entonces.

La desgracia fué que las clases dirigentes no se lograsen identificar plenamente con el pueblo. Pero tan insensato como caer en un «racismo germánico» sería el menospreciar el poder del elemento visigodo en la historia de España. Y aún más tarde —a lo largo de toda la llamada Edad Media e incluso con el fecundo injerto alemán de Carlos I—, la clase dirigente española recibirá refuerzos valiosos —sabida es la indudable aptitud de mando de tales estirpes— de este tronco racial. La superstición nobiliaria de descender de los godos no es ninguna necesidad; representa una oscura conciencia del carácter fundacional, educador y dirigente que estas estirpes han representado siempre en la historia.

A su vez, los pueblos germanos recibieron de España una parte de la antigua cultura a través del isidorianismo; la integración de virtu-

des, complementarias de las suyas propias, y en el caso de los godos y aun en otros muchos el beneficio inapreciable de su incorporación a la cristiandad católica. Y aun hoy, si gran parte de las estirpes suralemanas, flamenconeorlandesas, etc., se mantienen católicas, si desde allí ha podido partir una cierta recuperación católica —o al menos cristiana— sobre otros pueblos, se debe a la obra de nuestros siglos imperiales.

Esta integración de las dos culturas, la germánica y la hispana, es tan total, que no podemos hablar en esta época más que de una sola cultura, la hispanovisigoda, de la cual es su representante máximo San Isidoro de Sevilla.

La cultura hispanovisigoda adquiere una gran importancia, y entre sus representantes más importantes se encuentran San Isidoro. En su juventud fué monje, y por su virtud y ciencia fué elevado a la silla metropolitana de su villa.

San Isidoro es el talento enciclopédico que resumió todo el saber de su tiempo en su famosa obra llamada *Las etimologías*, que era el compendio de todo cuanto quedaba de la antigua sabiduría de griegos y romanos.

San Isidoro sintió a España como a una patria única e inconfundible, y en su obra, magnífica de expansión universal, dió el verdadero sentido imperial a la España goda.

Toda la cultura de esta época se funda en la antigua civilización romana, y la representante y heredera de las enseñanzas clásicas fué la Iglesia; porque a ella pertenecía la mayor parte de cultivadores de ciencias y artes. La enseñanza tenía un carácter eclesiástico, y se daba en los monasterios y catedrales, y de ello es buena prueba la llamada «Escuela de San Isidoro».

LECCIÓN VI

El Islam español en el mundo islámico.—España como transmisora de lo oriental al mundo cristiano.

El paso de España por el mundo islámico, y de éste por España, no puede compararse en trascendencia al de Roma del Cristianismo, ni aun de los germanos.

El Islam fué sentido por España como un cuerpo extraño, al que había que expulsar, lo que se logró finalmente.

Pero si esto es cierto, y si los aportes islámicos a la cultura y la vida española, ya en forma de huellas —arte hispanomusulmán—, ya de instituciones, palabras o técnicas aún vivientes, han sido a menudo exagerados —pues casi todo lo que solemos creer a menudo aportación islámica es mera transmisión o fondo común prehistórico, o bien —contra lo comúnmente opinado— aportación española al Islam—, no es menos cierto que tales aportaciones existen y son valiosas e importantes.

Sin embargo, mucho más decisivos son estos tres hechos:

1. Que España fué uno de los hogares más fecundos del Islam, lo que indica que el Islam debe mucho más a España que ésta a aquél.

2. Que la larga convivencia, las huellas antes dichas, cierto fondo común anterior, la gran aportación de España a la cultura islámica e incluso la geografía hacen a España más apta que a otros pueblos para actuar de enlace entre el mundo europeo y el musulmán.

3. Que de la colaboración entre los pueblos español e islámico —siempre salvando cada uno su personalidad— se han seguido ya otras veces grandes bienes (transmisión de la cultura oriental a Europa, mudejarismo, etc.), y pueden seguirse para el porvenir.

El Califato cordobés ha sido, no «el momento», pero sí uno de los grandes momentos universales, imperiales. En Córdoba tuvo su centro un Imperio español, que, de no haber tenido una entraña falsa, no española, pudiera haber sido nuestra fórmula definitiva.

La cultura árabe, lo mismo que sucedió en la época anterior con la cultura germana, debe llamarse realmente cultura hispanoarábica, porque sólo pudo realizarse gracias a la base profundamente española y romana.

LECCIÓN VII

España en la cristiandad medieval.—El camino de Santiago.—Los monjes.—La Iglesia y la escuela de traductores.

El Imperio romano había constituido en torno al Mediterráneo un núcleo superior de cultura, pero se hallaba rodeado de masas enormes de pueblos bárbaros, y, a raíz del triunfo oficial del Cristianismo, la época romanocristiana presencia las grandes invasiones. Estos trastornos de población terminan con la expansión en el sur de los nómadas semitas de Arabia, fe-

nómeno más decisivo que los otros, ya que mientras unos absorbieron el Imperio que invadían, los árabes impusieron en las tierras conquistadas la religión y el idioma del desierto, y constituyeron el gran Imperio omeya, completo ya hacia el año 715. El Mare nostrum, centro del mundo antiguo, pierde este carácter para convertirse en frontera divisoria disputada por

los dos nuevos mundos que nacen en el siglo VII. Podemos decir que la Edad Media es una época esencialmente cristianoislámica.

Ahora bien: España, invadida por el Islam, no hacía un papel extraño en la Edad Media del mundo europeo, sino por el contrario, un papel eminente como país de superposición de las dos grandes culturas que luchaban contra el Mediterráneo. Así vemos a nuestros sabios y a nuestros hombres intervenir en Europa, tanto en lo referente a la cultura como en el aspecto religioso, siendo, además, España, cuna de grandes Papas. Muestra de ello es Silvestre II, que si no nacido, fué educado; cuando era un simple monje, en el condado de Urgel.

El camino de Santiago.—Tenían en la Edad Media una gran importancia las peregrinaciones a lugares sagrados, y, entre éstos, uno de los más concurridos fué Santiago de Compostela.

Desde el descubrimiento del cuerpo del Apóstol se inició una corriente europea que visitaba en peregrinación dicho lugar. Ya en el siglo IX eran numerosos los peregrinos que acudían a Santiago, y éstos fueron aumentando en los siglos X y XI en número y en importancia. En el año 1122 concedió el Papa la fiesta llamada el Jubileo, que se había de celebrar los años que el día del Santo cayese en domingo. Con ello aumentó el número de peregrinos, cada vez más, habiendo, por esta causa un continuo intercambio de influencias, ya que venían gentes de todas partes de Europa. El viaje duraba trece jornadas, pero esto solamente para las gentes acomodadas y que, por lo tanto, podían llevar buenas monturas, porque si iban a pie tardaban mucho más. La entrada a la Península por los Pirineos era por cuatro caminos distintos. Los tres primeros los seguían del nordeste, norte y noroeste de Francia, y transponían la frontera por el puerto de Roncesvalles. La cuarta vía procedía del sureste de Francia, y, recogiendo a los peregrinos que venían de Italia y del sur de Alemania, entraban en España por el desfiladero de Canfranc. Estos dos

caminos se unían, en la villa de Navarra, al Puente de la Reina. Desde aquí, teniendo por etapas principales Burgos y León, llegaban a Compostela. Aunque en los primeros tiempos estuvieron estos caminantes muy abandonados, más tarde los reyes y las personas caritativas se preocuparon de colocar de sitio en sitio hospitales y asilos, y al propio tiempo se trató de asegurar la vida e intereses de los que viajaban contra los ataques de saltadores, que, aun a mediados del siglo XV, detuvieron y robaron a dos embajadores de Fernando III de Alemania.

Ya en Santiago, los peregrinos se detenían ante el Pórtico de la Gloria y empezaba la recepción en la iglesia. Por último, antes de salir de Santiago se procuraban las simbólicas conchas o las medallas que atestiguaban el viaje, y con ellas adornaban la esclavina o el sombrero.

Esta peregrinación a Santiago, elemento poderoso para el intercambio entre España y Europa, puede ser comparado a las peregrinaciones que se hacían en sentido diametralmente opuestas a los Santos Lugares.

Los monjes.—Ya desde los primeros tiempos de la Reconquista empiezan a fundarse monasterios, los cuales fueron un elemento auxiliar de la población. Nacieron, por lo general, los monasterios por donaciones de los reyes o ricos hombres concedidas a la Iglesia, y allí, en la soledad de su *scriptorium* conventual se conservó toda la ciencia y las artes, monumentos escritos que, a causa de las invasiones, estaban llamados a desaparecer; la labor lenta, paulatina de los monjes, que copiaban y guardaban cuantos manuscritos hallaban a su alcance, ha sido un potente vehículo de transmisión entre nosotros de las culturas antiguas allí conservadas.

Aunque en los comienzos de la Reconquista el espíritu religioso fuera ajeno al espíritu de los conquistadores, posteriormente se operó un cambio, y el ideal religioso fué uno de los más poderosos animadores de la Reconquista, pu-

diendo afirmarse que toda la obra está impregnada de aquel espíritu, y que tanto por liberar la Patria de la dominación extranjera se luchaba por ganar nuevas tierras a la fe cristiana.

La Iglesia.—Al invadir la Península los musulmanes, una gran parte de la población hispanogoda se sometió a los vencedores, y continuó en la posesión de sus bienes y en la práctica de sus costumbres y de su religión. Estos cristianos sometidos recibieron el nombre de mozárabes, los cuales practicaban sus cultos y celebraban sus solemnidades religiosas. Entre ellos se conservó la jerarquía, la disciplina y las diócesis como en los principios del siglo VIII. Su situación empeoró durante la caída del Califato, haciéndose verdaderamente angustiosa en los días de la dominación almorávide y almohade. Grandes masas emigraron entonces hacia los reinos cristianos del norte.

Las bases de la organización de la Iglesia hasta el siglo XI fueron las mismas que las de la época visigoda. Es una época en que no hay ninguna figura destacada; además, surgen en ella las herejías, contra las que se ha de luchar, como por ejemplo, la del adopcionismo. Sin embargo, hemos de hacer notar, en las luchas y en la defensa que se hizo, de los mártires a San Eulogio de Córdoba, que al fin cayó a su vez víctima del martirio, como tantos otros cristianos. La Iglesia, por la prudencia y la piedad de sus representantes y por su estrecha

relación con el Estado, ejerció una influencia poderosa en la vida social. La enseñanza y la beneficencia quedaron casi exclusivamente a su cargo.

Por la acción de la Iglesia se desterraron una serie de prácticas y costumbres bárbaras: se suavizó el procedimiento judicial, se desterró el derecho de venganza y se reglamentó y restringió el duelo privado.

La escuela de traductores.—Toledo y Sevilla fueron activos campos de penetración de la cultura musulmana. Se traducen activamente los textos árabes, siendo la labor allí realizada tan renovadora que, según Renán, esta introducción de los estudios árabes en los estudios occidentales divide la historia científica de la Edad Media en dos épocas completamente distintas.

De Toledo podemos decir que fué meridiano cultural para Occidente, como era meridiano geográfico. Allí el Rey Sabio trabajó intensamente entre sus clérigos, frailes y rabinos, y se cierra el período fecundo de estas Cortes impregnadas de la mayor de las culturas europeas y así toda la cultura occidental, fundamentalmente escolástica, no se puede comprender sin tener en cuenta este episodio esencial en la historia de esa escolástica: su avidéz para absorber la ciencia musulmana, y así vemos *La general historia*, de Alfonso X, que es la obra más grandiosa de aquel tiempo; además de utilizarla los autores latinos, la utilizan los árabes para su documentación.

LECCIÓN VIII

España en la Cristiandad medieval.—Las intervenciones en Europa.—La expansión mediterránea.—Las Cruzadas.

Al mismo tiempo que la Reconquista iba avanzando hacia el sur y los reinos cristianos se iban no sólo ensanchando, sino también consolidando como consecuencia de aquel poder

fuerte que ya se iniciaba, viene inmediatamente la proyección de España en el mundo; no nos contentamos con poseer solo nuestra Península; los reyes tienen relaciones con otros monar-

cas europeas, y tanto la corona de Castilla como la de Aragón, dejan en el exterior las huellas de su paso e influyen por doquiera que van.

Por su situación geográfica, son muy distintos los horizontes de ambas coronas. Aragón tiende la vista hacia el Este, y, por su situación, también el condado de Barcelona tiene gran intervención al sur de Francia, mientras Castilla mira hacia el Sur y el Oeste, e incluso por sus uniones matrimoniales, va más allá: interviene en el Imperio germánico y sus posesiones, y, por consiguiente, también en Italia.

En el condado de Barcelona, ya desde muy antiguo, hubo frecuentes relaciones matrimoniales entre las casas condales de ambas vertientes de la cordillera, así como pretensiones de dominio en tierras de la Galia meridional por parte de ciertos condes catalanes. A Ramón Berenguer I se debe principalmente la orientación de una política ultrapirenaica. Este no se contenta con casarse con una occitana, sino que trata de interesar a los señores feudales del sur de Francia en la política de la Reconquista, tratando de hacerles entrar en la órbita de su poder, mediante concesión de feudos, los cuales, además de sujetarlos a su dependencia, ligaban a los dos pueblos pirenaicos en intereses y empresas comunes. Esta política da como resultado que la herencia del conde de Carcasona recaiga sobre el conde catalán. Con esto se da el primer paso hacia la política de expansión occitana, que se continúa más tarde por los soberanos de Cataluña y Aragón. Ramón Berenguer III, por su boda con Dulce de Provenza, heredera de este condado, inicia también la política mediterránea, uniéndose artesanos y genoveses para realizar una expedición a las Baleares, la cual dió como resultado la conquista de Mallorca e Ibiza, conquista que tuvo consecuencias, pues con la invasión almorávide, el archipiélago pasó totalmente a posesión de los musulmanes.

Hemos visto, pues, cómo ya desde antes de la unión de Aragón y Cataluña se busca una expansión hacia el norte; la influencia arago-

nesa se ejercía en Toledo y la catalana sobre Provenza. A pesar de la oposición de Tolosa, las tierras del norte del Pirineo van entrando en la órbita aragonesa. Más tarde, el reino de Aragón se lanza a la política mediterránea, y en la tierra del Imperio de Oriente, en las fronteras de los turcos, luchaban los fieros catalanes. Las barras del escudo de Aragón están todavía en Rodas, en el sepulcro del maestre Juan Fernández de Heredia, como escritos de gestas aragonesas. Y así, en aquel 400, Aragón pone los cimientos del Imperio español en el mar Mediterráneo, en Italia. Por otra parte, en Castilla estaba latente la idea del Imperio, Imperio que se hubiera realizado plenamente si en aquellos momentos hubiese sido un hecho la unidad hispánica. Ya con Alfonso VI, y sobre todo, con Alfonso VII, llamado el Emperador, se caminaba hacia el Imperio. España, a pesar de no tener aún sus cosas liquidadas en el interior, ya se proyectaba hacia afuera. Más tarde, Alfonso X alegará sus derechos al Imperio romanogermánico para ser elegido emperador; por desgracia, fracasa. Este sueño del Imperio no se realizará hasta algunos siglos más tarde con nuestro Carlos I.

Intellectualmente, no es poca la influencia española en Europa; salen grandes hombres de las universidades, y también santos varones, cual fué el Papa Silvestre II.

España fué, pues, el primer país de Europa que, frente al teórico imperio germánico heredado por Carlo Magno de la Roma Imperial, y frente a las ambiciones de la Roma güelfa de los Papas, codiciosa de poder temporal, supo levantar la bandera de un imperio español.

Castilla, al final de la Edad Media, se ensaya para empresas imperiales y conquista, mar adentro, las Canarias.

Y así tiene por fuerza que llegar el momento en que Europa tenga que aclarar la crisis turbia del otoño de la Edad Media, y de la España anárquica del 400 surgirá de repente la unidad y la disciplina que la conducirán a la plenitud del Imperio.

La expansión mediterránea. — Los estados cristianos que van naciendo y formándose en las regiones montañosas del norte de nuestra Península, como núcleos de resistencia a la invasión islámica, van paulatinamente, pero firmemente, avanzando en la reconquista de los territorios patrios y, a la vez, concretándose los reinos, y así nacen Asturias, León, Castilla, etc. Mediante pactos y matrimonios, los reyes cristianos van caminando hacia la unidad, y llega un momento en que nos encontramos con que, aquella multitud de reinos cristianos, son ya sólo dos o tres: Castilla, Navarra y Aragón. Navarra, por su posición geográfica, y cerrada por el sur por los otros reinos cristianos, lanzó su política hacia el norte, hacia Francia; Castilla y Aragón siguen avanzando hacia el sur, hasta que el tratado de Cazorla (1179) entre Alfonso II de Aragón y Alfonso VII de Castilla, delimitan las zonas conquistadas de cada reino.

Con Jaime I el Conquistador se llega al límite que a la Corona de Aragón le había sido impuesto, siendo la consecuencia de este hecho la expansión mediterránea que forzosamente tiene que adoptar para su extensión la Corona de Aragón.

Se inicia esta política con la conquista de Mallorca por Jaime I. Desde entonces los reyes catalanoaragoneses intervienen en el Mediterráneo. Más tarde Pedro III el Grande es llamado por los sicilianos para que haga desalojar la isla a los franceses de Carlos de Anjou, ofreciéndole a Pedro la corona. Vence éste a los franceses, que se han de retirar, y, desde entonces, intervenimos en el reino de las dos Sicilias (que comprende Sicilia y el sur de Italia), posesión que es ya definitiva en tiempos de Alfonso V el Magnánimo, que conquista, además, el reino de Nápoles, empresa que significó la culminación del afianzamiento del poderío aragonés en sus posesiones del Mediterráneo occidental, conquista que se terminó en 1453.

El reino de Sicilia quedó como una avanzada para la expansión hacia Oriente. Opuesto a la expansión mediterránea oriental, estaba el

predominio turco. Cuando después de la caída de Constantinopla (1453) el Papa Calixto III predica una Cruzada, los Estados de Alfonso el Magnánimo coadyuvaron a ella.

Pero no se pararon aquí los aragoneses. Mucho más al Oriente, en Grecia, y en Constantinopla, la deslumbradora capital del potente imperio bizantino, estuvieron también los españoles. El Imperio latino de Constantinopla es una prueba de ello.

Fueron llamados por el emperador de Oriente, atacado por los turcos. Los soldados sicilianos, a raíz del pacto de 1302 que pacificaba las cuestiones entre españoles y franceses, estaban desocupados y allí acude con sus huestes de almogávares, Roger de Flor. El emperador concedióles una parte de la península de Asia Menor, para que fuera repartida entre los caballeros que iban al mando de la expedición. Gracias a la acción diplomática de Pedro IV, que fiel a su política anexionista consiguió atraerse a los naturales del país, éstos se decidieron a reconocer la soberanía de Aragón y reconocen así el hecho consumado del dominio catalanoaragonés, a base de los cuales pudieron formarse los ducados de Atenas y Neopatria.

El siglo y medio que duró el dominio de la Corona de Aragón en Grecia ofrece como resultado, aparte de ser una de las empresas más gloriosas que nuestros antepasados emprendieron, el revalorizar a los griegos, agrupándoles alrededor de Atenas y el dar a estas tierras la importancia que histórica y artísticamente merecían, según se desprende del interés y celo que manifiestan los monarcas acerca de todo lo que hacía referencia al pasado clásico de Atenas.

Las Cruzadas.—Las Cruzadas eran las expediciones de los cristianos de Occidente patrocinadas por la Iglesia, contra el Islam, concretamente para liberar de manos de los infieles el Santo Sepulcro.

Desde el siglo VIII, la Europa occidental siempre se mantuvo en lucha contra el Islam. España misma vivía siempre en guerra cons-

tante contra el infiel en su doble lucha, la reconquista del territorio patrio y con la característica de Cruzada, aunque sin carácter oficial, ya que era una empresa particular de la cristiana nobleza hispana. Sin embargo, a últimos del siglo XI, estas luchas revistieron totalmente el carácter de Cruzada, ya que la Iglesia, con Gregorio VII primero y Urbano VII, intervinieron en ella, protegiéndola. Participan, asimismo, caballeros franceses, debido al matrimonio de las hijas de Alfonso VI con Raimundo de Borgoña y Enrique de Lorena, que ayudaron a la toma de Toledo, por lo que se califica esta hazaña como la primera Cruzada de la Cristiandad.

España, como todos los pueblos mediterráneos, permanece en lucha constante contra el infiel, y esta tensión constante y esta lucha va a servir de adiestramiento a las Cruzadas, y,

aunque haya desaparecido el camino cristiano en Occidente, la Cristiandad continúa la ofensiva, porque son los dueños del mar latino y sus bases.

Más tarde, cuando la Iglesia organiza ya oficialmente las Cruzadas, recogiendo el anhelo entero de la cristiandad de aquella Europa ya plenamente fortalecida, España ocupa puesto preeminente en estas luchas, en esta empresa espiritual. En nuestra Patria se proyecta una empresa de este tipo para conquistar el Santo Sepulcro en tiempos de Jaime el Conquistador, compuesta por aragoneses, castellanos y catalanes, unidos en un afán común y superior, pero dicha empresa fracasa por adversidad del tiempo, teniendo la escuadra, que salía de Barcelona, que refugiarse al poco tiempo en las costas del sur de Francia, disuelta por una tempestad.

Sexto curso

LECCIÓN V

Doctrina y moral de la Falange.—Definiciones generales (publicada en noviembre de 1946, página 80).

LECCIÓN VI

Conceptos fundamentales.—España, como unidad de destino.—El hombre, como portador de valores eternos.

Los conceptos fundamentales de la doctrina de Falange son dos: el de que «España es una unidad de destino en lo universal»; y el de que afirma que «el hombre es portador de valores eternos».

España como unidad de destino.—José Antonio nos ha dicho que la «Patria no es el territorio ni la raza, sino la unidad de destino, orientada hacia su norte universal», que las patrias

son más que divisiones geográficas o raciales, entidades históricas a quienes Dios asignó misiones que cumplir en la Historia universal, y el cumplimiento de esta misión, de ese destino en lo universal, es lo que determina y justifica una formación y persistencia de una patria, el ascenso de un pueblo o nación, de tal manera, que «un pueblo no es nación por ninguna suerte de justificaciones físicas, colores y sabores

locales, sino por ser otro en lo universal, es decir: por tener un destino que no es el de las otras naciones». Así no todo pueblo ni todo agregado de pueblos es una nación, sino sólo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal.

De aquí que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad, de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico.

Y así España es nación porque es portadora de una unidad de destino, que no ha realizado por separado ninguno de los pueblos que la integran, sino que la han realizado todos los pueblos que la constituyen al unirse en una empresa común en la cual hallaron la justificación de su propia existencia:

Por eso, ser españoles quiere decir no el haber nacido en determinada parte del Globo, sino el estar llamados a cooperar en la empresa que realizó y que ha de realizar de nuevo España en la historia del mundo.

Esta empresa, este «destino de España» en lo universal, es aquel que cumplió durante la plenitud imperial comenzada en el reinado de los Reyes Católicos. Entonces, después de haber realizado la empresa universal de rechazar por Occidente el peligro islámico, «por su sentido de catolicidad, de universalidad, ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación»; e, inmediatamente, cuando la Reforma protestante rompió en Europa la unión de la Cristiandad, España fué la mantenedora de la tesis católica, al mismo tiempo que rechazaba, esta vez por mar, la invasión islámica.

España ha cumplido en su plenitud histórica y tendrá que volver a cumplir, si quiere justificar su persistencia, la misión de, propagar por el mundo la civilización cristiana, de sostener «la tesis católica de la unidad del género humano», de defender contra todos los enemigos la preeminencia de los valores espi-

rituales. Así que España es la Patria que tiene que llevar a cabo la misión más alta que puede darse en la Historia.

Y por todo eso, en los «puntos iniciales» de nuestra doctrina está claramente dicho que:

«España no es un territorio, ni un agregado de hombres y mujeres; España es ante todo una unidad de destino, una realidad histórica, una entidad verdadera en sí misma, que supo cumplir, y aún tendrá que cumplir, misiones universales.»

El hombre, portador de valores eternos.—El segundo concepto fundamental de nuestra doctrina arranca directamente del concepto católico del hombre, que merced a las ideas filosóficas, sobre todo del siglo XIX, y a las ideas políticas de ellas derivadas, se había olvidado completamente. Y así, como el hombre no es una entidad aislada, sino que se halla integrado en una comunidad, esa comunidad, por obra del liberalismo y del capitalismo, había convertido al hombre «en un número en las listas electorales y en un número en la cola de las puertas de las fábricas». El hombre europeo «ya no tiene casa, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número de aglomeraciones».

José Antonio vió bien claro desde el primer momento que si la Falange quería un orden nuevo, para implantar el cual estaba dispuesta a emprender la Revolución Nacional, este orden debía empezar por el individuo. Por eso, cuando en lecciones anteriores hemos recordado la vida de José Antonio, vimos que antes de lanzarse a la actuación política, cuando va cuajando la doctrina, a José Antonio no le preocupa presentar un programa de soluciones concretas, sino perfilar la manera de ser, la personalidad de los hombres que con espíritu religioso y de milicia quieran lanzarse con él a la acción perentoria y enérgica de la Revolución Nacional-sindicalista. Porque José Antonio estaba convencido de que «cuando el mundo se desquicia, no se puede remediar con parches técnicos, necesitaba todo un nuevo orden. Y

este orden ha de arrancar otra vez del individuo». Por eso José Antonio, en su discurso fundacional del 29 de octubre en el teatro de la Comedia, nos dice categóricamente:

«Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima, envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse.»

Es decir, por católico y español, proclama la dignidad de hombre. El hombre no es una fuerza bruta, ni una máquina destinada a gastarse sin sentido ninguno, sino una criatura racional, capaz de conocer a Dios y amarle, con una vida, ciertamente material, pero también con una vida más alta: la vida espiritual.

«Falange Española —se dice en los puntos iniciales— considera al hombre como un conjunto de valores eternos. Así, pues, el máximo respeto se tributa a la dignidad humana, a la inteligencia del hombre y a su libertad.»

Es, pues, el hombre un compuesto de dos elementos: el material, cuerpo, elemento físico que le permite «portar», y el espiritual, alma, capaz de salvarse y condenarse; y en esta última, la que lo hace portador de esos valores eternos, connaturales al hombre; la que lo determina como capaz de un destino eterno.

Los valores eternos son: la integridad, la dignidad y la libertad humana.

Porque el hombre no es solamente un ser económico, un puñado de materia, que se reúne al azar, para disgregarse después y perderse en la nada, sino un compuesto de alma y cuerpo que no vive únicamente de pan, sino que se alimenta de la verdad y amor. Y por eso es preciso enfrentarse con la tragedia española y europea del hombre desintegrado y dotarle de nuevo de su integridad humana, social, occidental, cristiana y española.

Por eso la Falange exige que la colectividad le proteja, le respete y le reconozca toda su dignidad humana, y afirma que el hombre tiene que ser libre, porque nosotros, tachados de defender un panteísmo estatal, comenzamos por afirmar la libertad del individuo y defender su «libertad dentro de un orden», es decir, no la falsa libertad del liberalismo, ni el libertinaje anarquista, sino que como el hombre no puede ser libre si no vive como un hombre, y no vive como hombre si no armoniza su destino con el destino de la Patria, el Nacionalindicalismo que profesa el más alto respeto a la libertad de cada español, se fundamenta en la libertad de la Patria, porque «sólo es de veras libre quien forma parte de una nación fuerte y libre», quiere que el hombre se incorpore a la tarea colectiva de la Patria, restaurando en todo español los viejos valores de gallardía, honor, sacrificio, hermandad y jerarquía, orientándole con eso hacia la realización de su destino humano y eterno.

LECCIÓN VII

Consecuencias de los anteriores conceptos.—Patriotismo de la Falange.—Errores (publicada en noviembre de 1946, pág. 81).

LECCIÓN VIII

Realización de la Falange.—Imperio.—Revolución (publicada en noviembre de 1946, pág. 83).

Séptimo curso

LECCIÓN V

PUNTO 12

Dice el Punto 12: «La riqueza tiene como primer destino —y así lo afirmará nuestro Estado— mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo. No es tolerable que masas enormes vivan miserablemente, mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos.»

Este Punto 12 afirma el camino de la justicia social que se propone hacer la Falange.

«La riqueza tiene como primer destino mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo.» Es decir, la Falange no le asigna a la riqueza el destino de conseguir más riqueza ni de que vivan mejor los que ya tienen dinero, sino de elevar la vida de aquellos que integran el pueblo. De que, los que por el motivo que sea no están del todo atendidos por la fortuna, vivan con más decoro en casa higiénica, con la suficiente holgura, para que no se vean precisados a negarles a sus hijos parte del sustento, ni una cultura que pueda abrirles más tarde un camino en la vida. Que no carezcan, en caso de enfermedad, de la asistencia, remedios indispensables y que aún les sobre para nobles esparcimientos.

Porque dice este punto: «no es tolerable que masas enormes vivan miserablemente, mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos». Esto está suficientemente claro para que necesite la explicación.

Si la Falange se lanzó a la calle con grito de rebeldía y de dolor fué por estas tres cosas: la Patria, el Pan y la Justicia. La Patria, que se nos deshacía en separatismos locales, y el

Pan y la Justicia que les faltaba a cientos de miles de españoles.

No os creáis que la Falange salió al mundo en busca de privilegios para ella; sus hombres, desde el primer momento, se unieron a la muerte, a la persecución y a la lucha, para remediar de arriba a abajo aquellas injusticias sociales que ni los marxistas, con sus halagos al pueblo, ni las derechas con su generosidad humilde, habían podido remediar.

Y es que ni a los marxistas ni a las derechas les importaba para nada el pueblo. Se servían de él, halagándolo con mentiras, porque necesitaba el número de sus votos para ganar unas elecciones. La única que sin demagogias se unió a sus fatigas y pidió justicia para él fué la Falange, que, voluntariamente, vivió como el pueblo, sin hogar, sin pan y sin lumbre. Y así seguirá inquieta y rebelde, hasta conseguir por entero la justicia social. Porque aunque algunos falangistas, por su conducta y su modo de vida, parece que se han olvidado de para qué nació la Falange, eso no quiere decir que la doctrina haya variado. La doctrina es la misma y las consignas son las mismas, enseñando todo lo que se oponga a su paso. Incluso a esos falangistas fáciles de contentar, que no piensan en el horror que supone para algunas familias el problema del sustento diario.

Esto es tan importante, que, aunque la Falange consiguiera todos sus objetivos, si en éste fracasa, es como si no hubiera conseguido absolutamente nada, porque es secundario ante el problema de la vida de los hombres.

LECCIÓN VI

PUNTO 13

Dice el Punto 13: «El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales, y la protegerá contra los abusos del gran capital financiero de los especuladores y de los prestamistas.»

La propiedad privada no es negada para nosotros. Nosotros creemos que es mejor que un hombre pueda poseer las cosas y hasta que pueda heredarlas, recibirlas de sus padres.

Esta afirmación nuestra del derecho de propiedad está hecho frente a las tendencias marxistas, anarquistas, etc., que piensan que nadie puede poseer nada: que la tierra, los instrumentos de trabajo, los alimentos, etc., deben ser comunes, como lo son el aire y el agua. Según estas teorías, no habría ricos ni pobres, ni la herencia influiría en la situación de cada individuo en la sociedad.

Hace unos cien años que estas tendencias contra la propiedad fueron alcanzando predominio en Europa, y con ellas se criticó duramente el derecho a la propiedad, el dominio de un determinado hombre sobre unas cosas determinadas.

Antes de la revolución bolchevique en Rusia, pudo hasta parecer deseable esta utopía, este sueño de la supresión de la propiedad privada. Con o sin Estado propietario, podía pensarse en una sociedad perfecta, en la que la propiedad común eliminara las injusticias de la propiedad individual. Pero la realidad nos ha demostrado que estas injusticias de la propiedad individual aumentan cuando es el Estado único propietario, cuando todos los hombres trabajan para el Estado —mejor dicho, trabajan en beneficio de

una privilegiada burocracia de funcionarios del Estado bolchevique—. En cuanto a una propiedad comunal sin Estado, no ha sido nunca más que una idea, un deseo de volver a un paraíso imposible.

Nosotros, por todo eso, admitimos la propiedad individual. Nada puede sustituir el interés y el estímulo que la propiedad representa, puesto que lo que más le preocupa es a cada uno lo suyo. Por cuanto es «medio lícito», legítimo y conveniente para cumplir los fines del individuo, de la familia y de la sociedad, merece ser protegida y defendida no sólo de los asaltos por el lado de los rojos, de los negadores de la propiedad como derecho, sino también de las asechanzas por parte de los especuladores, los grandes capitalistas y los usureros.

Pues conviene detener esa tendencia del capitalismo moderno que marcha a concentrar la propiedad en pocas manos, a crear unos pocos multimillonarios a costa del empobrecimiento general.

No es, por consiguiente, conservador este Punto 13, pues nosotros mantenemos la legitimidad de la propiedad humana, proporcionada, que es medio e instrumento, no fin absorbente. Y mantenemos esta propiedad contra los que la niegan y contra los que pretenden concentrar este derecho humano en unas pocas manos.

Si la declaración liberal de los derechos del hombre comprendía entre estos derechos el de la propiedad, nuestros Puntos no dejan el camino libre a los especuladores y grandes financieros, ante los que el Estado liberal se cruzaba de brazos o se ponía a su servicio, sino que exigen en beneficio de todos defensa del derecho humano a poseer.

Dice el Punto 14: «Defendemos la tendencia a la nacionalización del servicio de banca, y, mediante las corporaciones, a la de los grandes servicios públicos.»

En una economía nacional basada en el cambio, como son la mayor parte de las economías nacionales de los países modernos —a excepción de Rusia—, los bienes y los servicios se compran y venden en lugares apropiados en los que se fija un precio y donde se reúnen los compradores y vendedores de productos y servicios que se denominan mercados. Por extensión se da el mismo nombre al conjunto de compradores y vendedores de un mismo artículo a servicio.

Hay así mercados para toda clase de bienes y de importancia mayor o menor, según la extensión a que se refieren. En unos, como en los mercados semanales de las aldeas, el comprador y el vendedor se ven personalmente y ajustan el precio de los productos que necesitan. Pero en otros, y para ello no hace falta que sean muy desarrollados, aparecen al lado de los locales de reuniones, medios de transportes o instituciones auxiliares del cambio, los intermediarios, los comerciantes. Estas instituciones personales del cambio y de la producción se colocan, podemos decir, casi materialmente entre los productores y los consumidores de bienes y de servicios y contribuyen a facilitar, cuando funcionan normalmente, el cambio y la misión del mercado.

Pues bien: lo mismo que existen mercados de productores y de servicios, existen también mercados de dinero, o quizá mejor, de crédito, ya que el dinero reviste esta forma de economía moderna. Y en esos mercados de dinero los intermediarios son los bancos —por lo menos los intermediarios más importantes—, que tienen por misión poner en relación a las dos partes del mercado de crédito: los vendedores, que

en ese caso son los prestamistas, que ofrecen dinero a crédito, con los compradores o prestatarios, que piden dinero a crédito.

Ahora bien: el dinero pedido a crédito puede servir lo mismo para comprar, por ejemplo, primeras materias, que el transcurso de pocos meses convertirá en productos determinados, y, con su venta, el dinero prestado podría ser devuelto; semillas que, al recoger la cosecha, pueden permitir el reembolso del crédito, que, por ejemplo, para construir casas o adquirir maquinaria o realizar mejoras agrícolas, o sean bienes cuyo valor y duración son tales que no podrán permitir reembolsar el préstamo en pocos meses y necesitarán, por tanto, un crédito a largo plazo. Esta diferencia de plazo y de destino de dinero prestado determina que puede hablarse, en realidad, de dos mercados de crédito diferentes: el mercado de crédito propiamente dicho, que sirve para proporcionar a los empresarios dinero a corto plazo o capital circulante, y el mercado de capital que proporciona crédito a largo plazo, o sea crédito para constituir o adquirir capital fijo duradero.

Naturalmente, suelen ser distintas las personas que proporcionan el dinero a corto plazo, que los que lo proporcionan a largo plazo. Sin embargo, todas se parecen en que son ahorradoras: ahorran por corto plazo, colocando en los bancos sumas líquidas que no necesitan de momento y han de requerir en plazo breve, o bien llevan sus ahorros a los bancos y no pretenden disponer de ellos en plazo inmediato, sino al cabo de largo tiempo. Por eso, no tiene gran trascendencia, porque siempre hay medios y órganos en una economía nacional de atender a los posibles cambios de opinión de los ahorradores en cuanto al intento de colocación de sus ahorros, así, por ejemplo, las bolsas de valores.

Tanto en el mercado de crédito como en el de capitales, intervienen los bancos, y se encargan

de distribuir entre las funciones y ramas de la producción los recursos líquidos en dinero del país. En las economías nacionales tradicionales, esta misión la realizan los bancos privados, libremente, sin otra dependencia del Estado que la sumisión a las normas de política monetaria y bancaria dictadas por el Banco Central de Emisión del país (España, el Banco de España).

Aquí tenemos una nueva pieza, y la más importante, en la organización del mercado de capitales, que viene a ser el coronamiento de la estructura bancaria del país: el Banco Central de Emisión. Este banco realiza, además de las funciones bancarias comunes a los demás bancos, otras funciones especiales y del mayor interés para la economía nacional. Estas funciones específicas del Banco Central de Emisión, durante el siglo XIX, y quizá hasta la guerra del 14, eran: ejercicio del privilegio de emisión de billetes (como indica su nombre), concentración de las reservas metálicas del país y defensa del comercio exterior.

La evolución de las economías nacionales europeas, después de la guerra del 14, ha llevado a ampliar e incluso a rectificar estas funciones. Así se ha pretendido que el Banco Central, aparte otras misiones técnicas, como garantía de la elasticidad de la circulación, debía estabilizar los precios para evitar no sólo la depreciación del dinero y sus consecuencias sociales, sino también librar a la economía del país de las fluctuaciones económicas y las crisis, y aún más en los países que pretendían dirigir y orientar la producción nacional sustrayéndola total o parcialmente a la iniciativa privada para fines de política económica o para fines de organización del país para la guerra.

Resumiendo esta tendencia, puede asegurarse que al acrecentar las funciones del Banco Central y al extenderse su esfera de actuación no sólo a la circulación del crédito, sino también a la producción del país, ha aumentado la conexión del Banco Central con el Estado, órgano supremo redactor de la política económica. Esta conexión entre el Estado y la banca central

ha revestido distintas formas. Desde la intervención del Estado en la marcha del Banco Central, convirtiéndole en propiedad del Estado, pasando por formas intermedias mixtas en las que el interés del Estado y el interés de los bancos particulares, de los productores y empresarios tienen representación.

Por otra parte, así como la tendencia a la nacionalización del Banco Central no encuentra quizá oponentes y recibe más general asentimiento, aun en los países capitalistas, la nacionalización de la banca privada tiene otro sentido. Su realización completa ha tenido lugar solamente en Rusia. De modo parcial, para cierta clase de bancos que afectan a la producción nacional de modo destacado, o bien determinados bancos que han sido salvados de la quiebra durante la crisis o para instituciones destinadas a prevenirlas, se ha aplicado en Italia (Banco de Roma, Banco Comercial, Institución de Financiación de la Industria, son ejemplo de ellos).

Indudablemente, dada la organización de la banca privada y su sometimiento a las normas del Banco Central, el Estado puede influir a través de éste en el funcionamiento de la banca privada, sin que ésta deje de estar en manos del capital privado, y, por tanto, combinando la agilidad de actuación de la empresa privada y su capacidad técnica con el servicio de los intereses nacionales, realizando así una verdadera nacionalización práctica.

Estímase, no obstante, que en el caso de que la iniciativa privada no pueda realizar adecuadamente su misión en el mercado de crédito y en el país de los capitales por discrepancia del interés privado con el nacional, o no poder someter el interés privado mediante los órganos oportunos al servicio de la política económica nacional, o porque la regulación y dirección del país corresponda al Estado en todas o en las más importantes ramas de la economía nacional, debería realizarse la nacionalización efectiva, total o parcial, de la banca privada.

Dice el Punto 15: «Todos los españoles tienen derecho al trabajo. Las entidades públicas sostendrán necesariamente a quienes se hallen en paro forzoso. Mientras se llega a una nueva estructura total, mantendremos e intensificaremos todas las ventajas proporcionadas al obrero por las vigentes leyes sociales.»

Dice el Punto 16: «Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen alguna función y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás.»

El Caudillo, al terminar la guerra, lanzó la consigna de «producir, producir y producir». Esa consigna está en pie, señalando una de las obligaciones más fundamentales de todo español. La producción de las riquezas es tan esencial para un pueblo que, cuando no alcanza para satisfacer sus propias exigencias vitales, se ve dominado, intervenido o desaparece bajo otro poder terreno más fuerte.

A España se llamó en tiempo «granero de Roma»; Castilla estaba poblada de árboles, nuestros sistemas de riego eran modelo en el mundo, producíamos navíos, que sirvieron para destrozarse escuadras y romper la incógnita de lo desconocido; nuestros tejidos eran apreciadísimos, y las ricas sedas fueron orgullo de nuestro Levante; aprendimos de los fenicios la minería, y Tharsis, recordando a Tartesos, logró fama de fabulosas leyendas. Nuestras lanas merinas alimentaban una artesanía que equipaba ejércitos de bravos y esforzados luchadores que conquistaron Europa. Se trabajaba por nuestro litoral y teníamos artes de pesca propios, únicos en el mundo, como ocurrió desde siglos, con las almadras para pescar el atún. El ingenio y el trabajo español fueron el orgullo de nuestros mayores.

Pero un día este trabajo lo trasplantamos a

un Nuevo Mundo y se fundaron ciudades, se labraron tierras, se profundizaron minas, se conquistaron almas, se mantuvieron guerras, se creó un Imperio. El esfuerzo y la sangre española regó un Continente. ¡Había oro, mucho oro y plata en el Potosí! Galeones cargados llegaban a Lisboa, Sevilla y Vigo. Hubo por entonces quien pensó que no merecía la pena trabajar en España si con sólo pasar el Atlántico se lograba oro, metales preciosos, que era la principal base de la riqueza. Y esta idea fué compartida por muchos.

Mientras esto ocurría en España, había otras naciones en las que los hombres advirtieron a sus pueblos; en Inglaterra hubo uno que dijo: «La causa de todo valor es el trabajo.» En Francia exaltaron a la agricultura como fuente de riqueza.

Pasaron los años, y al cabo del tiempo ocurrió lo que suele pasar a los pueblos cuya producción es insuficiente para sus exigencias vitales: nos mancillaron nuestra soberanía los ingleses, haciendo de las claras aguas del Estrecho y de las arenas limpias de Algeciras una colonia en Gibraltar; se independizó América y nos invadieron los franceses.

Desde entonces España está penando el grave error que cometió al creer que el oro, la plata, el platino eran la base del poder y de las riquezas.

Ya por Tharsis no se habla español; se oye el inglés y se toma té todas las tardes; y el Río Tinto corre con sus aguas rojas indicando cómo se desangra nuestra Patria para que los ingleses puedan jugar cómodamente al «bridge» en su espléndido aislamiento. En España hay muchos otros Gibraltares económicos que nos robaron los sudores: el trabajo.

Por ello, cuando se han fecundizado nuevamente nuestras tierras, cuando las nuevas gentes afirmaban ante la historia con hechos y rea-

lidades evidentes, lo bello que resulta morir por España, ya contábamos con la voz de José Antonio, que había puesto en el trabajo la esperanza y promesa del futuro. Por ello José Antonio nos dijo que el español tenía derecho y deber de trabajar, y que el Estado nacionalsindicalista no tributaría la menor consideración a los que no cumplan función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás (Punto 16).

Y es que el español que no trabaja traiciona a España, permitiendo y colaborando a su debilidad, y haciendo posible que continuemos siendo colonia inglesa.

Los factores de la producción, esto es, los medios indispensables para producir, como ordenara el Caudillo cuando terminó la guerra, son: la naturaleza, el trabajo y el capital.

La naturaleza ha continuado dispensando a España los dones de sus favores, que sirvieron de base para nuestra grandeza en los días de esplendor.

El capital es una mera creación del hombre, por medio del trabajo, y ambos combinados colaboran en la producción. Si entre el capital y el trabajo no hubiera habido luchas, se habrían evitado muchos males; pero ocurrió que hubo hombres que, cuando tuvieron capital, lo emplearon, no en su función natural de medio de producción, sino como instrumento de dominación. Por eso el Estado nacionalsindicalista, que tanto sabe de luchas provocadas entre el capital y el trabajo, valora en sus justos términos al primero y exalta al segundo, considerándolo fecunda expresión del espíritu creador del hombre; lo protege con la fuerza de la ley, otorgándole las máximas consideraciones o haciéndole compatible con el cumplimiento de los demás fines individuales, familiares y sociales (número 4, capítulo I del Fuero del Trabajo).

El fin último que pretenden estas declaraciones programáticas no es otro que intentar hacer que el trabajo actúe sobre un medio ya conocido en su estructura y rendimiento —el medio natural— para lograr la Patria grande y libre.

Sin el esfuerzo entusiasta de los buenos españoles dirigido a un fin superior de interés nacional, continuaremos siendo un pueblo pequeño y dominado, en vez de grande y libre. De ahí la justificación, el por qué del Fuero del Trabajo. De ahí la necesidad de apreciar en lo que vale al trabajo, inculcando en las nuevas generaciones el respeto al mismo en sus diversas formas de intelectual, de dirección manual, etcétera.

Misión muy fundamental de las jerarquías femeninas ha de ser defender el amor y el respeto al trabajo, haciendo cumplir íntegramente el Punto 16 del Nacional-Sindicalista; procurando apartar a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás, y prestando amplia colaboración a las iniciativas individuales, al deseo y afán de trabajar.

En cuanto a las declaraciones del Punto 15, referentes a que las entidades públicas sostendrán necesariamente a quienes se hallen en paro forzoso, hemos de acordarnos siempre cómo no ha habido en España ninguna otra forma de gobernar anterior que realice de una manera efectiva la labor de las grandes organizaciones de nuestro partido: Auxilio Social y Sección Femenina.

Aún no se ha llegado a la nueva estructura total de que habla el Punto 15. Aún nuestra organización económica y sindical lucha contra los resabios marxistas y capitalista; por eso se han mantenido e intensificado todas las ventajas proporcionadas al obrero por las pasadas leyes sociales (Punto 15, párrafo segundo). Pero es más: se ha mejorado notablemente la legislación social. Así, ya funciona el subsidio familiar, se revisan las bases de trabajo. Se creó la Magistratura del Trabajo, apartándola del germen de lucha de clases, que representa el criterio formativo que inspiró los suprimidos Jurados mixtos y Comités paritarios. Nuestras leyes de previsión avanzan cautelosamente, logrando un estudio sereno, más que las grotescas huelgas y luchas provocadas en situaciones anterior-

res. El Caudillo se preocupa de todo ello, como se desveló por nosotros cuando estábamos en guerra, y las casas baratas, las viviendas pro-

tegidas van extendiéndose por España en beneficio de los más modestos, como si fueran mensajeras de paz.

Plan de Actividades para Centros de Primera enseñanza

Cuento para niñas de siete a diez años

EL CUERVO Y EL ZORRO

Aquella mañana el señor Cuervo estaba satisfechísimo, porque tenía un queso, un hermoso quesito que sabe Dios dónde lo habría encontrado.

Para saborear a sus anchas su festín voló (1) a colocarse en la más alta rama de un árbol.

—Aquí estoy tranquilo —pensó—; nadie me lo quitará.

Y se disponía a darse un banquete, cuando, atraído por el olor del queso, se acercó a grandes pasos (2) el señor Zorro.

—¡Qué lástima —pensó— que yo no sepa subirme a los árboles! (3).

Pero era el caso que no sabía, y para apoderarse del queso, recurrió a las armas de la astucia.

—¡Muy buenos días, señor Cuervo! —dijo amablemente, inclinándose para hacerle una reverencia (4).

El señor Cuervo guardó un silencio prudente; ¡a cualquier hora iba él a abrir el pico y dejar escapar el queso, por el gusto de contestar un saludo!

Entonces el Zorro exclamó con admiración, levantando la cabeza (5):

—¡Ah, qué bello sois, señor Cuervo!

Está vez el Cuervo se esponjó, e inclinó para considerar desde su altura (6) al que así le halagaba.

—Esto marcha —pensó el Zorro. Y prosiguió:

—Si vuestra voz es tan bella como vuestro plumaje, os juro, señor Cuervo, con la pata puesta sobre la conciencia —y al decir esto se inclinó haciéndole una nueva reverencia (7)—, que sois el fénix de los habitantes de este bosque.

¡Esta vez sí que el señor Cuervo se puso contento! Hubiese dado saltos de alegría de buena gana (8).

Pero ahora mismo tenía que demostrarle al señor Zorro que él tenía, en efecto, una voz preciosa y sabía cantar, a las mil maravillas. Y para lanzar su más armonioso «graznido» se estiró mucho (9), abrió un pico enorme y... ¡adiós queso!

—Señor mío —dijo entonces el Zorro, apoderándose del sabroso manjar (10)—, sabed que los adulares listos como yo vivimos a expensas de los vanidosos como usted, que son lo bastante tontos para hacernos caso.

Esta lección que os acabo de dar me parece que bien se merece el premio del quesito... que me voy a comer a vuestra salud.

Y diciendo esto se alejó a grandes pasos (11).

Y el pobre Cuervo, que se había quedado con el pico abierto, prometió no volver a dejarse engatusar en su vida por la lisonja.

MOVIMIENTOS ADAPTADOS AL CUENTO

- (1) Acción de volar (brazos semiflexionados, muñecas sueltas). En esta posición,

- Abalanco de brazos oblicuos, abajo y arriba, haciendo elevación de talones al mismo tiempo.
- (2) Elevación alternativa de pierna extendida al frente, manos caderas.
 - (3) Elevación alternativa de rodillas, brazos cruz.
 - (4) Flexión tronco adelante, brazos elevados atrás, muñecas sueltas (4 veces).
 - (5) Flexión de cabeza atrás y adelante (cuatro veces).
 - (6) Flexiones laterales de tronco alternativas, manos caderas (4 veces).
 - (7) Flexión completa de piernas, brazos abajo (1-2). Extensión de piernas, haciendo al mismo tiempo una flexión de tronco adelante, brazos cruzados delante de la cara (muñecas sueltas) (3-4). Elevación de tronco, brazos abajo (5-6) (4 veces).
 - (8) Manos caderas, saltos sobre puntas pies.
 - (9) Elevación de brazos por cruz arriba, elevación talones (cabeza mira manos) (1-2). Descender brazos por frente y talones (3-4) (4 veces). Contar lento.
 - (10) Flexiones completas de piernas (acción de coger algo del suelo).
 - (11) Marcha ordinaria, rápida, carrera.

II. Tabla para niñas de diez a catorce años

EJERCICIOS DE ORDEN

Formación: De dos o tres en fondo.

Alineación: Brazos frente.

Numeración: De dos o tres, según el número de alumnas.

Marcha estimulante cantando.

El despliegue y demás ejercicios de orden, a iniciativa de la Instructora.

Duración, cinco minutos como máximo.

EJERCICIO DE BRAZOS

Firmes: Elevación brazos atrás (muñecas sueltas), elevación de talones (1). Balanceo brazos frente, al mismo tiempo hacer un balanceo elevando puntas pies, apoyándose sobre talones (2). Balanceo brazos atrás, balanceo elevando talones (3). Balanceo brazos frente, balanceo elevando puntas pies (4). Brazos cruz (pasando por abajo), elevación talones (5). Posición de firmes (6) (6 veces).

EJERCICIO DE PIERNAS Y TRONCO

Firmes: Flexión tronco adelante hasta la horizontal (cabeza alta), brazos cruz (1-2). Sin quitar la posición, del tronco, flexión completa de pier-

nas (rodillas unidas), brazos elevados atrás (3-4). Extensión de piernas con elevación de talones, elevación tronco, brazos cruz (5). Posición de firmes (6) (6 veces).

EJERCICIO DE EQUILIBRIO

Firmes (manos caderas): Elevación rodilla izquierda (1-2). Extensión pierna izquierda atrás (la pierna debe estar completamente extendida, el tronco no se mueve, cabeza alta) (3). Descender pierna (4). Igual con pierna derecha (4 veces con cada pierna). Contar lento.

ENLACE

Firmes: Pies cerrados (1). Flexión completa de piernas (rodillas unidas), apoyando manos suelo (2). Extensión de piernas atrás, quedando en posición de tierra (3). Flexionar brazos hasta tendido prono (4).

EJERCICIO DORSAL

Tendido prono: Brazos cruzados atrás (1). Flexión tronco atrás (cabeza alta) (2). Descender tronco (3). Brazos bajos (4) (6 veces). Contar lento.

ENLACE

Tendido prono: Manos apoyadas al lado de las clavículas (1). Extensión de brazos, quedando en posición de tierra (2). Salto a flexión completa de piernas (rodillas unidas) (3). Extensión de piernas al frente, apoyando manos atrás, para quedar sentadas (4).

EJERCICIO ABDOMINAL

Sentadas: Inclínación del tronco 45°, al mismo tiempo flexionar piernas hasta que queden apoyadas plantas pies suelo, brazos cruz (1-2). En esta posición, elevación brazos arriba (cabeza mira manos (3-4). Elevación tronco hasta quedar sentadas, brazos cruz, extensión de piernas (5-6). Sentadas en escuadra (7-8) (6 veces).

ENLACE

Sentadas: Flexionar piernas hacia la izquierda, apoyando manos al lado derecho (1). Arrodilladas (2). Pasar a flexión completa de pier-

nas, apoyando manos suelo (3). Posición de firmes (4).

EJERCICIO ESTIMULANTE DE PIERNAS

Firmes (manos caderas): Saltos sobre puntas pies, haciendo cada tres una máxima elevación en altura (8 a 10 veces). Saltar siempre sobre puntas pies, aprovechando la caída de un salto para el impulso del siguiente.

EJERCICIO LATERAL DE TRONCO

Firmes (piernas separadas de salto, brazos cruz): Flexión lateral de tronco a la izquierda, brazos cruzados atrás, giro de cabeza a la derecha (1-2). Extensión de tronco, brazos cruz, giro de cabeza al frente (3-4). Igual al lado derecho (5-6-7-8) (4 veces a cada lado).

EJERCICIOS DE LOCOMOCION

Marcha ordinaria (30"), rápida (30"), rápida sobre puntas pies (30"), carrera (30"), marcha rápida, ordinaria (30"), lenta con elevación brazos cruz, arriba, cruz, abajo.

II. Juego para niñas de diez a catorce años

EL MAR AGITADO

En este juego han de tomar parte un número impar de jugadoras, debiéndose disponer de tantas sillas como jugadoras haya menos una. Ordinariamente, el número de éstas es de 21 a 25. Si se puede disponer de 20 ó 24 sillas, éstas se colocan en el centro de un patio o jardín, formando dos hileras vueltas de espaldas.

La Instructora escoge una jefe de juego, la cual se mantendrá en pie, mientras las demás, a cada una de las cuales habrá dado el nombre de un pez, permanecen sentadas.

Así, pues, una de las jugadoras será el besugo, otra la merluza, otra el atún, otra la sardina, etc. La jefe de juego empezará a dar vueltas

en torno a las dos hileras de sillas, musitando incésantemente: «El mar está un poquillo movido», «El mar está un poquillo movido»...

De pronto añade: «Que salga el atún».

El atún debe levantarse y seguir a la jefe de juego silenciosamente, mientras ésta sigue murmurando el estribillo: «El mar empieza a picarse», «Que salga el besugo».

Y el besugo sale, forma detrás del atún, y las tres corren, mientras la jefe de juego, cambiando el estribillo y nombrando sucesivamente a otros peces, continúa dando vueltas. La fila aumenta sin cesar, hasta que ya nadie queda en las sillas. La jefe de juego da las vueltas más

rápidas y grita ya: «El mar está muy agitado, el mar está agitadísimo, el mar está bastante movido, el mar está picado».

De pronto la jefe de juego grita: «El mar está en calma». Al oír este grito, todas las niñas corren a ocupar cualquiera de las sillas y no pre-

cisamente las que antes ocupaban. Como la jefe de juego ha tenido buen cuidado de ocupar asiento al dar la última exclamación, una de las jugadoras queda desalojada. Es la que pierde y la que, por lo tanto, pasa a ocupar el puesto de la jefe de juego en una segunda partida.

Plan de Actividades para Centros de Segunda enseñanza

II. Tabla para niñas de diez a catorce años

EJERCICIOS DE ORDEN

Formación: De dos o tres en fondo.

Alineación: Brazos frente.

Numeración: Según el número de alumnas y el despliegue que se haga.

Marcha estimulante cantando.

Los demás ejercicios de orden, a iniciativa de la Instructora, procurando que al desplegar quedan bien separadas entre sí para no tropezar.

Su duración no pasará de cinco minutos.

EJERCICIO DE BRAZOS

Firmes: Elevación brazos frente (1). Manos clavícula (2). Oscilación brazos cruz (pasando por frente y abajo), elevación talones (3). Posición de firmes (4) (6 veces).

EJERCICIO DE PIERNAS Y TRONCO

Firmes: Piernas separadas de salto, brazos cruz (1-2). Flexión tronco abajo, palmas manos tocan suelo (3-4). Elevación de tronco, elevación brazos arriba (por cruz) (5-6). Piernas unidas de salto, brazos abajo (por cruz) (7-8) (6 veces).

EJERCICIO DE EQUILIBRIO

Firmes: Elevación rodilla izquierda, brazos

cruz (1). Extensión pierna izquierda al frente, manos nuca (codos atrás, la pierna que está apoyada no se dobla) (2). Elevación rodilla, brazos cruz (3). Posición de firmes (4). Igual con pierna derecha (4 veces con cada pierna). Ritmo: cinco segundos por tiempo.

ENLACE

Firmes: Pies cerrados (1). Flexión completa de piernas (rodillas unidas), apoyando manos suelo (2). Extensión de piernas atrás, quedando en posición de tierra (3). Flexionar brazos hasta tendido prono (4).

EJERCICIO DORSAL

Tendido prono: Manos hombros (1). Flexión tronco atrás (cabeza alta), extensión brazos cruz (2). Descender tronco, manos hombros (3). Brazos abajo (4) (6 veces). Contar lento.

ENLACE

Tendido prono: Manos apoyadas al lado de las clavículas (1). Extensión de brazos, quedando en posición de tierra (2). Salto a flexión completa de piernas (rodillas unidas) (3). Extensión de piernas al frente, apoyando manos atrás, para quedar sentadas (4).

EJERCICIO ABDOMINAL

Sentadas (manos caderas): Inclinación tronco 45°, brazos cruz (1-2-3-4). Elevación de tronco, manos caderas (5-6-7-8) (6 veces). La cabeza debe estar siempre en prolongación del tronco.

ENLACE

Sentadas: Flexionar piernas hacia la izquierda, apoyando manos al lado defecho (1). Arrodilladas (2). Pasar a flexión completa de piernas, apoyando manos suelo (3). Posición de firmes (4).

EJERCICIO ESTIMULANTE DE PIERNAS

Firmes: Salto separando piernas, brazos cruz (1). Salto uniendo piernas, brazos abajo (2) (8 a 10 veces). Ritmo, dos tiempos por segundo. Saltar siempre sobre puntas pies, aprovechando

la caída de un salto para el impulso del siguiente.

EJERCICIO LATERAL DE TRONCO

Firmes: Piernas separadas de salto, manos caderas (1). Flexión lateral de tronco a la izquierda, al mismo tiempo recoger un poco la pierna izquierda de forma que el peso quede sobre el pie derecho, giro de cabeza a la izquierda (2-3-4). Extensión de tronco, apoyando al mismo tiempo pierna izquierda (5). Piernas unidas de salto, brazos abajo (6). Igual al otro lado (4 veces a cada lado).

EJERCICIOS DE LOCOMOCION

Marcha ordinaria (30"), rápida (30"), carrera (30"), marcha rápida, ordinaria (30"), golpeando cada tres pasos (30"), lenta con extensión de brazos atrás, cruz, arriba y abajo.

II. Juego para niñas de diez a catorce años

LA PERSECUCION

Disposición: Las niñas se colocarán en dos líneas, con tres o cuatro pasos de distancia entre ellas; estas líneas estarán en el centro del espacio donde estén efectuando el juego.

Marcha del juego: A una señal de la Instructora, una de las filas sale en persecución de la otra, de manera que cada niña persiga solamente a la que tiene delante. La persecución dura hasta un punto señalado en uno de los extremos, al llegar al cual las niñas de la fila perseguida

se cambian los papeles, pasando las perseguidas a perseguidoras; de esta forma continuarán hasta otro punto, que estará señalado en el extremo opuesto al anterior; allí vuelven a cambiar, continuando el juego hasta que no quede nadie que no haya sido cogida.

Cada una que se alcanza constituye un punto favorable para el equipo, retirándose aprehensora y aprehendida.

El equipo cuyo número de puntos sea mayor habrá ganado.

II. Tabla para niñas de catorce a diecisiete años

EJERCICIOS DE ORDEN

Empezará la clase con una marcha o carrera estimulante. Los demás ejercicios de orden se-

rán de libre elección de la Instructora, que los hará en relación al número de alumnas que asistan a la clase.

Su duración no pasará de cinco minutos.

EJERCICIO DE BRAZOS

Firmes: Manos hombros (1). Extensión del brazo derecho arriba, izquierdo en cruz, giro de cabeza a la izquierda (2). Manos hombros, giro de cabeza al frente (3). Extensión del brazo izquierdo arriba, derecho en cruz, giro de cabeza a la derecha (4). Manos hombros, giro de cabeza al frente (5). Extensión de brazos arriba (cabeza mira manos) (6). Cruzar brazos por delante de la cara (de arriba a abajo), elevándolos hasta cruz, al mismo tiempo elevar talones (contar este tiempo más largo) (7). Posición de firmes (8) (6 veces, empezando una vez a cada lado).

EJERCICIO DE PIERNAS Y TRONCO

Firmes: Piernas separadas de salto, brazos cruz (1-2). Flexión tronco adelante hasta la horizontal (cabeza alta), brazos cruz (3-4). Flexión tronco abajo, palmas manos tocan suelo (5-6). Elevación de tronco, brazos cruz (7-8). Piernas unidas de salto, brazos cruz (9-10) (6 veces).

EJERCICIO DE EQUILIBRIO

Firmes (manos caderas): Elevación pierna izquierda extendida al frente (1). Balanceo pierna izquierda extendida atrás (2). Balanceo pierna izquierda extendida al frente, haciendo una máxima elevación en altura (contar este tiempo más largo) (3). Posición de firmes (4). Igual con pierna derecha (4 veces con cada pierna).

ENLACE

Firmes: Pies cerrados (1). Flexión completa de piernas (rodillas unidas), apoyando manos suelo (2). Extensión de piernas atrás, quedando en posición de tierra (3). Flexionar brazos hasta tendido prono (4).

EJERCICIO DORSAL

Tendido prono: Flexión tronco atrás, elevación brazos atrás (1). Sin quitar la posición del

tronco, elevación brazos cruz (2). Descender tronco (3). Brazos abajo (4) (6 veces). Contar lento.

ENLACE

Tendido prono: Manos apoyadas al lado de las clavículas (1). Extensión de brazos, quedando en posición de tierra (2). Salto a flexión completa de piernas (rodillas unidas) (3). Extensión de piernas al frente apoyando manos atrás, para quedar sentadas (4). Tendido supino (5-6).

EJERCICIO ABDOMINAL

Tendido supino: Elevación de tronco hasta la posición de sentadas, al mismo tiempo flexionar piernas hasta que queden apoyadas por plantas pies, brazos cruz (1-2). Extensión de piernas, brazos abajo (sentadas en escuadra) (3-4). Tendido supino (5-6) (6 veces). Contar lento.

ENLACE

Tendido supino: Sentadas (1). Flexionar piernas hacia la izquierda, apoyando manos al lado derecho (2). Arrodilladas (3). Pasar a flexión completa de piernas (rodillas unidas), apoyando manos suelo (4). Extensión de piernas haciendo una elevación de talones (5). Posición de firmes (6).

EJERCICIO ESTIMULANTE DE PIERNAS

Firmes (manos caderas): Salto separando pierna izquierda al frente, derecha atrás (1). Salto uniendo piernas (2). Salto separando pierna derecha al frente, izquierda atrás (3). Salto uniendo piernas (4) (6 u. 8 veces). Ritmo, dos tiempos por segundo. Saltar siempre sobre puntas pies.

EJERCICIO LATERAL DE TRONCO

Firmes: Elevación brazos frente (muñecas sueltas), elevación talones (1). Oscilación brazos cruz (por abajo), descender talones (2). Torsión del tronco a la izquierda, brazo izquier-

do continúa en cruz, brazo derecho atrás (doblado sobre la cintura), giro de cabeza a la izquierda (3-4). Destorsión del tronco, elevación de talones, brazos cruz (5). Posición de firmes (6). Igual al lado derecho (4 veces a cada lado). Contar lento.

EJERCICIOS DE LOCOMOCION

Marcha ordinaria (30"), golpeando cada tres pasos (30"), rápida (30"), carrera (30"), marcha rápida, ordinaria (30"), lenta con elevación de brazos atrás, cruz, arriba, frente y abajo.

II. Juego para niñas de catorce a diecisiete años

CARRERA DE OBSTACULOS CON RETROCESO

Se colocan las niñas en hileras; cada hilera constituye un equipo. Frente a cada una de ellas, y a unos cinco metros entre sí, se colocan los obstáculos.

- 1.º Una cuerda a unos 15 cms. del suelo.
- 2.º Un cuadrado de 20 cms. de lado.
- 3.º Una circunferencia de 30 cms. de radio.

A una señal de la Instructora, la primera de cada hilera sale corriendo, con un objeto en la

mano que le sirva de relevo; salta la cuerda, salta a pata coja el cuadro, bordea también a pata coja la circunferencia y de espaldas retrocede, saltando el cuadro y la cuerda, llegando corriendo, siempre de espaldas, adonde está la segunda hilera, a la que entregará el relevo, marchando seguidamente a colocarse al final de la hilera. La segunda repite el juego, y así sucesivamente.

Gana el juego la hilera que antes termina.